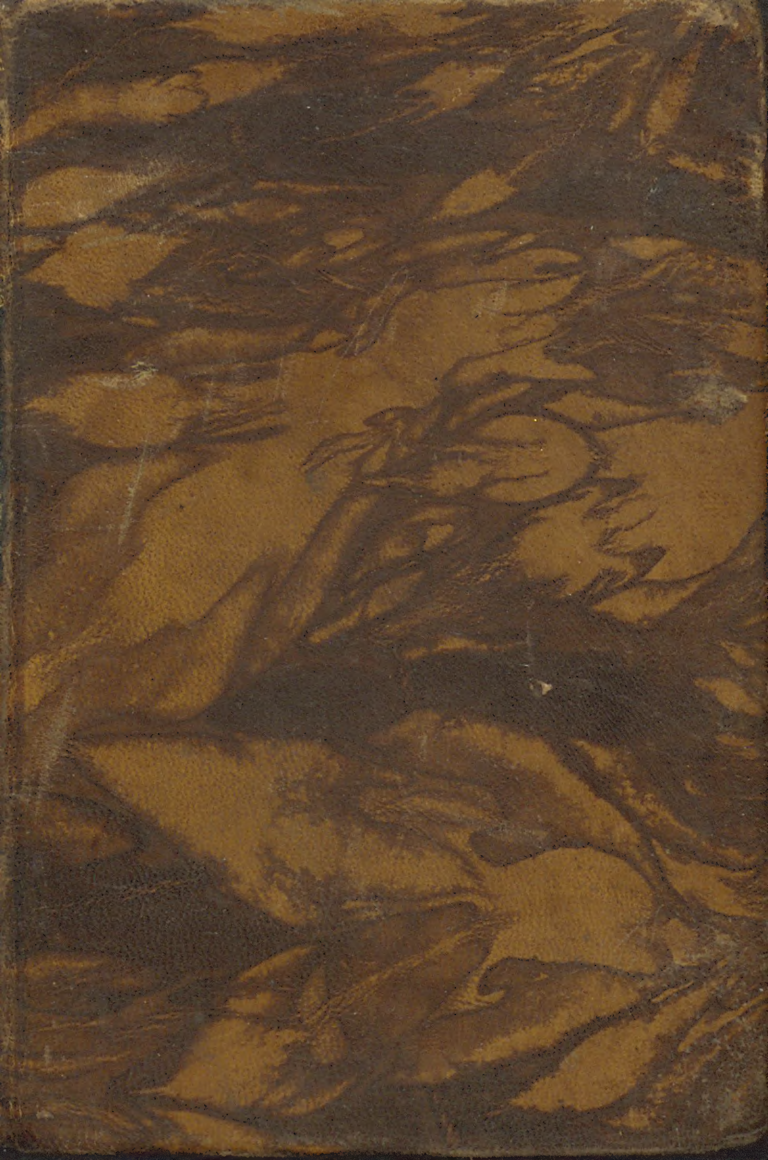
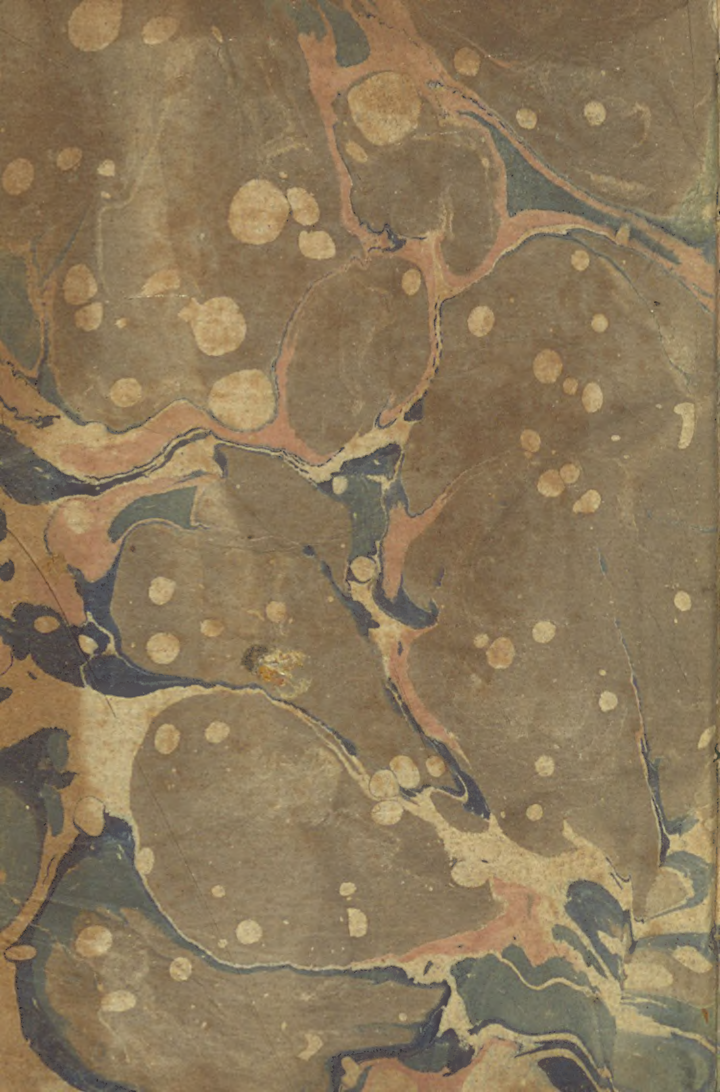






GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO IX.



GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS,

Espectros y Sombras ensangrentadas.

SU AUTOR

D. Agustin Perez Zaragoza Godinez

dedícala

Á LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

Reina de las Españas,

bajo la Real proteccion del REY N. S. (Q. D. G.)

TOMO IX.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

MADRID: Octubre, 1831.
Imprenta de D. J. PALACIOS, *calle del Factor.*



Los ejemplares que no lleven las marcas que aqui aparecen, serán recogidos, y conducido ante la ley su espendedor como usurpador del derecho de propiedad.

HISTORIA TRAGICA 18.ª

VARINKA,

Ó EFECTOS

DE UNA MALA EDUCACION.

Historia rusa.





¡Somos perdidas!!! Nos acusarán de esta muerte y seremos desterradas á la Siberia.

Hácia los últimos años del reinado de Pablo primero, M. D.... era comandante militar de una ciudad en el departamento de Pultawa. Hacia cuatro años que era viudo, y solo tenia una hija, en la que fundaba todas sus esperanzas. Este viejo militar era un hombre de buen caracter, virtuoso, entusiasta del honor y amante de su patria; pero una larga costumbre de mandar le habia hecho inflexible en sus caprichos. Mas acostumbrado al ruido de las armas, que al estudio del

corazon del hombre, creia que podian manejarse sus pasiones lo mismo que se dirige un regimiento. La muerte de su esposa le afligió en estremo: la idea de su hija, en cuya educacion no le permitian ocuparse sus muchos negocios, le obligó á buscar una persona de toda su confianza, á quien encargar tan importante empresa. Despues de muchas investigaciones, encontró al fin una inglesa, generalmente estimada, y que eligió por aya de su hija.

El objeto principal de los cuidados maternos es formar el corazon de una jóven y dirigirle por la senda de la moral: estos cuidados son mucho mas necesarios en Rusia, en donde entregados los niños

desde el instante de su nacimiento á una multitud de esclavos, que solo se ocupan en satisfacer sus caprichos, obedeciéndolos como unas leyes, conocen bien pronto el respeto que inspiran, y desean desde luego manifestar su autoridad. Este es uno de los grandes inconvenientes de la educacion rusa.

Por desgracia de Varinka, su Aya no trató de corregir los primeros resabios de una educacion abandonada á personas demasiado vulgares. Miss Walis, de cuarenta y cinco años de edad, disfrutaba de una reputacion sin tacha: su conducta era irreprensible, sus costumbres severas; pero su caracter áspero la hacia poco á propósito para dirigir la educacion de una jó-

ven. Hermosa en su juventud, su falta de dulzura la privó siempre del amor. Exagerando demasiado las prerogativas de su sexo, miraba con desprecio el poder que los hombres justamente ejercian: queria que una muger tuviese demasiada firmeza para librarse de lo que ella llamaba su tiranía. Penetrada de la importancia de èstas ideas, las comunicó á su educanda luego que estuvo en disposicion de comprenderlas. «Creedme, decia muchas veces: el poder de los hombres solo dimana de nuestra debilidad: la muger que observa una conducta pura, adquiere el derecho de reinar en sus mismos soberanos; pero necesitamos disimular nuestros sentimientos para manejar á los que nos dominan:

debemos oponer á su autoridad la prudencia y la circunspeccion. Tales son, mi querida Varinka, las armas de la debilidad: las mugeres que saben hacer uso de ellas, mandan en sus casas y en sus maridos.»

Las ideas estravagantes tienen generalmente un aspecto brillante, que seduce con mas facilidad que la razon á una imaginacion jóven y ardiente. El caracter de la Aya agradaba mucho á su pupila.

Varinka tenia bastante talento, y hablaba con facilidad varias lenguas. En Rusia se cuida con escrupulosidad de la brillante educacion de los jóvenes; se tienen presentes todos los acontecimientos de la vida: las familias bien acomodadas, y aun aquellas que no lo son, se

afanan porque sus hijos hagan grandes progresos en la mas tierna edad.

La figura de Varinka era hermosa, y sus facciones mui marcadas. Su tez era brillante, cosa mui rara en el pais, su talle perfecto y su aspecto magestuoso: á pesar de todo, se encontraba en ella menos gracia que belleza.

El General adoraba á su hija; pero encubria este cariño con un aspecto severo. Se gozaba en lo interior de su alma de los adelantamientos de Varinka, y de la consideracion que disfrutaba en la sociedad. Ciego, como casi todos los padres, no sabia descubrir en el semblante imponente de su hija la falsedad de sus pensamientos y

las ideas romancescas que la animaban, con un orgullo sin límites, poco comun á su edad.

Luego que Varinka cumplió diez y siete años, edad en que las jóvenes rusas son presentadas en la corte y en el gran mundo, Miss Walis, cuya salud no podia soportar el clima, fue abundantemente recompensada, y se retiró á Inglaterra. Los rusos, generosos por costumbre y por inclinacion, aseguran comunmente una vida descansada á los ayos de sus hijos. Despues de la partida de Miss Walis, Varinka tomó el aspecto de ama de casa, tan adecuado á su carácter.

Tenia el General por ayuda de campo un oficial de todos esti-

mado por su buena conducta, su talento y nobleza de alma, lo mismo que por su figura y todas sus circunstancias. Fedor, que asi se llamaba, se enamoró bien pronto de los encantos de Varinka. Franco y enamorado, entregó su corazon á la que menos convenia á sus sentimientos y su carácter. Casi sin fortuna, solo tenia la esperanza de adelantar en su carrera, y el General era demasiado rico; pero en la juventud, que se llama con razon la novela de la vida, nada encuentra difícil un amante. Fedor amaba á la hija de un hombre que le manifestó siempre preferencia y estimacion: esta idea le llenaba de confianza, y bien pronto se atrevió á declarar su amor.

Varinka recibió este secreto con un aire de indiferencia; pero en el fondo de su alma se gloriaba de los homenages y contínuas deferencias de un hombre generalmente estimado, que la idolatraba y que la consultaba todos sus asuntos con una sumision y un respeto que halagaba demasiado su amor propio. Solia recordar las lecciones de Miss Walis, y creia que seria fácil poner en práctica sus principios con un marido, cuyo genio dócil y carácter tímido le asegurasen el cómodo ejercicio de un imperio absoluto; ademas, solo á ella habia favorecido la fortuna, y este era otro motivo á sus ojos para reinar como soberana.

Estos frios cálculos, mas bien

que los impulsos de su corazon, hicieron participar á la jóven rusa de los sentimientos de Fedor. Bien pronto se convinieron los amantes, y fijaron la época en que se habia de pedir su consentimiento al General; con todo, Varinka, fiel á su carácter, no quiso dar su nombre en esta demanda: «Os autorizo para pedir mi mano, le decia; pero os prohibo absolutamente declarar mi pasion: no hableis mas que en vuestro nombre, ni useis mas que de vuestras súplicas: yo deseo tanto como vos que sean escuchadas.» Esta órden descubria su carácter decidido y altanero; pero Fedor era dichoso, y la embriaguez de su felicidad no le permitia desengañarse.

Por último, el Ayuda de campo pidió una audiencia secreta al General. Por la tarde se retiró Varinka á su habitacion, y esperaba con impaciencia que la llamase su padre: dieron las ocho, y á esta hora se tomaba el the. Se encaminó al salon: el General estaba solo, recostado sobre una mesa, y con la mano en la mejilla parecia embebido en profundas reflexiones: su hija pretendió descubrir su secreto; pero fue bastante dueño de sí mismo.

El General, visiblemente conmovido, guardaba un profundo silencio: por fin, le habló Varinka. Despues de algunas palabras insignificantes, dijo que se hallaba indispuesta; llegó, segun costum-

bre, á besar la mano de su padre, y se retiró con frialdad, sin dar una esplicacion que la ternura paternal hubiera deseado.

Luego que llegó á su habitacion, empezó á meditar sobre la tristeza del General, y no pudo menos de considerarla como contraria á sus proyectos: su sueño fue mui agitado. Apenas habia salido el sol al dia siguiente, pidió un trineo, y acompañada de su doncella se dirigió hácia la alameda que rodea la ciudad. Bien pronto reconoció á Fedor; sus trineos se encontraron. Los rusos, familiarizados con la lengua francesa, tienen la ventaja de hablar libremente delante de sus criados, sin temor de ser comprendidos.

Varinka, conmovida con la tristeza de Fedor, le dijo en francés: «Esplicaos, os escucho con impaciencia.» El Ayuda de campo la mira dolorosamente, suspira y nada responde. «Y bien: ¿qué os ha dicho mi padre? — ¡Ah, querida Varinka! todo se acabó para mí: vuestra mano hace mucho tiempo que está prometida. — ¡Mi mano está prometida! ¡qué! mi padre.... — Le encontré inflexible: me ama, y su repulsa parece que le aflige. En vano se querria que faltase á su palabra: es sagrada y se dió desde vuestra infancia. — ¿Quién es, pues, el que se me destina? — No lo sé: he respetado el secreto de mi gefe. — ¡Qué! se dispone de mí sin mi consentimiento, y en favor de

un hombre que no he visto jamas, y que acaso no podré amar: se me deja ignorar el porvenir, y quieren unirme á la suerte de un desconocido.... jamas. A Dios, Fedor: necesito todo el dia para reflexionar; mañana os haré saber mi determinacion.» A estas palabras se alejó de su amante, sin que sus voces pudieran detenerla.

Mientras el desayuno, el General observó á su hija con una inquieta curiosidad. Fedor, fiel á las órdenes de su querida, solo habló de sus propios sentimientos. Si esta jóven hubiera tenido mas confianza, si la ternura verdadera hubiese ablandado su alma, el corazon de su padre no hubiera podido resistir á los ruegos de su hi-

ja única, la sola esperanza de su vejez; pero se aseguró completamente en su resolucion por el aire de serenidad que reinaba en su hija: la creyó indiferente, porque la vió en calma. ¿Cómo descubrir los sentimientos que la agitaban, si su mayor gloria era ocultarlos? El carácter de Varinka fijó su destino.

El Ayuda de campo volvió á la hora del servicio: el General le manifestó el mismo cariño, afectando creer que habia perdido tode esperanza.

Los amantes tuvieron una entrevista. Fedor, que no podia comprender la resignacion de la que amaba, le dirigió tiernas quejas. «Os engañais, le dijo; estoi tran-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

quila, porque he tomado una resolucion seria : jamas me dejaré sacrificar; os amo, y mi mano nunca se abrirá para la de un desconocido. — Pero vuestro padre.... — Ha perdido todos sus derechos desde que abusa de ellos. — Pensad.... — Todo lo he pensado. Desprecio esa debilidad á que las almas vulgares quieren dar el nombre de resignacion : mi padre es un tirano; y disponer de mí como de una esclava, es autorizarme para despreciar sus mandatos. — Pero ignora vuestros sentimientos. ¿Por qué ocultarle que convienen con los mios? Acaso esta confesion....—No, lo conozco: ha dado su palabra, y su hija le inspira menos interes que su honor : sus de-

terminaciones serán irrevocables: yo no tendré menos firmeza: nos amaremos, Fedor, pero en secreto. — ¡A qué prueba me condenais! ¡qué! ¿es necesario fingir? ¿tendré que engañar á vuestro padre? — Mi cariño os indemnizará de todo: nuestro amor es inocente y puro. Nos veremos, no os rehusaré este consuelo, y no por esto podrá ofenderse la mas austéra virtud: el tiempo hará lo demas; acaso el mismo que se me destina romperá unos lazos tan pesados.» Fedor no se atrevió á resistir á los deseos de su querida, y se sometió á ellos, aunque con repugnancia.

El ostáculo imprevisto que se opuso á los deseos de Varinka, dió

nuevo pábulo á su amor. La lucha secreta entre la voluntad de un padre y la suya ofrecia muchos encantos á su imaginacion exaltada: no solo se creia con bastantes motivos para despreciar los mandatos de su padre, sino que encontraba cierta especie de gloria en cubrir de un velo misterioso sus sentimientos y sus acciones; era dar mas interes á su vida, y hacerle los honores pueriles de una heroina perseguida.

Dos meses pasaron así. El General tenia entre sus criados un peluquero, que daba contínuamente motivos de queja. Fedor, encargado de la policía doméstica, le hizo castigar por una falta bastante considerable. Iwan (este era

su nombre) juró vengarse, y con este designio espió todas las acciones del Ayuda de campo.

El General, que habia velado muchas veces con la actividad militar, conservaba la costumbre de levantarse mui temprano, y hacia que le peinasen al momento. Un dia que el peluquero iba á casa de su amo á las cinco de la mañana, vió que un hombre salia furtivamente de la habitacion de Varinka: le sigue, le observa y reconoce á Fedor.

Peinando despues á su Amo, Iwan hizo que recayese la conversacion sobre el Ayuda de campo. «Es un valiente jóven, decia; es tambien bastante generoso, y es lástima que tenga tan mala cabe-

za. — ¿Fedor mala cabeza? ¿quién te lo ha dicho, Iwan? no conozco un oficial mas juicioso. — ¡Oh! cuando digo que tiene mala cabeza, quiero decir que está enamorado, y que esto le obliga á ser loco. — Tú sabes que está enamorado; y dime: ¿sabes de quién? — Lo sé, y es de una persona á quien no debia atreverse ni aun á mirar. — ¡Cómo! ¿qué dices? Haga V. E. de mí lo que guste; pero jamas podré consentir que se engañe de este modo á un amo tan bueno como V. E.: en este mismo instante he visto salir al oficial de la habitacion de la Señorita. — ¡Miserable! ¿qué puede moverte á forjar tan infame calumnia? — No he dicho mas que la

verdad, y consiento en morir en el acto, si no lo probase. — Lo acepto: serás tratado.... — Concédame V. E. algunos dias, y verá que soi un fiel criado; pero necesito que se me guarde el secreto.

Se pasó toda la semana sin que el peluquero diese nuevo aviso. El General, no dudando ya de la impostura, se preparaba á castigarle, cuando la noche del sábado entra Iwan diciendo á su amo: «Estan juntos: venga V. E. y los sorprenderemos.»

A estas palabras nada responde el General. Se levanta, se viste, despide al oficioso delator y se dirige al aposento de su hija. Llama; pero nadie le responde: redobla los golpes, habla y manda

abrir: Varinka responde, al fin, como saliendo de un profundo sueño.... no tiene luz.... es necesario que despierte á su doncella.... Pide tiempo para ponerse una bata: el General se impacienta.... ¿Qué hará? La habitacion no tenia salida: eran dos piezas solas sin comunicacion con ninguna otra de la casa: habia una estufa, pero ninguna chimenea en que poder ocultarse, y las rejas de las ventanas hacian imposible la evasion... Pero en la habitacion de Annouschka habia un cofre que se cerraba con resorte: solo contenia ropa blanca; le desocupan con precipitacion, entra en él Fedor, cae la cubierta, y la doncella se dirige á abrir al General. Este, luego que

entró, toma una luz, y hace un registro rigoroso de toda la habitacion; nada encuentra que justifique sus sospechas; tampoco ve el cofre, sobre el cual han amontonado toda la ropa blanca que tenia dentro. El semblante de Varinka parece sereno, y pregunta á su padre con un aire sencillo el motivo de esta visita nocturna. El General, algo confuso, dijo entre dientes algunas escusas. Varinka se creia ya libre, cuando vió que su padre, dirigiéndose á Announschka, la mandó cerrar la puerta, y empezó mui despacio una larga disertacion sobre la moral, y sobre todas las acciones que caracterizan la decencia de una jóven. La conversacion duró casi media hora;

Varinka sufrió con valor esta terrible prueba; al irse su padre la abrazó tiernamente, y la dijo: «A Dios, mi querida hija, perdóname haberte interrumpido el sueño: veo que no me equivoco en la buena opinion que he formado de tí; mereces mi confianza, y comprenderás la importancia de todos tus deberes.

Libres ya Varinka y su doncella, se apresuran á sacar á su prisionero; le hablan, y no responde: le creian desmayado: estaba muerto.... ¿Pero cómo admitir tan terrible idea? Le levantan, le rocian con agua y con espíritus; pero aun permanece inmóvil. Varinka prueba el último medio; toma unas tijeras, le pica una vena, pe-

ro la sangre no aparece. El desgraciado jóven, no pudiendo sufrir la estrechez del cofre, se sofocó por falta de aire, y está muerto....

¡Ah! ¿cómo pintar la desesperacion de Varinka? Un hombre acaba de espirar en su mismo aposento y casi en sus brazos, y este hombre poseia su amor.... Arrodillada cerca del cuerpo de su amante, no llora, solo articula algunas voces que carecen de sentido. Ya no es la altiva Varinka que todo lo despreciaba: el dolor la ha hecho una muger sensible, y daria mil veces su vida por rescatar la de Fedor.

Mientras que esta sentia su desgracia sin vengarse de su situa-

cion, Annouschka lloraba amargamente: «Estamos perdidas, decia: se nos acusará de la muerte del oficial, y seremos desterradas á la Siberia....» Varinka nada responde. Una hora se pasó en este estado. De repente se levanta Annouschka esclamando: «Me ocurre una idea que puede salvarnos. Es necesario sacar de aqui el cuerpo antes de amanecer: voi á llamar á mi hermano el cochero; él solo puede librarnos de este apuro. — ¿Y piensas confiar á tu hermano nuestro secreto? — ¿Y por qué no? Bien sé que se emborracha algunas veces; pero en el fondo es un buen hombre: yo respondo de él; algunos presentes le harán discreto. — No, yo no pue-

do resolverme.... — ¿Pero qué otro medio hai? ¿qué hacer de este cuerpo? Pensad en la cólera del General; el ruido que va á hacer este suceso en todo el pais; vais á quedar deshonrada. El tiempo vuela, solo nos quedan algunas horas de noche, el dia llegará pronto y somos perdidas: en el nombre del cielo, no me detengais, yo me encargo de todo.»

Al pronunciar estas palabras, salió de la habitacion sin escuchar á su Ama: fue á buscar á su hermano, le confió todo el secreto, y quiso conmoverle con súplicas y promesas: el cochero la interrumpió bruscamente, diciendo: «¡Pardiez! es un buen secreto: un hombre muerto; y bien, ya lo enter-

rarán. ¿Estás loca para afligirte así? — Pero es necesario que nadie sepa.... — Nadie lo sabrá, te lo aseguro. — ¿Pero cómo has de hacerlo? — Tranquilízate. Ahora duermen todos; voi á coger á nuestro hombre, le coloco sobre un trineo, le cubro con algunos manojos de heno, y con mi látigo haré que llevemos buen paso. Si casualmente me encontrasen, nadie podrá figurarse que bajo el heno va oculto un lindo oficialito: ademas, no hai miedo, hace demasiado frio, y esta no es hora de pasear. — ¿Pero á dónde quieres llevarle? — Eso no te dé cuidado; le ocultaré de tal modo, que en tu vida vuelvas á oir hablar de él. Estoi determinado á hacer este cor-

to servicio á nuestra Ama. ¡Pobre jóven! ¡cómo llorará los tres primeros dias! el cuarto ya estará mas consolada; y al quinto, si se presenta otro amante.... — Hazlo, pues, hermano mio: no tienes vergüenza de.... — Tienes razon, vamos.»

Los dos juntos se dirigieron silenciosamente á la lúgubre habitacion. Varinka los esperaba, y se retiró al momento que llegaron; el cochero no pudo verla: este cargó sobre sus anchas espaldas el cuerpo del desgraciado Fedor. Entre tanto Varinka estaba anonadada: el dolor y los remordimientos enagenaban sus facultades.

Algunos momentos despues se aleja el cochero, pone la carga so-

bre un trineo, y corre en pocos instantes una larga distancia. Luego que llegó á la mitad del rio, se arma de un azadon que llevaba prevenido, hace una abertura en el hielo, y por allí precipita el cuerpo que se abisma en las aguas.

Varinka, recostada sobre la ventana, habia caido en un desfallecimiento total. Los albores de la mañana iluminaban ya el horizonte; y los vapores encarnados de la atmósfera anunciaban un dia hermoso. El silencio de la noche desaparecia poco á poco, y cada uno empieza á ocuparse en su trabajo. Varinka oyó una voz bronca que cantaba un aire nacional; era el hermano de Annouschka, que habiendo vuelto de su espedicion,

se ocupaba en cuidar de los caballos. «¡Desgraciado! dijo Varinka: ¡tú cantas mientras yo estoi sumergida en la desesperacion! ¡has sabido ocultar el crímen; pero no la criminal! he confiado mi secreto á una alma baja, y este hombre envilecido se hace árbitro de mi suerte.

Llegó el medio dia, y Varinka no habia visto á su padre: era la hora en que debia verle. ¿Qué pensará de su semblante desordenado y sus facciones pálidas? Su corazon palpitaba; teme hacerse traicion: se acerca temblando y llama á la puerta del gabinete de su padre. El General responde: «¿Sois vos, querido Fedor? Entrad, os esperaba con impaciencia.» A estas pa-

labras, pronunciadas en un tono afectuoso, la desgraciada Varinka se sintió desfallecida : su mano abandona la puerta; queria huir, cuando oyó ruido, y apareció un correo; entra en el gabinete, le sigue. La atencion del General se distrajo por este accidente; apretó la mano de su hija y abrió los despachos. Recorriéndolos con celeridad, se admiró de la ausencia de su Ayuda de campo. «Sabes, hija mia, la dijo, cómo es que Fedor tan exacto, Fedor, que siempre estuvo á mis órdenes á las nueve de la mañana, no haya parecido aun? Se le ha buscado por toda la ciudad; su criado dice que anoche no fue á su casa.» Varinka respondió con medias palabras. El

General conoció por fin la alteracion de su hija. «Pobre hija mia, le dijo, aun se te conoce el trastorno que he causado en tí está noche. Acaso te habré anunciado con demasiada prontitud nuestros temores por Fedor. Amas como yo á ese bello jóven: su desaparicion me atemoriza; pero he enviado espresos á las cercanías, y será preciso que nos le traigan muerto ó vivo.» Estas palabras fueron un golpe mortal para Varinka, la que se retiró, temiendo que su padre llegase á conocer el temblor de que se hallaba poseida.

¡En qué situacion se hallaba colocada! ¿Cómo podrá sostener el peso de su dolor y el silencio que debe guardar? Se pasaron mu-

chos dias en diligencias inútiles para encontrar á Fedor; solo se hablaba de su ausencia; cada uno la atribuia á un motivo distinto; pero nadie sospechaba la verdad. Bien pronto se olvidó esta conversacion: el hombre es tan inconstante, que aun los mas grandes acontecimientos solo dejan en su alma un débil recuerdo. El mismo General olvidó sus diligencias, y concluyó por creer que su ausencia era efecto de un despique amoroso.

Aunque el secreto se guardaba inviolablemente, Varinka no podia desentenderse de una inquietud que la devoraba; su salud se alteró visiblemente, y su tristeza se unió con su carácter. No era

aquella dulce melancolía que interesa en favor de una alma sensible: un aire de sequedad y altivez se mezclaba en todas sus acciones. En la mejor edad de su vida, en la edad encantadora, que reduce bajo su imperio á todos los que se acercan, Varinka inspiraba un menosprecio que rehusaba todo sentimiento afectuoso. La mudanza que habia esperimentado, era demasiado grande para que se escapase á la penetracion de un padre. «Me ocultas tus penas, la dijo un dia el General: lo veo, hija mia, me has privado de tu confianza; pero dime: ¿no tengo por qué acusarme de la ausencia de nuestro pobre jóven? Herido con mi repulsa habrá querido separarse de

nosotros; creo que te habrá declarado sus sentimientos, y que conoces el ostáculo que se opone á sus deseos. ¿Acaso le amas? responde: ¿le has visto antes de su partida? — Le he visto, respondió Varinka sin turbarse; parecia conmovido al separarse de mí, y que se despedia para siempre. No pude comprender el sentido de sus espresiones; pero os juro que no conservamos relacion alguna. — No has respondido á una de mis preguntas: ¿amabas á Fedor? — No: era solamente un efecto de estimacion. — Te creo: ¿por qué me habias de ocultar la verdad? Ademas, es necesario decirlo, el hombre para quien estabas destinada, no existe ya para tí. Dueño

de su voluntad, ha roto ya los contratos que tanto habia yo respetado: hace ocho dias que se casó: las cartas de Moscou me dan esta noticia. Si amases á Fedor, podria esperarlo todo; pero no hablemos mas: no sé por qué la memoria de Fedor ha quedado en mi corazon como un peso doloroso.»

Esta conversacion fue un rayo para Varinka. En el instante que ha perdido á Fedor, se le presentan vencidas todas las dificultades. Ya se preparaba la pompa del himeneo: rica, bella, rodeada de adoradores, podia ser la mas feliz de las mugeres: la suerte, para castigarla, la deja entrever un rayo de felicidad. Esta idea halagüeña se

presenta á su imaginacion como un relámpago que atraviesa las nubes ; pero al instante se viene la realidad; y sus ojos, bañados en lágrimas, se fijan en el mismo sitio, en donde arrodillada ante el cuerpo de su amante, le prodigaba inútiles socorros.

Voluntariamente habia emponzoñado su vida y destruido su felicidad. ¡Desgraciada! ¡por qué el destino la privó tan pronto de las caricias de su madre! una madre cuidadosa de su felicidad hubiera dulcificado su natural fiereza y dirigido sus pasiones por el camino de la virtud; y si hubiera cedido á los peligrosos atractivos del amor, su secreto no podria escaparse á la vigilancia de una ma-

dre. ¡Ah! el destino dispuso de otro modo de la jóven rusa. Desposeida de apoyo y de consejo, su carácter se hizo áspero, y su alma, llena de tormentos, habia despreciado todo sentimiento dulce y consolador: una sola idea ocupaba su imaginacion; ocultar su secreto, evitar el desprecio de los demas, estos eran todos sus deseos. Cada dia se borraba mas y mas de su corazon la idea de Fedor; solo le quedaba un débil recuerdo, y esta imágen aterradora se le presentaba como un acusador pronto á perderla.

Mientras tanto, el peluquero no podia comprender lo que pasaba: al dia siguiente de su delacion no solo fue castigado como calumnia-

dor, sino que recibió la órden de no volverse á presentar ante su Amo. Este último castigo aumentó tanto mas el resentimiento de Iwan, cuanto estaba plenamente convencido de haber visto entrar á Fedor en la habitacion de su Señora. No pudiendo concebir la desaparicion del Ayuda de campo, pensó seriamente en penetrar tan estraño misterio.

No tardó mucho en conocer que Pedro, el cochero, gastaba mas que antes de su aventura, lo que le hizo sospechar que el hermano y la hermana eran conocedores del secreto. Desde entonces buscó una ocasion de hacer hablar al cochero; se le ofreció bien pronto, y fue un dia de fiesta. En Rusia la

gente baja no cree haber celebrado una gran fiesta si no se emborracha á lo menos una vez al dia.

En la tarde de este dijo el General que no queria salir. Iwan acompañó al cochero á una taberna algo distante de la ciudad, que llamaban comunmente la taberna colorada; allí encontraron á dos criados del General: el dueño de la taberna era un hombre de buen humor; siempre se le veia pronto á partir la borrachera con los que bebian en su casa. Luego que la bebida comenzó á obrar su efecto, recayó la conversacion, segun costumbre, sobre el General y su hija. Las largas tertulias de taberna tienen por lo regular dos actos diferentes, asi como algunas piezas

de teatro: el uno en que se desatan las lenguas, efecto de los primeros tragos; y el otro en que se enfurecen por el esceso de la bebida: nuestros cinco convidados ejecutaron admirablemente la primera parte: las palabras se sucedian unas á otras con rapidez, sin dejar tiempo para entenderlas.

El cochero, que no ignoraba la especie de superioridad que tiene el que convida sobre los convidados, encantado de representar su papel, usaba largamente de sus derechos. Iwan, el mas hablador de todos los peluqueros, se empeñó en probar á la concurrencia, que no siempre el que tiene mas dinero es mas dichoso que los demas; y tomando por la mano al

tabernero, dijo gritando: «Pardiez, yo creo que en todo el departamento de Pultawa no hai un hombre mas dichoso que este. Dueño de sus acciones, hace todo lo que quiere sin que nadie le atormente. Si algun dia le da la locura de casarse, no tiene qué pensar mas que en sí solo; mientras que nosotros, sujetos á los caprichos de nuestros amos, y amenazados siempre de ser despedidos, pasamos una vida miserable.»

«¡Bah! dijo el cochero, te estás quejando contínuamente, y á fe que no tienes razon; tu oficio es de perezosos: mientras haces colar los polvos por encima de las cabezas de tus parroquianos, caen sobre mí copos de nieve, y cla-

vado en mi asiento espero que S. E. grite: cochero.... San Pedro me cierre las puertas del cielo si alguna vez me he quejado de mi trabajo. Mi comida está segura; tengo una buena capa para abrigarme, y una piel para dormir en el invierno: jamas me falta aguardiente; y yo creo que vale mas ser un esclavo bien mantenido, que no un hombre libre, pero muerto de hambre.

«¿Y los golpes á que estamos espuestos, los cuentas por nada? El General es un amo mui bueno, convengo en ello; su cólera pasa con la misma rapidez que las primeras nieves del mes de octubre; pero en estas grandes casas ¿no hai veinte amos en vez de uno? La Seño-

rita, el Ayuda de campo, los parientes, el repostero, el mayordomo: á todos estos hai que obedecer.

«¡Cómo! señor Iwan: ¿os acordais aun del último golpe que os dió generosamente el Ayuda de campo? Qué quieres, hijo mio, solo pudo darte lo que tenia. Ademas, no estamos muertos; bebamos otra botella y se acabará tu rencor.

«Pardiez, Pedro, en otro tiempo no usabas ese lenguage. ¿Cómo es que ahora lo encuentras todo tan á pedir de boca? Esplícame cómo has llegado á ser el favorito de tus amos. Se respetan tus huesos como si fueran menos duros que los nuestros. — Es cier-

to que los respetan: desgraciado de aquel....; quiero decir, del que intentase maltratarme.»

A estas palabras del cochero no pudo menos Iwan de hacer un movimiento de sorpresa; pero reprimiéndolo en el momento, y deseando una larga esplicacion, replicó con viveza: «¿Y por qué estás libre del castigo? ¿no eres tan criado como nosotros? — Sí. — ¿Tan malo como nosotros? — Sin duda. — ¿No te emborrachas mas á menudo que nosotros? — Convengo en ello. — ¿Y nada temes? — Nada, nada temo, ni de la Rusia entera. — ¡Ah! no eres tú el que profiere esas espresiones, es el aguardiente que has bebido. — Es tan cierto, como que pagaré estas

cuatro botellas y las que vamos á beber aun. Daniel, tráenos otra botella; pero sin derramar una gota de tan precioso licor.

El tabernero encendió su linterna, y fue á la pieza inmediata en donde tenia sus provisiones; mientras tanto Pedro enseñaba su renta de veinte y cinco rublos, y observaba con placer en el semblante de sus camaradas la envidia que les inspiraba su corta fortuna. Despues de un instante de silencio, Iwan prosiguió su discurso: «¿Sabes, amigo, que vas á pasar por hechicero en todo el pais? Se dirá que el diablo te ha dado ese caudal, y esto es un peligro para ti: acuérdate de la terrible aventura del molinero de Alatip.

«¿Y qué importa que el dinero me lo haya traido un diablo ó un ángel? esclamó el cochero: lo cierto es, que con solo decir una palabra, tengo todo el dinero que quiera. Mañana puedo enseñarte doscientos rublos: ¿lo entiendes? doscientos rublos.

Se preparaba Iwan á contestar, cuando el tabernero les puso sobre la mesa la botella. «Mui bien, dijo Pedro con un aire de triunfo; ayúdanos, Daniel, á dar cuenta de este aguardiente.»

Las cabezas se calentaron pronto. Iwan, mas dueño de sí mismo que sus camaradas, vió con gusto exaltarse el amor propio del cochero. Querido Pedro (le dijo con el acento que usan general-

mente los hombres sin educacion cuando estan medio borrachos), háblanos de tus riquezas, y enséñanos los doscientos rublos.

No, respondió el cochero con una voz tremenda; te digo que no. En todo he dicho la verdad. Mañana podré tener á mi disposicion esta suma que tanto te alegra; pero en realidad es una bagatela. ¿Quieres alguna otra cosa? De mí depende que nuestra jóven Ama venga al momento adonde estamos.... Sí, por el arcángel san Miguel vendrá aqui á vernos beber por su salud. — En cuanto á eso, yo te aseguro que no vendrá; y todos aseguramos lo mismo. Me parece que nunca ha sucedido que la hija de un General ruso haya ido á la taber-

na, solo por complacer á un cochero. — Mi autoridad conseguirá esta gloria, y me obligo á hacerla temblar si no se presentare á nuestro convite. Aunque falte todo esto nada importa, apostaremos alguna cosa. — ¿Cuánto quieres por este milagro? — Diez rublos. — Hélos aqui. — Bien pronto conocerás el poder de Pedro; pero es necesario que mientras vuelvo, esten quietos los vasos: lo entiendes, Daniel; jamas pago lo que se ha bebido sin mí.

El tabernero inclinó respetuosamente la cabeza en señal de obediencia, y el cochero se alejó rápidamente, dejando á nuestros cuatro bebedores admirados de su audacia, y riéndose de la apuesta de los diez rublos.

La viveza de esta escena con el peluquero habia templado un poco la borrachera de Pedro: llegó á la casa de su Amo con paso firme, y subió á la habitacion de Varinka, en donde encontró sola á su hermana.

Annouschka, la dijo: acabo de hacer una apuesta, y tú debes ayudarme á ganarla. — ¿Qué has apostado? — Que la Señorita vendrá conmigo al momento á la taberna colorada, y allí nos verá beber á su salud; no hai mas que gente de casa, y solo cinco personas, contándome yo mismo. — ¿Qué dices? ¿tu Ama? la hija de S. E. ¿ir á la taberna? ¿estás loco? — No, no estoi loco. — Entonces estás borracho, y sale la misma cuenta:

vete á dormir. — Annouschka, he apostado; dudaron de mí, y esto ha de ser sin tardanza. Avisa á tu Ama. — No: te he dicho que no la diré una palabra.

Al oirla el cochero, su semblante tomó un aire amenazador que hizo temblar á su hermana. «¡Te atreves á decirme que no dirás una palabra! pues yo quiero que venga, gritó pateando con violencia; y si tú no hablas, hablaré yo.... ¿Has olvidado ya la noche que?.... ¿no fue aquí donde yo le cargué sobre mis espaldas?.... ¿no puedo acusaros al instante de esta muerte?.... — Silencio, hermano mio, por Dios. — Bien, avisa al momento á tu Ama; y si dentro de un cuarto de hora no estais las

dos en la taberna, lo descubro todo. Diciendo estas terribles palabras, salió Pedro de la habitacion, sin atender á las súplicas de su hermana.

El General tuvo aquel dia convidados. Su hija, retirada en su aposento, se ocupaba en leer cuando llegó el cochero; la puerta estaba entreabierta, y pudo oir toda la conversacion.

«¡Dios todopoderoso! ¿qué haremos? esclamó Announschká.» Pero Varinka estaba ya resuelta. Ninguna mutacion se notaba en su semblante, y respondió con tranquilidad á las preguntas de su doncella. — Iremos á la taberna colorada. — ¿Y pensais en eso, Señorita? — Sí, te digo que iremos.

Tu hermano ha adquirido derecho para mandarme; es necesario obedecer; de todo es capaz ese miserable. — ¡Ah! convengo en que.... — El infame en su borrachera habrá contado á sus camaradas la muerte de Fedor: mañana se hará todo público, y mi padre.... No contento con su indiscrecion me ordena la prueba mas humillante: que sea....; pero le aseguro que será la última. — Señorita, ¿qué quereis decir? ¿qué puede ser?.... — Calla, aun no es tiempo de esplicarme: busca una botella de aguardiente: vuelve pronto; tu hermano está de prisa y no podemos perder un momento.

Annouschka volvió con la botella que se le habia pedido. To-

mó Varinka una redoma de láudano, la vertió en una taza, echa tambien aguardiente, y cuando estuvieron bien mezclados los dos licores, volvió á llenar la botella. Entonces, envolviéndose las dos en sus capas de pieles, salieron por una puerta falsa: la noche era oscura, y soplaba un viento bastante fuerte: las dos jóvenes agarradas del brazo se encaminaron á la taberna colorada. Luego que llegaron á ella, dijo Varinka en voz alta: «Annouschka, mira si hai aquí alguien de casa. El cochero reconoció al momento la voz de su Ama; y dirigiéndose á ella, la suplicó que entrase en la taberna. De mui buena gana, respondió. Todos se levantaron á su

vista, y quedaron confundidos.

«Amigos mios, les dijo, aquí traigo una botella para que bebais á mi salud; es de aguardiente de Francia, no le hai mejor en la bodega del General.

«Hermosa Señorita, le dijo el tabernero, ya medio borracho, bendito sea el dia que tengo el honor de recibiros en mi casa; es la primera vez que recibo en ella tan ilustre personage; vuestra presencia la hace mucho honor.»

«Buenas gentes, dijo Varinka, sentaos; y tú, Daniel, saca cinco vasos. Os digo que jamas se ha bebido en esta casa tan buen aguardiente.»

El tabernero, oyéndose llamar por su nombre, lo que le pareció

un favor mui considerable, puso los cinco vasos sobre la mesa. Varinka se levantó entonces pronunciando estas palabras: «Para probaros que me complazco en vuestra alegría, yo misma quiero echaros de beber.» Entonces distribuyó el licor en cinco partes, y apoderándose ellos de los vasos, echaban mil bendiciones á su Señorita.

«Annouschka, dijo entonces la jóven rusa, el viento es ya mas fuerte; dejemos pasar esta ventisca y nos iremos todos juntos. — Tiene V. E. razon, dijo el cochero con lengua balbuciente; nos iremos cuando....» Su lengua trabada no pudo proseguir, y su cabeza quedó inclinada sobre el pecho. A poco rato el tabernero y los o-

tros criados se durmieron profundamente. Un grande silencio reinaba en toda la casa. Se pasó un cuarto de hora, y entonces Varinka gritó con voz fuerte: «Vamos, amigos mios, marchemos....» Pero el opio habia producido su efecto, y nadie respondió. Hé aquí el momento, dijo echando una mirada siniestra sobre su doncella.

En el instante reunió mucha paja, y con la luz puso fuego á los cuatro ángulos de la casa. —¿Qué haceis, Señorita? — Aseguro nuestro secreto, y le envuelvo entre cenizas. — ¿Y mi pobre hermano? — Es un miserable que podia hacernos traicion. ¿No has visto la risa insultante del peluquero? Todo lo sabia. No llores, Annouscka;

eramos perdidas para siempre si estos miserables.... La casa se quema, salgamos. A estas palabras la saca con violencia; cierra fuertemente la puerta, y oculta la llave en la nieve de los campos vecinos.

El incendio hacia rápidos progresos. Luego que empezaron á salir las llamas, el viento las aumentaba estraordinariamente. Ocultas á la sombra de unos árboles, quiso Varinka observar si el fuego perdonaba á alguna de sus víctimas; pero Annouschka, arrodillada sobre el hielo, lanzaba profundos suspiros. «¡Oh! hermano mio, mi pobre hermano, yo sola te doi la muerte: solo por salvarnos ocultaste el cuerpo del Oficial, con pe-

ligro de tu vida; y hé aquí la recompensa. ¡Ah! estoi segura de que Dios nos prepara un terrible castigo. Todos los santos del cielo apenas podrán obtener nuestro perdon.

Su Ama, poco conmovida con su desesperacion, veia tranquilamente consumarse su crímen: esta alma, sostenida por el orgullo, se habia desposeido de todo sentimiento de humanidad. La taberna estaba aislada. A media noche nadie atravesaba el camino: una horrible tormenta protegió el delito y la retirada de Varinka, y pudo, sin que nadie lo sospechase, volverse á su casa, en donde no habian advertido su ausencia.

Varinka entró en el salon con

un aire satisfecho; se informó con interes de la partida de juego que se concluia entonces, y permaneció junto á su padre una gran parte de la noche, sin manifestar inquietud ni distraccion.

Al dia siguiente se dió al General el parte del incendio: el pueblo solo hablaba del incendio de una taberna. La policía mandó quitar los escombros, y encontraron cinco cadáveres medio consumidos y mui desfigurados. Como habian desaparecido cuatro criados de la casa del General, y era su costumbre reunirse con el tabernero para beber, nadie dudó que ellos eran los que habian perecido entre las llamas.

Mientras la comida solo se ha-

bló del fatal suceso. «Para mí es una pérdida mui sensible, dijo el General. ¡Desgraciados! qué suerte.... Yo siento sobre todos á Pedro; era el mejor de mis cocheros, aunque aficionado al aguardiente. Estas pobres gentes habian nacido en mis posesiones.... Todos eran casados: hé aquí unas mugeres desgraciadas y unos hijos privados de sus padres. El dueño de la taberna era un escelente hombre; me parece que le estoi viendo, siempre alegre y cantando; por esto le daban la preferencia mis criados, y querian mejor andar un poco mas para disfrutar de su buen humor. — Lo que no puedo comprender, dijo uno de los convidados, es cómo de cinco

individuos ninguno haya podido escaparse de las llamas. Conocia la casa; no era mui grande, y la mesa estaba cerca de la entrada. — Yo creo, dijo con frialdad Varinka, que todos estaban profundamente dormidos; el humo pudo atufarlos, y estas casas se queman con mucha rapidez. — Mi hija tiene razon, dijo el General, y solo me admira que sean tan raros estos sucesos.

Un plan tan pérfido y tan bien combinado no pudo causar ninguna sospecha. No era de creer que una jóven sacrificase cinco personas solo por encubrir una falta. La primera podia escusarse de algun modo. Una reunion de circunstancias desgraciadas la con-

dujeron á una catástrofe horrorosa; pero ahora es el mas bárbaro egoismo el que la conduce al crímen. Seis inocentes fueron víctimas de su detestable orgullo; pues que la muerte de Fedor solo puede considerarse como un preludio de la tragedia. La fidelidad de la doncella era á toda prueba. Announschka adoraba á su Ama; y aunque afligida por la muerte de su hermano, nada habia que temer de parte de su indiscrecion. Varinka se vió respetada y honrada: su belleza, su rango y sus riquezas la proporcionaron innumerables pretendientes; y el que obtuviese su mano podia considerarse el mas feliz de los mortales. Entre tanto el invierno se adelanta-

ba, y la austeridad de la cuaresma siguió á los juegos del carnaval. Los sentimientos religiosos empezaron á renacer en Varinka; empezó á sentir los remordimientos que despedazaban su corazon; pero mas supersticiosa que penetrada de las verdades sublimes de la religion, creyó que cumpliendo rigorosamente con las ceremonias de su culto, su conciencia quedaria tranquila.

El recuerdo de su crímen la hizo rehusar el confesor de su familia, y buscó un pretesto para que su padre la permitiese tomar otro. El aspecto venerable y lleno de bondad de su nuevo confesor la prometia mas dulzura é indulgencia, y los crímenes que tiene

que confesar la costarian menos vergüenza.

El tribunal de la penitencia se abre para Varinka. Cuando reveló la funesta muerte de Fedor, el confesor manifestaba un semblante sereno, sus facciones nada perdieron de su natural gravedad; pero cuando confesó el incendio de la taberna y la muerte de cinco hombres quemados por sus manos, lanzó un grito de horror el ministro de Dios, y sus ojos se fijaron con frialdad en la jóven, que esperaba humildemente su sentencia. El confesor quedó atónito bajo el peso de los delitos que acababa de escuchar.

«Nada decís, esclamó al fin la culpable Varinka: ¿la religion os

prohibe socorrer á un pecador? — La religion me lo manda; pero vuestra confesion me ha horrorizado. Envejecido en las funciones del sacerdocio, no me son desconocidas las pasiones de los hombres: la confesion de sus iniquidades ha herido frecuentemente mi corazon; pero.... ¡es cierto! á vuestra edad... una persona de vuestro rango.... de vuestro sexo.... vos, que todo el mundo os cita por modelo....» Despues de un momento de silencio pronunció el confesor estas palabras con un tono enfático: «Dios todopoderoso, perdonadla. —¿Y vos, padre mio, no me perdonareis? — Nunca se debe desesperar de la misericordia divina: el tiempo y un sincero arrepenti-

miento pueden obtenerla. Hoi no puede bajar sobre vos el perdon del cielo; no puedo absolveros. — Imaginad el efecto que producirá el no verme comulgar: todos los años cumplo públicamente con este deber, de que no puedo desentenderme: me perdeis, padre mio, si me negais la absolucion. — Y si os absuelvo, me pierdo á mí mismo. — En nombre de Dios que está delante de nosotros. — En nombre de este mismo Dios, debo yo resistir. ¿Pensais acaso que un tardo arrepentimiento, causado por el temor de la infamia pública, pueda desarmar su justicia? La bondad de Dios es infinita; pero vuestro crímen es horrible: la sangre de aquellos desgraciados

pide una larga expiacion. — ¡Oh, Dios mio! ¿qué creerá mi padre? ¿podrá soportar la vergüenza que va á caer sobre nosotros? Morirá sin duda. ¡Ah! por piedad, tened compasion de sus canas.» Dijo, y cayó en el suelo inundada en sus lágrimas.

El párroco permaneció algun tiempo abismado en una terrible incertidumbre: sus facciones descompuestas publicaban la emocion de su alma. Haciendo por fin un violento esfuerzo sobre sí mismo, dijo á Varinka: «Escuchad: las virtudes de vuestro padre, y el temor de añadir otra víctima á vuestros delitos van á hacerme culpable. Preparaos para el jueves próximo, y mezclándoos con la mu-

chedumbre de los fieles al tiempo de comulgar, me detendré un instante delante de vos, y se creerá.... ¿Me entendeis?....—¡Padre mio!.... — Es todo lo que puedo concederos, y es demasiado.... A Dios: rogad y llorad. En este momento se levantó y desapareció á los ojos de Varinka.

El párroco no pudo disimular en su casa la turbacion de su alma. Su hija se dirigia contínuamente á acariciarle; pero permanecia inmóvil. Su muger se alarmó. Esta era una persona de buen carácter, entregada esclusivamente al desempeño de sus obligaciones, como lo son generalmente las mugeres de los párrocos rusos; pero su carácter demasiado débil se

dejaba llevar con facilidad de las preocupaciones populares: su salud era tan débil, que se trastornaba á la mas ligera emocion. Luego que se acostó su hija, que hasta entonces la habia contenido, manifestó toda su inquietud.

Amigo mio, le dijo á su marido, ¿te ha sucedido alguna desgracia? confiame tus penas. — Nada tengo absolutamente, nada; vete á descansar; quiero rogar á Dios antes de acostarme. — Me engañas, y quieres ocultarme alguna cosa. — No, tranquilízate, nada hai. — Hace veinte años que estamos unidos, y jamas te he visto con un semblante tan triste. Estoi segura: alguna desgracia nos amenaza. — No, lo que me agita nada tiene que

ver con nuestra familia. Tus preguntas me conmueven: te ruego que me dejes. — ¿Así me despojas de tu confianza? — Con una sola palabra podria satisfacer tu curiosidad. Todo proviene de una revelacion hecha en el tribunal de la penitencia. — No puedo creerlo. El secreto de otra persona no podria afligirte tan vivamente. Pero ¿cómo podré olvidarlo? hoi es lunes, añadió supersticiosamente, y este dia es de mal agüero; esta mañana me encontré con un entierro. ¡Ah! no dudo que ha muerto mi padre: no volveré á verle mas.

Esta idea redujo á la pobre muger á un estado próximo á la desesperacion, y lanzaba los mas espantosos gemidos. Nada podia so-

segarla, y repetia sin cesar: «Mi padre ha muerto.» El mal se aumentaba por momentos. De repente se le contienen las lágrimas y le acometen fuertes convulsiones. A este espectáculo se turbó el párroco; teme la duracion de un mal que puede ser funesto; en fin, temiéndolo todo de la debilidad de su muger, le hace jurar que guardará el mas profundo silencio acerca del misterio que va á confiarla.... ella jura, escucha, y está declarado el secreto de la confesion....

Apenas habia acabado de hablar el párroco, cuando conoció la enormidad de su falta. Las reiteradas promesas de su muger no pudieron tranquilizarle.

Entre tanto la niña Arina que

dormia en un aposento inmediato, se despertó á los gritos de su madre. Deseosa de saber el motivo, se levanta sin hacer ruido, se coloca detras de una puerta entreabierta y escucha todo el secreto. Las circunstancias accesorias las escuchó con la atencion propia de su edad; pero como habia oido hablar muchas veces del incendio de la taberna colorada, luego que su padre dijo que la habia quemado la hija del General, Arina fijó mas su atencion, y esta circunstancia la grabó profundamente en su memoria. No dudando que era una accion reprensible escuchar furtivamente, se impuso á sí misma la lei de no decir una palabra, y se volvió á acostar.

Llegó por fin la pascua: este dia, tan solemne en toda la cristiandad, le celebran los rusos con una pompa estraordinaria. Se felicitan mútuamente por la resurreccion de nuestro Señor: se abrazan en las calles, se alegran, olvidan sus resentimientos. Se ve á los amos sentados á la mesa junto á sus criados, los esclavos abrazar á sus dueños, y aun los Soberanos reciben los abrazos de sus súbditos. Todas las clases se confunden y se igualan delante de Dios. En este dia los rusos forman una sola familia.

La ceremonia de la resurreccion es nocturna. El sábado santo á las diez de la noche se reune el pueblo en las iglesias. El Gene-

ral fue á la parroquia con todos los oficiales de la guarnicion, y precedido de sus criados. Varinka se colocó entre las señoras principales cerca del altar mayor; su padre estaba á la izquierda: la muger y la hija del párroco estaban entre la concurrencia cerca de Varinka.

El templo estaba obscuro: las lámparas de oro y plata despiden rayos mui débiles sobre el sepulcro del Señor. Los ministros entonan á media voz salmos de llanto. Se concluye el oficio que precede á la Misa: el relox de la parroquia va á dar las doce. Las campanas de todas las iglesias esperan la señal para anunciar la resurreccion. Ya los ministros lle-

van silenciosamente el cuerpo de Cristo por detras del santuario. El pueblo libertado de la obscuridad se ve iluminado repentinamente por millares de luces. El presbítero va á anunciar con voz fuerte la resurreccion: un silencio religioso reina en el templo.

Entonces la pequeña Arina por un impulso de curiosidad procura ver la ceremonia al traves de los que estaban delante. Empezaba á ver algo, cuando un criado del General, sintiéndose movido por ella, la miró bruscamente; y sin hacerla caso la pisó con tanta fuerza, que la pobre niña dejó escapar un agudo grito. Enfadada consigo misma, dijo en alta voz:

«¿Por qué me maltratais de ese modo? ¿es acaso porque sois de la familia de la hermosa dama que quemó la taberna colorada?.... La taberna colorada....

A estas palabras todos fijaron sus ojos en Varinka, la que cayó desmayada sobre el mármol del pavimento. Las últimas palabras de la niña se repitieron por todos los circunstantes: el General llegó á oirlas. Se notó un murmullo en toda la iglesia, hasta que se llevaron á Varinka. El relox da las doce, se publica la resurreccion y continúa la ceremonia.

El General, lleno de inquietud, subió en el trineo de su hija y la prodigó los mas tiernos cuidados. Al cabo de una hora recobró los

sentidos. Entonces hizo retirar á los criados, y dirigiendo á Varinka una mirada severa y penetrante, la pidió una esplicacion de lo que acababa de ver y oir. «Hace algun tiempo, la dijo, que noto en ti un aire misterioso que te acusa. No pienses engañarme por mas tiempo; exijo una confianza absoluta: lo que acaba de suceder me da un derecho para exigirla.»

Varinka desesperada vió que nada podia eximirla de esta esplicacion. Su secreto estaba descubierto con escándalo público por uno de aquellos golpes de que los hombres son el instrumento, pero en que conocemos la mano de la Providencia. Vencida por el destino, lo declaró todo, confesando desde las primeras circunstan-

cias de sus relaciones con Fedor.

Un rayo no le hubiera causado mayor espanto que el que esperimentó el General al escuchar la relacion. Su noble frente se cubrió de vergüenza, y permaneció algun tiempo como enagenado por esta terrible confianza. Esta imagen que acusaba á su hija, cuando la creia inocente y pura, le parecia un sueño que atormentaba su imaginacion: queria desechar tan funesta memoria; pero demasiado seguro de su desgracia, esclamó con el acento de la desesperacion. «¡Qué! ¡estoi deshonrado por la misma que formaba la felicidad y la gloria de mi vida! Encuentro un corazon inhumano, una alma llena de crímenes en mi hi-

ja, en el único objeto de mi ternura. Pronto á reunirme con mi Criador, yo llevaré á la tumba la vergüenza con que ella cubre una familia respetable. ¡Hija cruel! ¿es de mí de quien has recibido el ser? ¿fue tu angelical madre la que llevó en su seno un mónstruo como tú? ¡Gran Dios, y no vivia yo mas que para ella! ¿Pero cómo detener el golpe que amenaza á la culpable? Bien pronto la voz pública informará al Soberano de tus delitos y mi deshonra. — ¿Qué digo? yo mismo debo avisarle; debo acusar á mi propia sangre.... No, no puedo. Toma la pluma y escribe todo lo que acabas de decirme, sin desfigurarlo ni omitir nada: lo quiero y lo mando. El

que pasó su juventud entre la hipocresía y la ficcion, se verá precisado á decir la verdad á su juez y á su Soberano.

Varinka, abrazando las rodillas de su padre, lloraba amargamente. No osaba levantar los ojos á su aspecto indignado; le parece que una maldicion eterna cae sobre su cabeza; comienza su suplicio. Temblando, pero resignada, toma la pluma y escribe su acusacion.

El General se retiró á su gabinete, y mandó llamar al párroco que habia recibido la confesion de su hija: este declaró llorando su falta, y dejó ver un arrepentimiento tan sincero, que aplacó la cólera del General; pero no estaba en su mano desfigurar los hechos, ni

sustraer al párroco de la severidad del Emperador.

Varinka, luego que quedó sola, hizo una exacta relacion de sus crímenes. El sentimiento de terror se habia debilitado ya, y conservaba en el acto de sumision que se exigia de ella, toda la altivez de su carácter: se acusó francamente sin paliar los hechos ni solicitar indulgencia.

Al dia siguiente se remitieron á San Petersburgo por un correo militar el escrito de Varinka y la relacion del General. El emperador Pablo I se conmovió vivamente con la carta de Varinka, y tomó sus medidas.

La sentencia estaba concebida en estos términos:

«El párroco, por haber faltado al secreto de la confesion, será desterrado á la Siberia, y privado de las funciones del sacerdocio. Su esposa irá con él: es culpable por no haber respetado el carácter de ministro de Dios. La niña Arina no podrá abandonar á sus padres.»

«Announschka irá tambien á la Siberia, por no haber puesto en noticia de su amo la conducta de Varinka.»

«Conservo al General en toda su estimacion: le compadezco, y me aflijo con él del golpe mortal que acaba de recibir.»

«En cuanto á Varinka, no conozco pena alguna que se la deba imponer. Solo veo en ella la hija

de un valiente militar, cuya vida estuvo siempre consagrada al servicio de su pais. Ademas, las circunstancias estraordinarias que mediaron para el descubrimiento del crímen, la colocan fuera de los límites de mi justicia: á ella misma encargo su castigo. Si he comprendido su carácter, si le quedan algunos buenos sentimientos, su corazon le enseñará el camino que debe seguir.»

Las órdenes del Emperador se ejecutaron escrupulosamente. El párroco y su familia partieron para Siberia. Á los dos dias de la llegada del correo desapareció Varinka: su padre recibió una carta en que le decia que no pudiendo sufrir el peso de su vergüenza, se

retiraba á un monasterio para expiar su falta é implorar el perdon del cielo.

El General, no pudiendo sufrir ni su afrenta ni la separacion de su hija, murió á los tres meses.

Cuatro años despues de estos acontecimientos, las campanas del monasterio donde se habia refugiado Varinka, anunciaron su muerte. Espiró sostenida y consolada por esta religion divina, cuyos principios habia ignorado en su juventud.

HISTORIA TRÁGICA 19.ª

EL
ESCLAVO MORO,
Ó CRUELDAD
SOBRE CRUELDAD.

INTRODUCCION.

No hay mayor imprudencia que la de hacer confianza del enemigo á quien se debe temer y vigilar, y mucho mas del esclavo, que privado de su libertad y maltratado por su Señor, guarda siempre el odio que naturalmente tienen los negros á los blancos con el rencor y el deseo de vengarse de sus agravios. Los muchos casos que ofrece la historia nacidos de esta debilidad, debieran servir de espejo á todos los que tienen esclavos para evitar las catástrofes

que ha ocasionado. Nadie ignora la conducta severa que tuvieron los romanos con sus siervos, y lo poco que se fiaron de esta clase de hombres; sin embargo, se han visto muchos que han perdido la vida por sus amos en batallas sangrientas y en otros lances, como sucedió con el esclavo de Tiberio Graco, que no pudo ver muerto á su Señor, y murió sobre su cuerpo; y el otro que mató en España al capitan cartagines Asdrúbal, vengando la muerte de su Señor, á quien había aquel mandado quitar la vida. Pero es mui raro que un esclavo sea leal, y fuera preciso que cambiase de naturaleza para serlo procediendo de un pais donde no se halla buena fe, y por

eso no hai apenas una nacion que tenga confianza en los africanos, pues siempre hacen á todos víctimas de su maldad y traicion. En prueba de ello vamos á referir la historia trágica de un caballero español, que esperimentó la lealtad de los africanos en una de las islas Baleares, y confesaremos haber tenido razon los antiguos en decir que tantos cuantos fuesen los esclavos que uno posea, debe figurarse que le rodean otros tantos enemigos.



Rude, Cristiano, á tus hijos al suelo: ¡y plu-
guiera al Profeta que yo pudiera devorar
tu corazon para colmo de mi venganza!!

En una de las islas Baleares, llamada Mallorca, hubo un caballero español, hace años, que pensando estaria mejor servido de un esclavo moro de aquellos que se toman para el servicio de la isla, que de uno de los negros católicos que van á ella por tener algun alivio en su pobreza, compró un esclavo natural de Berbería y verdaderamente bárbaro, como por su conducta lo hizo ver. Este caballero se llamaba don Rodrigo Ervizano, hombre de bello

físico y trato, mui rico, tanto en bienes raices como en metálico, y padre de tres hermosos hijos que habia tenido en el matrimonio. Este caballero era mui aficionado al campo, y la mayor parte del tiempo le pasaba en una de sus casas rústicas cerca del mar, donde se ocupaba en salir á toda clase de caza, disfrutando de cuantos placeres proporciona la soledad del campo á un corazon noble y pacífico, que se recrea en contemplar las maravillas de la naturaleza. Un dia, la tímida liebre, viendo burladas sus astucias por los galgos, era víctima del cazador: otro, el ligero conejo, no hallándose seguro en lo mas profundo de las rocas para no esperi-

mentar la diligencia del huron y de los perros, quedaba en su veloz carrera en las redes tendidas para su ruina. El ciervo algunas veces se veia perseguido por una cuadrilla de perros que al fin le daban alcance y facilitaban al azuzador el placer de proporcionar al amo aquella pieza. En una palabra, los placeres que tienen los de las ciudades no son comparables con el honesto recreo y distracciones que disfrutan los que, libres de toda ambicion, pasan alegremente sus dias en ver cultivar los campos y oir cantar á las inocentes avecillas. Estaba tan acostumbrado el caballero Ervizano á este dulce sistema de vida, que no pensaba fijar su residencia en las ciudades, aun-

que la mayor parte de la nobleza de este pais vive en las grandes poblaciones y fortalezas por las contínuas incursiones de los moros y berberiscos de la costa de Africa; pero para estar á cubierto de este riesgo el caballero Ervizano habia hecho construir un castillo cercado de mar sobre un peñasco cubierto de las aguas para refugiarse en él con su muger, hijos y alhajas cuando hubiese noticia de algunos corsarios; pero el que se fortificaba contra el moro estrangero no tuvo la prevision necesaria para precaverse del enemigo que tenia en su casa, y que viviendo á sus espensas, le puso en tal apuro un dia, que en su vida se olvidó despues de emplear

todo su talento y cuidado para no fiarse tan imprudentemente de hombres que no conociese bien, y que no pudiesen ser naturalmente fieles. Entre una cuadrilla, pues, considerable que tenia de esclavos para servirse de ellos en las ocupaciones y trabajos mas viles, habia un moro que por haberle servido hasta entonces con tanta fidelidad, le habia ya mandado quitar la cadena; y asi en toda su libertad iba y venia detras de su amo, acaso sin pensar entonces en la maldad que despues egecutó. Un dia cometió una falta en su obligacion, y le dieron un trato de cuerda con tan buenas ganas, que si el tal moro hubiese estado encadenado á los galeotes, no le

hubiera tratado el cómitre con mas rigor. El esclavo, viéndose maltratar de esta suerte, y sintiendo demasiado los fuertes latigazos con que se le afligia, se quejaba y gritaba pidiendo perdon, diciendo al mismo tiempo á su Señor, que mas le valdria deshacerse de él y venderle, que usar de semejante crueldad con un infeliz, demasiado desgraciado ya, siendo esclavo y cautivo; suplicándole ademas le condenase á sufrir cualquiera otro castigo, que aguantaria con mas espíritu y resignacion. — ¡Cómo, perro judío! (le dice Ervizano, cruel por naturaleza) ¿piensas que yo te he de dar igual tratamiento que si fueses de mi pais ó de mi religion? No, no: yo te haré ver

el fin con que compro los pájaros de tu pluma; y descargando su cólera sobre el pobre atezado, le dió tales golpes, que le hizo arrojar cuanto tenia en su estómago, y saltar la sangre por todas sus coyunturas; pero despues que estuvo curado de sus heridas, se puso á servirle con tal esmero y exactitud, que parecia hacerlo con tan buena voluntad como antes, y nadie hubiera pensado de él sino que queria volver á ganar la gracia de su Señor; por lo mismo este, viéndole tan diligente en complacer y cumplir con su obligacion, se fiaba de él mas que antes, cuya imprudencia le fue bien perjudicial, porque el pícaro moro no hacia mas que espiar todos los medios de

vengarse de los golpes que habia recibido sin motivo en su concepto. Lo cierto es que puede graduarse de simpleza en un hombre, teniendo criados, el ser tan ligero, que á la menor mosca que le pique, se vaya á encarnizar con aquel que se debe castigar mas bien con reprensiones que con golpes, ó echándole de su compañía si aquellas no alcanzan á la enmienda. Los hombres, como que son unos seres dotados de razon, deben ser gobernados de diferente modo que las bestias; pues estas no ignoramos que no saben obedecer sin freno, palo ó espuela: el caballero Ervizano si queria tratar tan rigorosamente á su esclavo, no debia fiarle despues nin-

guna cosa importante, y mucho menos cuando no ignoraba que el moro se quitaria la vida primero que desistir de la venganza de la injuria que habia recibido. Esto lo justifica mui bien el Abad de san Simplicio de Milan, que habiendo dado solamente un bofeton á uno de sus esclavos moros, este en la noche siguiente le degolló estando en el mas profundo sueño, despues de haberle servido mas de treinta años. Fiémonos ahora de semejante casta de gente, y carguemos de este género tan peligroso á vista de tan horrorosos sucesos. Cierto es que tales casos no suceden apenas sino á los que usan de semejante crueldad con los que les sirven. Este vengativo moro,

que tenia oculto un veneno en el fondo de su corazon, no hacia mas que esperar un momento propicio para vengarse tan cruelmente como habia sido tratado por su Señor. Pero ¿cómo satisfaré yo mi venganza, decia él entre sí? ¿He de sufrir, sin ver lavada mi afrenta, que un perro cristiano me haya tratado así, azotándome y golpeándome mas que á una bestia? ¿Podrán reprobar mis compañeros, que yo, habiendo sido tenido por un valiente soldado, tome la venganza por mi mano contra este vil y cruel marrano, que me ha tratado con semejante severidad en premio de haberle servido fielmente tantos años? No, no se reirá sin ver el castigo de haber

injuriado tan inhumanamente á un mahometano: yo le haré conocer el espíritu de los africanos para castigar á los españoles que los tienen en su poder; y en todo caso vale mas morir vengándose, que vivir con esta contínua agitacion del corazon, teniendo esta injuria siempre fija en la imaginacion, sin ejecutar una resolucion que reclama la condigna venganza.—De esta manera espresaba sus deseos, y proyectaba su ejecucion: ¿mas cómo realizarla? No atinaba con el medio por mas que le meditaba, hacia ya muchos dias, hasta que se presentó la ocasion del modo que diremos en la continuacion de nuestra historia.

El caballero Ervizano fue un

dia á la caza, y habiendo llevado consigo casi todos los criados, sucedió que la Señora salió á pasear con sus tres niños (de los que el mayor tenia apenas siete años) al castillo que poseian en el mar, para ver las galeras y otros buques que corrian fortuna pasando á lo largo por aquella playa. El moro, luego que vió á su Señora en el castillo, meditó inmediatamente una traicion la mas detestable que puede el hombre mas feroz imaginarse, cual fue la ruina y sacrificio de cuantos habian entrado en la ciudadela; y á fin de que la demasiada meditacion no impidiese sus crueles designios, ya fuese por el arrepentimiento de una accion tan criminal, ya porque podia lle-

gar repentinamente su Señor, deliberó efectuar lo que ya habia resuelto su mal corazon; y al intento toma una cuerda, y se dirige al castillo. Luego que entró cerró la puerta, y levantó el puente para que nadie pudiese entrar á socorrer á su Señora. Vamos ahora á referir á nuestros lectores hasta dónde llegó la crueldad de este infame moro. Al momento que se vió dueño absoluto del castillo, se apoderó de su infeliz Señora, y atándola por medio del cuerpo á una de las columnas que habia en la sala baja junto á una cama verde, liada de pies á cabeza, la dijo con voz poco firme y lengua balbuciente, que demostraba la crueldad que queria ejecutar: *Loado sea*

el gran profeta Mahoma que dirige hoi asi mis asuntos, poniéndoos tan á mi disposicion para poder hacer lo que tanto tiempo há deseaba y no he podido poner en ejecucion; pero ahora, que el tiempo y la oportunidad se me vienen á la mano, es preciso sepais lo que quiero hacer, y por qué os he puesto en tal estado. —La pobre Señora, llena de sorpresa, y viéndose así maltratada, pedia gritando auxilio, y amenazaba al moro furiosamente, diciéndole que su Señor sabria castigarle como merecia un atentado semejante. —Vuestro marido, dice el bárbaro, hará lo que pueda, y se vengará del que se halle bajo su poder; pero mientras tanto vos sereis partícipe de mi raza. —¡Có-

mo, bárbaro! ¿Qué dices, perro judío? ¡Yo tuya! repone su Señora: ¡mónstruo, traidor, infiel! primero sufriré ser hecha pedazos. ¡Dios mio! ¿cómo sufres que este malvado viva en compañía de los hombres que te aman y reverencian? — Habeis arengado mui bien, dice el moro burlándose con una falsa sonrisa; pero el profeta es el que lo quiere así, para que me vengue de todos los ultrages y malos tratamientos que he sufrido de vuestro marido, á quien yo antes que llegue la noche haré echar los bofes de pena, de desesperacion y de angustia. — Y propasándose á lo que no debia con su ama y señora, la desató de la columna, aseguró sus manos

atándoselas á la espalda; y teniéndola ya así sin accion, fue atropellada por aquel bárbaro.... ¡Qué espectáculo tan triste y tan lamentable el de ver á una muger virtuosa y de su clase violada por un esclavo, gritando como una loca en compañía de sus tiernos hijos, que al verla tan afligida unian sus gritos á sus clamores con tal dolor y desconsuelo, que las personas mas insensibles hubieran tenido compasion de aquellas inocentes víctimas, que parecia preveian la desgracia que no tardó en poner fin á sus preciosas vidas. Los habitantes de la aldea tuvieron intenciones de entrar para saber la causa de aquellas voces; pero viendo levantado

el puente, al moro en la ventana, y oyendo quejarse á la Señora, no supieron qué juicio hacer, y resolvieron al fin que uno de ellos fuese sin dilacion á participar esta noticia al Señor, que estaba bien lejos de pensar en la escena lastimosa de su esposa y de sus inocentes hijos.

La pobre Señora, cuyo nombre era el de Rosalta, viéndose violada, esclamaba entre sollozos, diciendo: ¿Es posible que yo he de haber sido tan celosa en guardar mi castidad para venir á ser víctima de este perro moro que me ha deshonrado con tan grave ofensa de mi leal esposo? ¡Ah, mi querido Rodrigo! ¡qué dolor vas á sufrir cuando sepas que tu fiel espo-

sa ha sido tan indignamente tratada! Pluguiese á Dios que te hallases aquí para castigar á este infame esclavo de un crímen semejante! Dios mio, tened compasion de esta desgraciada, que sin ofenderos con su voluntad, ha sido delincuente por la violencia de este mónstruo. Libradme, Señor, al menos de las garras de este lobo, y entregadme al que me habeis dado por dueño. — Sí, llama, invoca á tu Cristo, dice el moro, si piensas que antes que venga no he de poder yo tener tiempo para hacer lo demas que para mi placer he meditado. — ¡Oh animal feroz, bárbaro, inhumano! dice la infeliz Rosalta: acaba, acaba por quitarme la vida, ya que has dado tal

principio á tus atentados, arrebatándome el honor que tanto he apreciado: no estarás tú tan dispuesto para darme la muerte como yo para recibirla; pues ya no me puede ser grata la existencia, despues de haber perdido lo que mas apreciaba en este mundo. ¿Qué dirás tú, esposo mio, cuando sepas que un ser tan vil y despreciable ha mancillado el honor de tu muger? —Lo llevará con la misma paciencia y resignacion que vos, responde el moro; y desposeido ya de toda humanidad y consideracion, llegó á intimidarla con amenazas de tratarla aun con mas rigor si no cesaba de gritarle de aquella manera á sus oidos. —Sí, obra lo peor que puedas: mátame,

le dice, hazme pedazos; pues no deseo otra cosa para dar un alivio á mi pena. — La muerte, replicó el bárbaro moro, no está á tu eleccion sino á la mia, y te la daré cuando me parezca, atormentándote antes tan suavemente como tu marido trata á los que le sirven. — Ya entonces Rosalta conoció, que si Dios no la amparaba, era llegado el término de su vida, y levantando los ojos al cielo, recomendó á Dios su alma, haciendo confesion de sus faltas con la mas tierna contricion y derramando copiosas lágrimas; de lo que aquel bárbaro ateo no hacia mas que burlarse, diciéndola que no cesaria de martirizarla ínterin no llegase su Mesías en su socorro. —

Rosalta, dirigiendo la vista á sus tiernos hijos, entre sollozos y suspiros que la arrancaban el corazon, decia: ¡Ah hijos mios! ¡qué mal he cuidado de vuestra existencia conduciéndoos á un sitio que os va á servir de último suplicio, y de vuestra ruina, debiendo ser de vuestro recreo cuando por nuestra muerte hubieseis gozado de estas riquezas! Este será el tirano, segun veo, que por la muerte os conducirá á la herencia del cielo, mas preciosa ciertamente que la temporal de este mundo miserable; mas ¡ah! no segun nuestros deseos, que pensábamos reservaros para otro fin que el de servir de venganza á este maldito perro enemigo de la religion

cristiana. Ya no seré yo la que os educará con tanto esmero en adelante para procuraros grandes cargos en la corte, ni sereis el apoyo de mi vejez, ni el placer de vuestro amado padre en su edad avanzada. ¡Ah, fortuna enemiga de toda conveniencia y estabilidad! ¡cómo corres sobre los inocentes! ¡cómo anulas el placer de los hombres de bien para prodigar tus favores al traidor y al malvado! Tú eres la que sin leyes ni justicia, y caminando sin órden, has destruido el estado de mi casa, haciéndome cautiva de un esclavo hasta el estremo de sentir el mismo pudor la violencia de semejante servidumbre. ¡Ah, pobres niños! si al menos

con mi muerte pudiera aplacarse la rabia de este mónstruo, y dejaros en libertad, yo le pondria gustosa bajo la cuchilla mi garganta, para ver el fin de una vez de mis cuidados y de mi vida. Pero ¡oh, Dios mio! esto es en lo que menos piensa ese mónstruo; pues veo que vosotros, inocentes, tendreis la misma suerte que yo. — Diciendo estas palabras, besaba sus hijos, que se le acercaban, con tal dolor y ternura, como la que tendria cualquiera madre si la desgracia la condujera á semejante infortunio. Los niños gritaban rodeando á su pobre madre, y abrazándola tiernamente la enjugaban sus lágrimas: hacian tal ruido, acompañándola en sus lamentos,

que la gente al oirlos no podia menos de enternecerse de compasion; y si la pobre Señora no hubiera estado atada, puede que la misma desesperacion la diera espíritu y fuerza para impedir que el moro la maltratase; pues le hubiera ahogado, ó quitádose ella misma la vida; pero estaba sin accion, y no podia hacer otra cosa que maldecir á su verdugo, y lanzar suspiros y clamores al aire.

Mas volviendo á nuestra historia, estándose lamentando la desgraciada Rosalta de su próxima é inevitable muerte y la de sus inocentes hijos, hé aquí que llega Ervizano, su esposo, con todo el furor que es de imaginar, sabiendo el triste estado en que su

querida Rosalta se hallaba con los niños, y jurando y maldiciendo su desacierto en haber dejado al bárbaro moro solo en casa, no ignorando que tal canalla jamas piensa ni obra bien, y menos cuando creen haber recibido alguna injuria. ¡Ah, pícaro traidor! decia el pobre marido: si yo te llego á coger, te juro que he de hacer un castigo tan ejemplar, que nunca se borrará de la memoria de los esclavos: creyó poder lograrlo al momento, haciéndole abrir la puerta, disimulando su ira; sin embargo de que jamas hubiera pensado que el moro habia tenido el atrevimiento de tocar á su muger ni á sus hijos; pero se equivocaba; pues ya el atrevido esclavo

habia faltado á todos los respetos que debia á sus amos.

Llega, pues, al castillo, llama y no se le responde; y vomitando ya espuma en fuerza de la cólera que le animaba, prorumpió en amenazas, diciendo: Yo te aseguro, infame esclavo, que antes que llegue la noche te he de enseñar el modo con que se debe tratar á un perro judío que obra asi con su Señor: te he de poner tan alto, que te han de ver los demas moros á veinte millas desde sus galeras y navíos: abre pronto; pues si me obligas á usar de la fuerza, te he de hacer ver quien soi yo, para escarmiento de los de tu jaez. Dijo tantas espresiones por este estilo, tan fuera de sí, que no pare-

cia sino un leon, y la cólera le alteró tanto, que se le puso la lengua balbuciente, y apenas se le entendia una palabra; pero aun se irritó mas cuando vió la insolencia de aquel despechado esclavo, que meneando la cabeza desde una de las ventanas del castillo, y con una sonrisa burlona y serena como si fuese el señor, le respondió: Basta, basta, serenad vuestra cólera, y decidme ¿por qué os quejais? ¿en qué os creeis ofendido para gritar tanto? ¿por ventura os figurais que yo soi algun tronco sin el menor sentimiento para no acordarme de los golpes tan desmesurados que me habeis dado por una falta ligera? No, no: yo os haré ver y conocer que

tengo corazon y medios de vengarme de quien me ofende, á pesar de que la suerte me haya hecho esclavo de vuestra tiranía; y para que sepais el deseo que tengo de corresponderos, os digo: que si ahora os tuviese en mi poder, como los que tengo aqui encerrados, os haria conocer el provecho de maltratar tan cruelmente á un esclavo; pero ya que no me sea posible tomar la venganza sobre el mismo que me ha ofendido, y dar á mi corazon el placer de satisfacerle de la crueldad de un señor sin humanidad, los que tengo bajo mi dominio sufrirán la penitencia del rigor que vos habeis tenido, y morirán vuestros hijos en desagravio de las injurias que me

habeis hecho : en cuanto á vuestra muger, para dejaros un perpétuo dolor, sabed que la he deshonrado para vuestra infamia y castigo. — El caballero Ervizano, apenas oyó esta relacion de aquel mónstruo, se enagenó de rabia, en tales términos, que empezó á golpearse y arañarse el rostro por no poderle dividir el corazon al esclavo en mil pedazos. — ¡Ah, desgraciado, le decia! ¿es posible que tú has de haber tenido el atrevimiento de atropellar á mi esposa? Tú te has vengado de mí cometiendo ese atentado; pero si Dios me concede la fortuna de echarte la mano, jamas se habrá visto castigo mas sensible que el que has de recibir. — Queriendo seguir con

sus juramentos y clamores, le interrumpió el moro, mas endiablado que Hércules cuando mató á su muger durante su furor, y le dijo: Ervizano, no creas pienso atormentarte solo con lo pasado; pues quiero aun hacer tanto, que la vida misma te ha de ser penosa al ver las ruinas y desgracias que van á caer sobre tu familia y tu casa; y apenas pronunció estas palabras, cogió á su hijo mayor y le arrojó por la ventana. Este infeliz niño se golpeó contra las peñas, en tales términos, que cuando llegó á los fosos ya iba hecho pedazos, y así cayó á vista de su infortunado padre. Entonces fue cuando su triste madre esclamó en alta voz, diciéndole: ¿No

te bastaba, tirano abominable, haber deshonrado á la madre y ofender al padre, para ir á hacer semejante carnicería de estas inocentes criaturas? Ven, ven, lobo hambriento, y sácia tu rabia en esta miserable que no desea ya mas que sufrir igual crueldad de tus manos para no ver destrozadas sus entrañas con la muerte inhumana de sus hijos. — El moro no hacia mas que reir y burlarse de estos clamores, lo que fue causa de irritarse mas y mas la pobre Señora, y de que gritase llena de furor y bramando como una leona encadenada al ver arrebatar de su lado á sus hijos. El caballero Ervizano, al ver precipitar á su adorado hijo, no pudo ser superior á su dolor, y

cayó trastornado: sus criados le socorrieron como pudieron, y lograron que volviese en sí: el moro que lo vió, le dijo riéndose á carcajadas: ¡Cómo! ¿es ese el modo de tomar un castillo? Los valientes no se desmayan al primer contratiempo; pues si no teneis espíritu para ver uno por tierra, menos le tendreis para los demas que os voi á regalar: esto es nada aun; pues vais á ver bajar los otros con igual precipitacion. — Su Señor, impaciente por la vida de su esposa y de los demas niños, se repuso un poco en la apariencia, y tratando de ganar al pícaro moro para evitar que ejecutase los horrorosos asesinatos con que le amenazaba, y que ya habia principia-

do, le dijo con dulzura: Moro, basta lo que has hecho hasta aquí; no trates de tomar mayor venganza de una falta que he cometido contigo, asegurándote del perdon en los términos que quieras y me pidas. Muévate á piedad tu pobre Señora, y no la hagas sufrir mas por la falta que yo solo he cometido; pues es inocente y no tiene culpa alguna: deja esos inocentes niños sin malicia ni delito, y que en nada te han ofendido: yo solo soi la causa de todo, y te daré la satisfaccion que quieras para disipar tu justo enojo: tranquilízate y no te encarnices mas con esos infelices que te quedan. Mira lo que haya mas precioso en mi casa, oro, alhajas y todo cuan-

to te acomode; llévatelo á donde quieras, y no quites la vida á mi esposa y á mis hijos; pues en agradecimiento te perdono todo lo demas que has hecho. — ¡Bello papagayo para una jaula! pero no creais que me reduce toda esa parla: ¿pensais que si yo hubiera pretendido permanecer en vuestra casa y fiar en vuestras palabras, habia de haber emprendido lo que pienso realizar? No, estad seguro de mi resolucion, y de que voi á haceros ver el resto de la tragedia con la misma bizarría que me la habeis visto empezar. — ¡Ah, moro! ¿es posible que no te ha de conmover el triste estado de un marido y de un tierno padre que implora tu compasion? ¿eres aca-

so tigre, leon ni lobo hambriento para poder complacerte en destrozar á inocentes corderos para matar el hambre? Acuérdate de que eres hombre, y que yo soi el que te ha mantenido y conservado tantos años sin maltratarte. ¿Quieres tú se diga que por una sola falta eres tan cruel que no has querido disimulársela á tu Señor? Si tú estuvieses en situacion de socorrerme en una necesidad, veo que no me harias este favor; pues que me le niegas para los que en nada te han ofendido.

El bárbaro moro, tirano endiablado, fingiendo le mueven estas palabras tan llenas de ternura y dolor, dice á su Señor: si quereis que yo dé fe á vuestras pro-

mesas, y que me adormezca la dulzura de vuestras espresiones, accediendo á lo que me suplicais, es preciso que en primer lugar me concedais una cosa; pues de lo contrario podeis estar seguro de que estos dos hijos (mostrándoselos por fuera de la ventana) van á bajar detras del otro que os he regalado, para daros mayor tormento. — Su miserable padre, que se hubiera entregado voluntariamente al sacrificio por lograr el rescate de aquellas caras prendas de su corazon, viendo que el moro se prestaba á sus deseos, habiéndole ya sin duda movido sus lágrimas y súplicas, le respondió: moro, no te detengas; sea lo que fuese, está concedido y seré tu a-

migo: esplícate, y dí lo que quieres de este desgraciado por el rescate de su esposa y de sus hijos: no debes dudar que ejecutaré imposibles que me pidas por salvarlos, siempre que tú me cumplas tu palabra despues de haber hecho cuanto me mandes. —Mis promesas, dice el perjuro africano, no admiten duda en su cumplimiento, y podeis fiar en ellas mejor que yo en las vuestras. — Pide, pues, dice Ervizano, y verás si yo aprecio las prendas que tienes en tu poder. — Es preciso, repone el moro, que sin dilacion os corteis las narices, único medio de salvar del peligro, en que se hallan, á vuestra muger y vuestros hijos; pues de lo contrario voi á ha-

cer con ellos igual carnicería que con el primero que os he arrojado al foso. — Dejo á mis lectores el contemplar la admiracion y furor que causaria á su Señor una demanda tan temeraria como inhumana; mas viendo la desgracia tan próxima, y que no la podia evitar de otro modo, resolvió obedecer á su infame esclavo, persuadido de que con este sacrificio lograria salvar las vidas para él tan apreciables de aquellos tres infelices: el incauto y enagenado caballero, arrastrado del afecto digno de uno de los mejores maridos y de los mas tiernos padres, no conoció, que habiendo empezado ya el cruel africano su crímen con la muerte tan horrorosa de un ni-

ño, y continuándole con la mutilacion que exigia del padre, no habia de cesar hasta haberle consumado con las demas escenas trágicas de su horrorosa resolucion; pues ya era de todos modos perdido, y debia estar decidido á sacrificar su vida despues de haber saciado la ira que causaba su desesperacion. Fascinado, pues, el caballero Ervizano por las promesas de este bárbaro, y llevado por otro lado del amor que profesaba á las mas caras prendas de su corazon, mandó le llevasen un cuchillo bien afilado, y al momento que le tuvo en sus manos, con un semblante lleno de constancia que acreditaba su valor y nobleza, dijo al moro: si yo ejecuto lo que

mandas, ¿cumplirás la palabra que me has dado? — Yo os juro por el gran Dios, dijo el infiel esclavo, que mi palabra tendrá efecto en el momento que hubieseis satisfecho mis deseos. — Su Señor entonces, con grande admiracion de todos los circunstantes, se cortó las narices, siendo él mismo el verdugo ejecutor de semejante crueldad. — Luego que el bárbaro moro vió lo que deseaba, se puso á reir á carcajada tendida, y burlándose de su pobre Amo, le dijo: segun lo que veo, ya no tendreis necesidad de pañuelo, habiéndoos quedado sin narices: pluguiese al gran profeta Mahoma que os hubierais arrancado tambien el corazon; pues entonces estaria yo

mas contento acabando con toda vuestra raza, y viendo muerto á mi presencia por sus propias manos al que dirijo toda mi venganza; y pues que con tanto valor y resignacion habeis sufrido tal tormento de vuestra misma mano, no dudo sufrireis con mas constancia el ver hechos pedazos á vuestros hijos, que van á partir al otro mundo para hacer compañía á vuestros predecesores. Decirlo y hacerlo todo fue uno; pues al momento cogió por los pies á los dos inocentes, y estrellándolos contra la muralla hasta saltarles los sesos, los arrojó despues por la ventana con un furor detestable. — Entonces ya don Rodrigo Ervizano perdió la paciencia, y si no hubiera sido por

los que estaban presentes á tan cruel espectáculo, hubiera llenado el deseo de aquel malvado, pues intentó darse la muerte para que nada restase al colmo de tan grande calamidad; pero habiéndole impedido ejecutar tan horrible designio, y reconociendo algo su falta de reflexion en momentos tan críticos, convirtió su rabia en lágrimas y clamores, tan tiernos y penetrantes, que ningun corazon, por insensible que fuera, podia menos de enternecerse de compasion; pues si Ciro, rei de los medos, la tuvo del tirano de los lidios lamentándose de sus calamidades, estando ya sobre la hoguera para morir, estoi seguro de que se hubiera anegado en lágrimas

oyendo las espresiones y clamores de este padre desesperado; mas esto aun no era nada para lo que sufria la infeliz Rosalta; pues habiendo oido desde la torre que su esposo se habia desfigurado en la confianza de libertar su vida y la de sus hijos con semejante sacrificio, se habia accidentado de dolor, redoblándose este al saber, cuando volvió en sí, que ya sus inocentes hijos habian sido víctimas del furor de aquel mónstruo; de manera, que se habia desatado forcejeando, y ya loca desenfrenada, no perdonando cabellos ni rostro, ni perfeccion ninguna de las que Dios le habia dado, gritaba como la que ve su ruina inevitable sin esperanza de volver á unirse á su

esposo y á sus amados hijos. ¡Oh Dios! decia esta desventurada, ¡qué huracan, qué tempestad ha caido hoi sobre esta miserable casa! Yo era esta mañana muger de un caballero rico y hermoso, madre de tres hijos inocentes, y señora de toda una familia; y al presente me veo separada de mi esposo, privada de mi sucesion y esclava de un esclavo mio, que no será conmigo mas humano que con mis inocentes hijos que no le habian hecho ningun mal. ¡Ah, mi Dios! en tal confusion, en tal conflicto ¿á quién he de recurrir sino á vuestro poder, á vuestra justicia y clemencia como consuelo de los miserables, de los inocentes y de los afligidos? Acordaos, Señor, de es-

ta pobre criatura; y si es preciso que yo sufra igual suerte que mis desgraciados hijos, dadme, Padre de misericordia, espíritu y constancia para recibir el último golpe con paciencia y resignacion; y perdonándome mis ofensas, recibid la humildad de mi corazon en satisfaccion de mis culpas y pecados, que os suplico olvideis por la sangre de vuestro hijo Jesus y Señor nuestro. — Otras muchas súplicas estaba dirigiendo esta pobre Señora al Ser supremo, cuando todo el pueblo, que veia á su esposo medio muerto de ira y de pena, y oyendo los lamentables gritos de Rosalta, empezó á jurar y maldecir contra el moro, amenazándole terriblemente; mas es-

te asesino judío, decidido ya á inmortalizarse con tan enormes atentados, no respondió mas que con risas, burlándose de todos, sabiendo que era imposible forzarle á desistir por estar el castillo circundado del mar. — ¿Por qué ladrais, mastines cristianos? dice este bárbaro: ¿por qué habeis de estrañar que un hombre de religion contraria á la vuestra, tome semejante venganza de vosotros, cuando haceis lo mismo con los que caen bajo vuestro dominio? Marchad, marchad á vuestros negocios, y no os ocupeis de lo que yo hago, porque desprecio todas vuestras amenazas, y no ha de ser mas que lo que tengo resuelto y mi venganza me aconseja; y para

que conozcais que no os temo, voi á haceros ver á mi placer el respeto y cariño que tengo al Señor de quien me hablais.

Cuando la multitud irritada juraba y amenazaba á grandes gritos castigar con mil martirios y tormentos á este mónstruo; consultando el medio de apoderarse de él, entonces el moro cogió á su Señora, y atándola otra vez de pies y manos, y poniéndola sobre la ventana, empezó á gritar al pueblo, diciendo: ¿Qué locura mayor se puede imaginar que la vuestra, cuando veis que un hombre, en libertad de obrar á su placer, se afirma en su resolucion lleno de injurias y amenazas, y sin tratar ya de su salvacion? En tal esta-

do de desesperacion ¿creeis acaso adelantar algo con tantas maldiciones y juramentos, cuando no podeis intimidarme, ni aun ablandarme, aunque usaseis de la dulzura y de las promesas de un fingido perdon? Gritad, bramad y jurad cuanto querais; pues no por eso dejaré de completar mi obra, para haceros ver el caso que hago de vuestras amenazas, y el respeto que tanto me recomendais de un objeto que detesto: si despues podeis cogerme, os perdono todo el mal y tormentos que me querais hacer sufrir.

El caballero Ervizano, viendo á su esposa adorada en peligro tan inminente de perder la vida, hubiera querido rescatarla al precio

de la suya; pero conociendo la falta que habia cometido en fiarse de las palabras de aquel bárbaro, esperaba ya el trágico fin de todo con el mismo dolor y sobresalto que si se hallase en un suplicio: era ya inútil suplicar mas á su vil esclavo; pues no escuchaba promesas, palabras ni razones; á mas de que se hallaba ya tan abatido este infeliz por la pena, que no parecia sino una estátua. Su esposa, estando ya tan próxima á su fin, prorumpió en lágrimas y lamentos, suplicándole tuviese valor y resignacion, respecto á ser la voluntad de Dios el probar su espíritu con tantas aflicciones, y encargándole no se fiase en lo sucesivo de esta maldita raza de es-

clavos, teniendo tantos de quienes podia servirse de su misma religion. Su piedad brillaba en aquella ocasion de tal manera, que enternecia á todos los espectadores, gritando contra el africano, al paso que el caballero Ervizano se lamentaba de no poderla salvar, á lo que ella contestaba consolándole con entereza y asegurándole de la felicidad que esperaba en la otra vida. Constancia admirable ciertamente, tanto por hallarse en una muger jóven y hermosa, cuanto por las circunstancias que mediaban de tantas desgracias reunidas á la de verse tan próxima á dar el salto del castillo como sus inocentes hijos: las que en la Grecia y en la ciudad fundada por

Rómulo demostraron tanto valor, son en efecto dignas de elogio; pero no tienen comparacion con esta; pues aquellas pertenecian á un pais donde no eran raros los ejemplos de fortaleza; y esta vivia en un pueblo insular que se resentia de su natural barbárie. A esta clase de mugeres debe la historia tributar el mas alto elogio, y colocarlas en la inmortalidad para que la juventud se forme por sus virtuosos ejemplos. Esta pobre Señora, queriendo proseguir su arenga, sintió el cuchillo del moro que la cortó la cabeza, arrojándola despues sobre los circunstantes, que se estremecieron de semejante crueldad. Al momento que el cuerpo de esta desgraciada llegó á

tierra, entró el pueblo en tal furor con unos gritos tan terribles, que aquel mónstruo, que hasta entonces de nada se habia intimidado, empezó ya á estremecerse, viendo ser imposible salvarse de la venganza que todos ansiaban en general; por lo mismo, viendo que el ruido habia cesado algun tanto, y que ya no tenia mas víctimas que sacrificar á su bárbaro placer, se asomó á la ventana, y haciendo señal con la mano, dijo á su Señor: ya es tiempo de complacerte en algo y de satisfacer tu dolor por las pérdidas que te he causado; pero no será entregándome voluntariamente á tus manos; pues como no acertarias á escogitar los tormentos que quisieras hacerme

sufrir si me cogieses vivo, voi á aliviarte de ese trabajo, y á mi cuerpo del martirio que está maquinando tu ira. No te alabarás de volverme á maltratar en tu vida; pues yo mismo, despues de haberme vengado de tus injurias y malos tratamientos, seré mi verdugo, muriendo con el placer de haber castigado á un cristiano, perro español, para que siempre tengais presente lo peligroso que es tratar con dureza á un moro esclavo. No siento morir: siento mas que la muerte el no haber podido hacer contigo lo mismo que has visto acabo de hacer con tu muger y con todos tus hijos; pero otro concluirá la obra que yo he empezado. — Dichas estas pa-

labras, se volvió hácia la ventana que caia á la mar, y contemplando las olas y las costas del Africa, se puso á decir en alta voz: «A estas olas consagraré mi vida y mis crueles deseos, dejando en este mundo al que quisiera llevar conmigo para que hiciese compañía á los muertos, que hoi han concluido su vida en su casa;» y diciendo esto se arrojó de cabeza cayendo sobre un peñasco, y desde allí en los profundos abismos para ser tratado como merecia por Satanás.

El desgraciado caballero Ervizano quedó en el mundo solo para sufrir un dolor eterno, tanto por la pérdida de su esposa é hijos, cuanto por no haberse podido vengar de aquel esclavo traidor.

En el sitio mismo donde cayó este mónstruo, apareció un caiman ó cocodrilo, que se fijó allí para ser el espanto de aquellas poblaciones, cometiendo estragos horrorosos en navegantes y pescadores, y no se volvieron á ver en aquel punto mas que fieras marítimas que ahuyentaron á todos los habitantes de los alrededores, pues bramaban enfurecidas todos los dias á la misma hora en que el bárbaro africano habia inmolado tan inhumanamente sus inocentes víctimas, causando la destruccion de todos sus Señores.

Veianse en el castillo, que no volvió á ser habitado, llamas que salian por las ventanas todas las noches, y entre ellas figuras hor-

rorosas que desaparecian con un estruendo subterráneo; hasta que un año en el dia mismo en que se celebraba el aniversario de aquellas víctimas inocentes, se apoderó del edificio una manga de fuego, y le hizo desaparecer en cenizas como para borrar tan tristes recuerdos de la memoria de los hombres. El caballero Ervizano hizo edificar allí mismo una capilla donde mandó erigir un sepulcro suntuoso, al que fueron trasladados los restos apreciables de aquellos mártires, sobre los que todos los dias derramaba lágrimas de dolor por tributo justo á sus manes como buen padre y tierno esposo, hasta que la pena terminó su amarga y triste existencia, pro-

nunciando los nombres de sus caras prendas, y dejando mandado le enterrasen con ellas, para reunir bajo una misma losa toda una familia sacrificada por un esclavo infiel é inhumano; ejemplo inaudito de ferocidad, y escarmiento eterno de todos los Señores que pretendiesen hacer confianza de viles africanos, si no quieren esponerse á los mismos horrores.

HISTORIA TRÁGICA 20.ª

CLOTILDE

Y

LIRINIO.



¡Hé aquí como la div.a Provid.a castiga la irrever.a y el abuso de los fug.s I.tos escar.tad mortales!!

INTRODUCCION.

En todos tiempos ha habido hombres locos, que arrastrados de su capricho, han pretendido violentar los efectos de la misma naturaleza, mui persuadidos de que por este medio inmortalizaban su memoria ó sacaban un gran provecho; y entre el número infinito de locuras á que se han entregado, hai una que los conduce mas que las otras á este desvarío, haciendo con sus invenciones mas que lo que puede permitir la naturaleza. Para que se conozca mas claramen-

te la fuerza de esta locura, y no tener suspensos á nuestros lectores, diremos que la mágia ó nigromancia es la cosa que los hombres supersticiosos han pretendido hacer admirable con sus ayunos, abstinencias y otros ejercicios de santidad, en atencion á que el ángel de las tinieblas se transforma frecuentemente en el de la luz, para engañar á los inocentes y comprometer su alma; y mucho mas cuando la juventud, pasando los límites que marca la lei de Dios, se emancipa frecuentemente arrastrada del deseo de enriquecerse ó de conseguir el objeto de sus amores; pues ha estado en la creencia de que los espíritus malignos podian intervenir por la via de los encan-

tos para lograr cuanto se quisiese; pero yo pudiera citar pasages de la sagrada Escritura que prohiben espresamente semejante impiedad é idolatría para desengañarlos y separarlos de la senda del crímen y del error; mas me contentaré con referir la desgracia que sucedió á un estudiante enamorado, quien pensaba lograr el fin de sus amores con una señorita por medio de estas astucias é invocaciones; y siendo despreciado por ella, se propuso conseguirla de este modo; pero le costó bien cara su nigromancia, como verá el lector en la historia siguiente.

Un estudiante en Bolònia; creyendo que hacia un encantamiento, murió de miedo estando dentro de un sepulcro en el cementerio.

Los hombres de letras alaban á la Universidad de Bolonia como una de las mas famosas, tanto por el gran número de profesores que van á ella de todas partes y de todas las naciones, cuanto por los hombres sabios que encierra para instruir á la juventud en el conocimiento de las leyes y ordenanzas de los antiguos, ya sean Pretores, ya Príncipes soberanos del

imperio romano; y para el estudio de estas ciencias se ve allí comunmente un considerable número de jóvenes, que en ciertas horas se reunen los dias festivos para entretenerse con mil disputas alegres y otras clases de pasatiempos; en lo que los hombres de juicio y estudiosos aprovechan tanto como si estuviesen sobre los libros, y estan siempre alegres y placenteros sin participar jamas del fastidio y de la melancolía que reina en otros sitios: de esta manera, razonando unos con otros sobre diferentes materias, ilustran al fin la verdad conociendo las ciencias y las artes mejor que los maestros pueden esplicárselas con sus voces y argumentos cuando se empeñan en sos-

tener obstinadamente los silogismos falaces de su filósofo Aristóteles. Entre tantos hombres, pues, de tanto talento y de tantas clases de caracteres es imposible deje de haber alguno de corta capacidad que con sus simplezas sirva de pasatiempo y diversion á los otros, y mas particularmente si el amor se apodera de su cerebro, como pasion tan comun á la juventud. Dígolo porque entre todos estos estudiantes y colegiales que habia en Bolonia, se hallaba uno de bastante talento; pero sea que su amor propio le engañase, ó sea que su complexion no le ayudase, no era de los mas astutos que pisan la tierra. Este fijó un dia sus ojos en una señorita bastante bonita, pero de-

masiado casta para él; y fue tan simple, que al momento se enamoró de ella con tal vehemencia, que no salia á ninguna parte á donde no la siguiese la sombra del estudiante, pero sin atreverse á dirigirla la mas leve espresion sobre la vehemente pasion que le afligia: hablaba solo por señas y ojeadas, hasta que un compañero suyo le animó y le aconsejó la escribiese para saber de cierto su voluntad; á lo que Lirinio procedió inmediatamente, y tomando la pluma la puso un billete concebido con poca diferencia en estos términos:

Carta de Lirinio á Clotilde.

Señorita:

Si el Cielo me hubiese hecho tan perfecto, que pudiese merecer vuestra gracia, creo no hubiera hombre en el mundo que pudiera igualarse conmigo; pues la suerte ha querido esclavizar mi corazon con una pasion tan vehemente, que desde que os vi la primera vez, estoi sin sosiego y sin pensar en otra cosa que en vuestra hermosura y virtudes. Considerad, si una sola imagen del bien, una sombra del placer me hace vuestro esclavo, lo que yo seré si teneis la bondad y yo la fortuna de verme admitido á vuestro servicio, concediéndome desde

luego el favor inapreciable de hablaros, para que la lengua, órgano de los conceptos del alma, pueda mas de lleno esplicaros la vehemencia de un cariño que ni yo puedo espresar con la pluma, ni es á propósito el papel para confiársele. Dignaos, Señorita, tener piedad de mí, correspondiendo á la inclinacion que os profeso, y no dudeis que nunca podreis hallar un hombre mas rendido que vuestro mas humilde amante y servidor Q. V. P. B.

Lirinio.

Este billete fue encargado para su entrega á una vieja, mensagera de amantes, de las que se encuentran muchas en todas las ciudades frecuentadas por estrangeros que

suelen corromper las costumbres con su libertinage.

Clotilde recibió la carta sin ruborizarse, burlándose de este pobre amante, y diciendo que era mui débil para poder soportar el peso y reveses del amor; y ya sea que tuviese otro mas de su gusto, ya que este la pareciese poco idóneo para amante, no respondió mas que con grandes risas y burlas, lo que hizo perder á Lirinio la paciencia y entregarse á la pena y á la desesperacion: sin embargo de que cuanto mas despreciado se veia, mayor era su obstinacion en escribirla y enviarla personas para encarecer su ciega pasion; mas Clotilde, que estaba ya acostumbrada á menospreciar

todas sus palabras y juramentos, y burlarse de todas sus cartas y mensages, no le daba otra respuesta sino que ella no podia dar oidos á semejantes pretensiones, teniendo un marido á quien debia y habia prometido guardar fe, y que sobre todo se admiraba de que un hombre de tanto talento se dejase dominar de aquella suerte de sus pasiones; que era preciso apagase la llama que le consumia, ó de lo contrario que pusiese en otro objeto su inclinacion, en atencion á que ella sería siempre inexorable en sus principios.

Lirinio, sabiendo la dulzura con que Clotilde respondia á los que la solicitaban por él, no podia creer que le despreciase ente-

ramente, antes bien se persuadió de que todas aquellas contestaciones y disimulos eran solo para esperimentar su constancia, y ver si á la larga continuaba sus instancias para que le admitiese sus servicios; y por esta causa no dejaba de dirigirla sus ojeadas y saber todos los dias de ella; por manera que este galan, en lugar de hojear las obras de Justiniano, no hacia mas que leer los autores que tratan del amor, empleando el dinero en semejantes locuras, como las que hacen la mayor parte de los estudiantes, que bajo el pretesto de oir á los doctores, van á las Universidades solo por concurrir á los bailes, y consagrar el tiempo al galanteo. Componia sonetos y

madrigales en honor de su dama, y despues los recitaba cuando se hallaba con sus amigos, los que se reian y burlaban de la simpleza con que pasaba su tiempo sin tener ningun partido: los unos admiraban la sutileza de sus composiciones, la gracia con que espresaba su pasion, transportándose de tal manera este visoño amante, que de un dia al otro tenian mas motivo de reir viendo su locura de mal en peor; pues les lleva sin cesar á enseñarles sus composiciones poéticas que enviaba á su dama, creyendo que estas simplezas eran el cebo para ganar á una muger de su clase y talento; sin embargo de que en todo caso le hubiera escuchado mas bien,

viendo mejor algun rico presente que producciones poéticas ni billetes llenos de espresiones ridículas y afectadas, como las del poeta amigo de Laura la provenzal: entre los muchos papeles que la escribió, habia uno que decia así:

Billete de Lirinio á Clotilde.

¡Ah, hermosa Clotilde! yo me abraso: todo el mundo lo conoce; y tú solo, muger cruel, eres la persona insensible á una pasion tan vehemente como la mia: estoi helado á pesar del fuego que hace arder mi corazon: tú le has incendiado, y te niegas, inhumana, á darle un alivio ó apagar su llama. Este ardor, este incendio nace de tu fuego, y sin embargo

te mueve tan poco, que en vez de compadecerte del mal que me causas, te ries de mí. Plegue á Dios que tu corazon un dia se apiade, ó que de lo contrario padezca los tormentos que el de tu rendido y constante amante = *Lirinio.*

Leido este billete por sus compañeros, les dió márgen á hablar mucho y discurrir: los unos se compadecian de él y sentian que no emplease su talento con mas provecho en cosas mejores; los otros, que no pensaban mas que en divertirse, fomentaban disimuladamente su pasion, ponderando el mérito de Clotilde y la fortuna del que tuviese la dicha de poseerla. Entre estos locos habia uno llamado Ubaldo, hombre tan bien for-

mado, tan alegre y tan gracioso, que se distinguia por su buen cuerpo y sus chistes en Bolonia. Este, viendo los estremos que hacia Lirinio, lo enagenado que estaba con su pasion, y que todo en resumidas cuentas era un manjar sin sal, se resolvió á hablarle sobre su inclinacion en estos términos, estando un dia reunidos todos sus amigos:

«Me admiro, querido Lirinio, de que la dama á quien tanto amais, sea tan inconsiderada é inhumana con un hombre tan fino y tan rendido, sin querer corresponder á la franca y tierna amistad que la profesais bien justificada por vuestros versos y billetes. He oido leer uno de ellos, y os confieso que

jamas vi escrito que mas me agradase, y ojalá que yo pudiera hacer otro tanto. Si yo hubiese sido vuestra dama no padeceriais lo que padeceis, pues era sobrado mérito el de vuestros versos para corresponderos, aun prescindiendo de las muchas prendas que os adornan y que os hacen tan recomendable. Hacednos el favor de mostrar alguno de vuestros billetes ó recitarlos, y disimulad esta franqueza que me permite vuestra amistad, pues yo os complaceré en cuanto me mandeis.»

El sencillo Lirinio, que no conocia la burla con que le hablaba su amigo, y que creia lo hacía de corazon, le dió gracias por los favores que le dispensaba, y le

mostró un borrador que tenia en el bolsillo de una de las últimas cartas que habia escrito á su amada Clotilde.

Aunque todos los compañeros se burlasen de este pobre enamorado, no pudieron menos de compadecerse casi todos oyéndole pronunciar tan tiernas palabras mezcladas de suspiros y agitacion, que acreditaban la certeza de su pasion; pero Ubaldo, que queria distraer á sus compañeros de esta contemplacion del frenesí de amor, y continuar la burla con el enamorado, le dijo: Vamos, vamos, que os esplicais mui bien para ser un aprendiz en el arte, y me parece que no estais tan afectado como fingis, ó bien describiendo

vuestra tristeza y vuestra pena nos quereis encubrir la alegría y satisfaccion que acaso teneis de veros correspondido de la que nos pintais tan rigorosa; pues yo conozco mui bien á las damas de esta ciudad, y no creo sean inconsideradas para dar lugar á que sufra un caballero como vos. ¡Ah; amigo mio! responde Lirinio, ¡qué equivocado estais en vuestra opinion! Ojalá que mis suspiros fuesen fingidos por disimular un bien que no poseo; pero no dudeis ser mui cierta mi melancolía, y que yo me alabaria de esa dicha que suponeis, del mismo modo que me lamento de la indiferencia y desprecio de una muger la mas estraña y cruel de toda la Italia; pues por

mas cariño y rendimientos que la he declarado y jurado, no he podido nunca lograr una sola respuesta buena; de manera, que ya no sé qué hacer ni á qué arbitrio apelar. Estoi ya arrebatado y entregado á la desesperacion, viéndome sin remedio á tantas penas, y envidiando todos los dias á los que la muerte alivia las suyas; pues teniendo una vida tan amarga, no hago mas que sufrir muriendo de dolor á todas horas. — Amigo mio, yo os creeré en otra ocasion, le replica Ubaldo; pero en la presente veo que guardais un secreto mui disimulado, y haceis mui bien en no fiaros de nadie en asuntos de tanta consecuencia. Por lo que á mí toca podeis

creer que os hablo con verdad sobre ese particular, confesándoos que tengo una dama tan hermosa y tan fina, que me hace feliz sin dejarme lugar á pensar ni desear las demas, por lo que no debeis temer trate de solicitar la vuestra con quien os contemplo mui unido, por mas que querais persuadirme de lo contrario. — Yo os juro, responde Lirinio, que nunca pude lograr la dicha de ser correspondido de Clotilde, y que estoi como si no la hubiese visto jamas; motivo por que vivo desesperado, y tan poseido de la tristeza, que quisiera verme asaltado por la muerte por no padecer lo que padezco, ya que no puedo sofocar esta pasion tan vehemente, que no me

deja vivir ni sosegar. — El burlon Ubaldo, viendo á su amigo Lirinio tan enagenado, le llamó aparte, y estando sentandos los dos sobre un sofá, le dijo: Amigo mio, el deseo solo que tengo de veros alegre y libre de toda pena, me hace ofreceros mis servicios y emprender imposibles en vuestro favor; pero es preciso guardeis el secreto de lo que quiero deciros en prueba de mi amistad y compasion al veros en un estado tan lamentable, pues no hai duda en que de todas las pasiones la del amor es á mi entender la mas vehemente y penosa cuando un corazon solo es el que lleva todos los trabajos que deben sobrellevarse por dos voluntades unidas, y cuando

el hombre, arrastrado por tal pasion, ama á un objeto inhumano que le enagena de la razon, y le priva de la alegría, sin darle esperanzas algunas de su alivio; por manera, que si fuese posible, lo que merecia era el desprecio y dirigir la pasion á donde pudiese ser correspondido.

¡Ah! dice el triste Lirinio, si fuese posible ejecutar vuestro consejo, yo tendria alguna esperanza de realizarle para verme libre de este amor; pero es una locura el querer resistir á lo que la misma naturaleza dispone en nuestras almas. Yo os suplico, mi querido amigo, que si sabeis algun remedio que pueda aliviar mis penas, no me le oculteis; pues os juro que

primero sufriré mil muertes que descubrirlo, si merece conservarse secreto.—Ubaldo, viéndole pedir lo que él precisamente queria, le respondió: el medio es tal, que si llegase á entenderlo la justicia, eramos indudablemente perdidos; sin embargo de que tengo tal confianza en su ejecucion, que me parece lograreis de esta manera ser correspondido de vuestra dama, pues sin violencia alguna os seguirá á donde querais llevarla. — Si es por encanto, nada importa; pues ni los diablos ni otros espíritus me detienen en la empresa, siempre que yo pueda lograr el fin, y por toda mi vida os estaré reconocido de haber sido el que me ha librado de tantos tormentos: así,

pues, os juro y os prometo segunda vez que será eternamente guardado el secreto, y que moriré antes cien veces que revelarle. — El amigo Ubaldo, llevado de sus diabólicas travesuras, y teniendo ya vencido al enamorado Lirinio á seguir sus consejos, le condujo paseando á la iglesia de santa Petronila, donde le dijo: Hace tiempo que tengo hecho juramento de no mezclarme jamas en cosas supersticiosas, y de olvidar enteramente á los ángeles de Lucifer; pero la amistad que os profeso y la compasion que me causa vuestra situacion, me hacen violar por esta vez mis juramentos y la palabra que habia dado á tantos hombres de bien, que me han solicitado,

viendo el poco honor y provecho que un hombre saca de seguir semejantes costumbres. — Pues yo os suplico encarecidamente, dijo Lirinio, me hagais el favor de revelarme vuestro secreto con toda confianza, ya que quereis cooperar á mi felicidad; y si no logro ver cumplidos mis deseos, la pena vendrá á costarme la vida.

Ved aquí hasta dónde llega la demencia de este infeliz; pues que cree que el diablo puede forzar la voluntad de una muger resuelta á guardar su castidad. Es verdad que los espíritus malignos tienen algun poder para obrar efectos maravillosos y ofuscar nuestros sentidos con terribles ilusiones; pero esto no es mas que en cuanto Dios

lo permite, como se lee de los encantadores de Egipto; mas que este enemigo de las almas tenga permiso de Dios para trastornar el corazon de un hombre ó de una muger (por invocaciones que se le hagan), no queriendo de su voluntad pecar, es un error moral: Satanás deseaba afligir al siervo de Dios Job; y por mas que andaba á su alrededor, no se atrevió á intentarlo hasta que el Todopoderoso le dió licencia para atormentarle. En las historias eclesiásticas vemos que el diablo ha hecho mil tentativas contra los santos mártires y confesores; pero todo era inútil mientras que Dios no le permitia el paso; pues siempre le hizo conocer la debilidad de sus esfuerzos.

Del mismo modo han sido momentáneos todos los pretendidos milagros de los encantadores, y han sido desvanecidos al momento como el humo. Leed los hechos espantosos y sobrenaturales de aquel gran mágico Simon Samaritano, que fue despreciado por los apóstoles, queriendo comprar los dones de Dios con dinero. El mentiroso Filostrato nos cuenta maravillas de aquel compañero de los diablos Apolonio Thianeo: mas todo esto, aun cuando fuese cierto, eran fantasmas, y no se ve un solo milagro de estos diabólicos, que no se desvanezca al momento que es presentado al pueblo, del mismo modo que los reyes que representan en un teatro, pierden su

reinado en el mismo acto de correrse el telon. En suma, jamas se vió encantador que fuese feliz en su vida, ni con una muerte honrada; pues siempre son malos, vagabundos, mal mirados, pobres, y presentan mas bien la imágen de muertos y del infierno, que la fisonomía agradable de un hombre á quien Dios haya permitido tener la cabeza erguida para contemplar la beldad de los cielos á que aspira; pues estos frenéticos no miran sino á la tierra, no frecuentan sino los sepulcros, no aman sino las tinieblas, como si se paseasen ya con Ulises ó Eneas por los oscuros salones de los infiernos.

Mas volviendo á nuestro asunto, el ciego amante Lirinio supli-

co tanto al que le habia encantado con su mentira, que al fin, asi como obligado, le prometió sus auxilios, y enseñarle los medios de ganar la voluntad á su dama; pero volvió á exigirle la palabra de no descubrirle, aunque le aconteciese lo que le aconteciese: todo esto lo hacía para inspirar mayores deseos al simple Lirinio, y poder salir de alli con la seguridad de tenerle bien persuadido para comunicarlo á sus compañeros, y tomar uno que le ayudase á ejecutar su diabólico proyecto. Volvió Lirinio á jurarle el mayor sigilo, y entonces ya empezó á descubrir al amante toda su farsa de mágia, diciéndole: que la geomancia en nada le podia ayudar, y que la hidro-

mancia era de poco efecto para esto, sirviendo mas para recobrar las cosas perdidas, que se hacian aparecer en la vasija de metal, del mismo modo que las sacerdotisas de Dodona comunicaban antiguamente los oráculos de Júpiter al estrépito del metal. La quiromancia servia igualmente de mui poco; pues no consistia mas que en palabras y predicciones por el aspecto de las líneas, sin producir frecuentemente ningun efecto: la piromancia no era necesaria sino para tener el auxilio del fuego y viajar de noche; de consiguiente, es preciso mucho mas que todo esto, y tentar las vias mas secretas de la ciencia oscura, para obtener el auxilio de los espíritus mas su-

tiles y eficaces de la nigromancia: con este motivo, amigo mio, le dice el travieso Ubaldo, es preciso que aquel que obra semejantes encantos, recobre su espíritu y otras cosas que son un poco difíciles á causa del peligro en que se puede ver; pues algunas veces se incomodan los espíritus que se invocan, y desarman su furia contra el que obra el encanto; pero nosotros estarémos todos con vos para ayudaros y enteraros cómo debeis gobernaros en este asunto. — No, no tengais cuidado, dice Lirinio: no hai cosa difícil ni terrible que se me resista, siempre que yo pueda ver cumplidos mis deseos y terminada mi tristeza. — Pues, Señor, repone Ubaldo, es preciso

proveerse de ciertas cosas que son necesarias al efecto, para lo que no hai que hacer mucho gasto. — Lo que es por el gasto, responde el enamorado, no hai que tener cuidado, pues conservo aun algunos doblones que jamas han visto luna ni sol; pero decidme: ¿qué cosas son esas de que tenemos necesidad, para proveerme al momento de ellas? Este encanto, dice Ubaldo, no se puede poner en ejecucion sin adquirir ciertas cosas de un cuerpo recien muerto, porque si hace un año que se le ha dado sepultura, no servirá de nada lo que se tome al efecto; pero esto es fácil de hallar, en atencion á que de un dia á otro se estan marchando muchos á la eternidad;

y quedándose despues abiertos los cementerios, podreis concluir el asunto sin gran trabajo; y para que no tengais miedo y podais efectuar vuestros deseos, yo os acompañaré con dos ó tres amigos; pues lo demas lo haremos despues segun convenga. — Cuando fuera necesario, responde Lirimio, desenterrar todos los cadáveres que tiene el cementerio de santa Petronila, no me daria ningun cuidado. ¿Qué fuerza ni respeto puede dar un cuerpo despues que le ha abandonado el espíritu? Yo no soi de aquellos que creen que los difuntos andan al rededor de sus sepulcros; esas simplezas son buenas para las mugeres y para los niños, ó para aquellos, que teniendo el cerebro

débil, se ven siempre sorprendidos de visiones é ilusiones que dicen ver con sus mismos ojos, siendo solo objetos imaginarios creados por su fantasía. — No, no serás tú el que hagas el oficio de sepulturero, pues nosotros te libraremos de ese trabajo: lo que necesitamos es que tengas mucho valor, y que hagas cuanto yo te diga: ya tenemos muchas drogas, propias para la operacion, como libros, velas hechas de sebo de hombre, y pergamino vírgen, donde estan escritos varios nombres, y otras mil cosas que no me atrevo á deciros al presente, porque no estais aun iniciado en la profesion de los encantos y conjuros. Del cuerpo de un muerto necesitais tomar

tres dientes, dos de arriba y uno de abajo, metiéndolos en vuestra boca tres veces, diciendo ciertas palabras que yo os enseñaré; y sin las que no podriais lograr tuviese efecto el encanto: despues de esto nos los entregarás, y nosotros acabaremos el misterio que tú no podrias ejecutar. En seguida de coger los dientes, teneis necesidad de arrancar la uña del dedo de corazon de la mano derecha del muerto, sin olvidar las palabras propias para su conjuracion: todo esto es preciso machacarlo junto y colocarlo en algun parage por donde vuestra dama pase frecuentemente; y estad seguro de que á la primera vez que pase, aunque fuese la casta Lucrecia ó la muger del

prudente Ulises, os amará y os seguirá á todas partes por donde vayais, sin poderse resistir á su pasion ni negaros cualquiera favor que la pidais; y de esta manera podreis vengaros del rigor con que os trata, haciéndola sentir lo que vale una pasion tan vehemente, como la de un amante tan fino que tanto ha suspirado y suspira por la hora de su logro. Quedará tan apasionada de ti, que aunque quisieses desprenderte de ella á fuerza de golpes y de injurias, será tal la fuerza del encanto, que la será tu compañía cien veces mas agradable que la de todos los hombres del mundo. — Lirinio estaba tan encenagado en su pasion, que no parecia ya sino un tonto, y al oir

todos estos disparatos de su amigo, se consideraba en un paraiso de delicias; creia tener entre sus brazos á su amada Clotilde, y lleno de contento contestó á Ubaldo, que todo cuanto le habia ordenado era mui fácil de hacer para él; por lo que le ofrecia ejecutarlo por sí solo sin auxilio de persona alguna; pero que sin embargo, pues que él queria hallarse presente á todo, podia verlo; en lo cúal le daria una satisfaccion y obligaria mas su gratitud, bajo el supuesto de que no lo hacia por un ingrato, para no tener eternamente presente un favor tan singular. Suplicóle despues que le dijese las palabras que debia pronunciar al tomar los dientes y la uña del ca-

dáver; y Ubaldo, viendo que este ciego amante no conocia el engaño, le respondió, que cuando fuese necesario ir al cementerio, le instruirá de todo, y que le servirá de la mayor satisfaccion lo que entonces sabrá. Nunca Ubaldo hubiera creido á no verlo, que su amigo pudiese tener tan trastornados los sentidos, que llegase hasta el estremo de creer semejantes disparates, y que todas estas cosas pudiesen servir á el logro de lo que deseaba: le dejó lleno de contento, considerándose ya dichoso con la seguridad de lograr el ser correspondido de su dama, y marchó en busca de sus amigos, á quienes comunicó el chasco que intentaba dar á Lirinio, suplicán-

doles le ayudasen en su ejecucion. Fórmase el complot, y señalan el dia, en que á beneficio de una burla han de curar á Lirinio de su locura, lo que acaso hubieran logrado si la intriga no hubiese obrado otras consecuencias, como verán nuestros lectores siguiendo el hilo de la historia.

No hai cosa, por mas detestable que sea, que los hombres viciosos no intenten disfrazar y encubrir con el velo de virtud y santidad: así es, que los que invocan á los diablos, para que se piense que la que llaman arte por sí tan abominable á los ojos de Dios, procede de piedad y religion, se valen y enmascaran de las cosas santas, ayunan con la mayor austeridad, se abs-

tienen de las carnes, y se entregan aparentemente á la oracion: en una palabra, estos desgraciados se convierten en monos, imitando á los que sirven á Dios con la mayor pureza de su conciencia; pero no es sino el mismo Satanás el que los ciega y los hace creer que son los espíritus celestes los que llegan en su socorro para obrar á sus órdenes todas las maravillas; como si los ángeles, que son los ministros de la voluntad de Dios, pudiesen hacer cosa alguna que contraviniese á sus leyes y divinos mandatos; y para dar mas importancia á su idolatría, fingen nombres estraños que espantarian por su aspereza al hombre mas sereno. Estos caballeritos, que habian lei-

do algunos folletajes llenos de estos disparates, sin embargo de que no sabian el modo con que los engañados procedian en sus inícuos proyectos, para que nuestro amante Lirinio se afirmase mas en la creencia de cuanto le decian, le persuadieron á que necesitaba ayunar, y estar por espacio de nueve dias sin acercarse ni mirar á muger alguna, segun la doctrina pitagórica; pero este último punto no era difícil de observar para él, en vista de que la lealtad que guardaba á la que nunca fue suya, le hacia mas casto que discreto: en cuanto al ayuno, era para él de mas difícil ejecucion; y mucho mas, siéndole preciso vivir solamente de yerbas y racimos de u-

vas, porque le parecia que solo esta abstinencia era suficiente para apagar el fuego mas ardiente del amor, y que mortificándose de esta manera, destruiria su naturaleza y perderia su vigor con riesgo de su salud y de los efectos de su pasion. Pero sus amigos le dijeron, que si no observaba religiosamente la precisa y rigorosa abstinencia que se le prevenia, sin comer otra cosa que yerbas sin sazonar, de no ser las que pacen las bestias, que son las que tienen mas virtud al efecto, pues de lo contrario los espíritus se hacen sordos al invocarlos, no respondian de que viese cumplidos sus deseos; antes al contrario, temian que pudiese recibir de ellos un pesar: cu-

yas reflexiones fueron causa de que el simple Lirinio ayunase los nueve dias, haciendo la vida de un santo mártir, para curarse de su enfermedad amorosa; pero lo mas gracioso era el oirle recitar con la mayor exactitud y fervor las palabras, que bajo el título de oraciones le habian hecho tomar de memoria aquellos locos, en las que hacia mencion de los deseos que le atormentaban, viviendo á mas de esto bajo la mayor austeridad, como un ermitaño de Monserrat en Cataluña, sin ver á persona alguna, ni ocupar su imaginacion otra cosa que la invocacion de los diablos, para convertir á su dama. Sus amigos instruyeron á uno de sus criados de toda aque-

lla farsa, y le comisionaron para que hiciese el muerto en el cementerio; pues era un mozo de los mas corrompidos que habia en su clase, y tal, que no temia cosa alguna; por manera que no podian haber escogido otro mas á propósito para desempeñar el encargo que se le dió; tan malo y tan osado, que el mismo diablo no le haria bajar la cabeza; y por lo demas, el hombre mas travieso y endemoniado que se podia hallar en todo el pais. Chapin, pues (este era su nombre), oyendo contar esta diabólica travesura, propia de Satanás, recibió tanto placer en ser el encargado de uno de los mejores papeles, como el enamorado con la esperanza de su próxima

felicidad, por la industria y arte de su buen amigo Ubaldo. Chapin hace que le repitan la leccion; y añadiendo lo que quiso de su cabeza, causó tanto placer á todos, que celebraban se hallase tan ciegamente enamorado su amigo Lirinio, sirviéndoles este pasatiempo criminal de desengaño y remedio para no ser acaso víctimas del amor; por lo que toca á nuestro enamorado, sin embargo de que procuraba hacer flexibles á los espíritus á sus deseos con oraciones y ayunos, Ubaldo le componia los versos y palabras propias para el encanto; pues eran las que debian decirse cuando Lirinio arrancase los dientes al cadáver, y otras diferentes al sacarle las uñas.

Concluidos los dias del ayuno, salió nuestro penitente de su retiro, y al dirigirse á ver á sus amigos, pasó por la calle de su hermosa Clotilde, que casualmente se hallaba asomada al balcon; pero por mas que llamó su atencion con sus miradas, no pudo lograr fijarla; pues se mostró tan indiferente como si nunca le hubiese visto; por cuyo motivo el simple Lirinio decia entre dientes y haciendo mas gestos que un necio pudiera: mui bien, tú te has hecho la desdeñosa, despreciando mi cariño y mis tormentos: vuelve, vuelve la cabeza á otro lado como tú quieras, y finge no hacer caso ni acordarte de mí, que antes de que se concluya la semana serás mia aun-

que no quieras, y me vengaré de tus desdenes: mas el pobre cuitado no contaba con la huéspeda; y el desgraciado no sabia el desastre que le estaba esperando bajo el velo de sus designios y de la burla de sus compañeros, con quienes, luego que los vió, quedó acordado que en la noche siguiente se pondria término á la obra; y la causa de esta determinacion fue la de haber muerto un pobre hombre en este mismo dia, al que seria fácil volver el espíritu, segun las observaciones de esta negra filosofía.

Hacen lavar nueve veces las manos, la boca y la cara á nuestro enamorado: despues le hacen tomar ciertas fumigaciones con gi-

nebra, laurel y la yerba que se llama pavacea, para que los espíritus no le puedan dañar, y al mismo tiempo recitan algunos versos que dicen ser necesarios á la materia, y ciertas oraciones para suplicar á los espíritus nocturnos le sean favorables, como lo hace la Sibila en el poeta Mantuano, cuando el Troyano se prepara para hacer su descenso á los infiernos.

De esta manera, engañado este ciego enamorado, le hacen retirar á una pieza solo, para que pueda entregarse á la oracion; y le prohibieron salir hasta que fuesen á intimarle para ir al cementerio. ¿Qué hombre, por simple y torpe que sea, no conoce y descubre es-

ta burla? Los cuentos y las fábulas que las viejas de la aldea refieren por las noches al fuego, hilando á su rueca, no son de mas fuerza para los inocentes aldeanos, á pesar de su credulidad.

Nuestro Lirinio no cesaba en su encierro de hacer oracion; y mientras tanto, sus compañeros mandaron abrir en un cementerio mui retirado de la ciudad, por donde nunca pasaba gente, un foso no mui profundo, hácia el que se dirigió el citado Chapin á la hora que le habia señalado Ubaldo, llevando ciertos fuegos artificiales de los que queria usar en tiempo oportuno, como diremos mui pronto. A las cuatro de la mañana, cuando todo el mundo se hallaba en-

tregado al mas profundo sueño, se fueron estos locos, haciendo de hechiceros; y tomando tenazas y otras herramientas propias á su empresa, entraron á decir á nuestro amante que era llegado ya el momento en que debia hacer la tragedia, y uno le arengó de esta manera: Caballero Lirinio, ya llegó el dia de vuestra felicidad; pero si no teneis la firmeza de ánimo que es necesaria en tales asuntos, os suplicamos que os retireis; pues sentiriamos que os sucediese alguna desgracia si llegabais á veros sorprendido por el miedo. — ¿Cómo, miedo? dice Lirinio mui animoso: ¿pensais que yo tengo el corazon tan débil y bajo, que me espante por tan poca cosa? No, no:

yo soi de otro carácter y de otro espíritu que el que me conceptuais. Jamas en mi familia hubo un hombre pavoroso, y no he de ser yo el primero que desmienta su valor: vamos, vamos, no estoi en el caso de acobardarme y abandonar una empresa que ha tenido tan buen principio, porque el corazon me dice, que la alegría va á desterrar mi tristeza, y que el amor no volverá ya á entregarme á sus asaltos. — En efecto, él mismo profetizó, en vista de que el último golpe de su locura violentó su corazon, el resultado de este desgraciado viage. Era tan oscura aquella noche, que las mismas tinieblas dieron á entender la muerte poco honrosa de este desgracia-

do amante. Luego que estuvieron inmediatos al cementerio, hicieron un poco de ruido para que Chapin que los esperaba, empezase á disponerse á desempeñar su papel; y apenas lo oyó, se envolvió en un lienzo viejo, y se metió en el foso que habian preparado al efecto. Aquí es donde se va á representar el último acto trágico de la vida de este sencillo amante, quien á pesar de la valentía que habia mostrado antes, viéndose en un lugar tan solitario en medio de tanta oscuridad, y sabiendo que tenia que bajar á un foso y abrazar un cuerpo muerto, empezó ya á desconfiar de sus fuerzas y espantarse; de manera, que si no hubiese temido que sus compañeros

se burlasen de él por su miedo, y por ser un cobarde despues de haberse mostrado tan valiente, se hubiera retractado voluntariamente y dejado su empresa; pero reflexionando en lo que ya habia hecho, y obligado del amor y enagenamiento que le tenia desesperado, inflamado al mismo tiempo por la esperanza de ser dueño de su dama, se armó de constancia, y disimuló cuanto pudo el miedo que le hacia temblar, en términos de querérsele salir el corazon del pecho. Llegaron al cementerio, y el maestro de ceremonias, que era el amigo Ubaldo, le hizo sentar de rodillas en un rincon para que repitiese sus oraciones; otro se fue mas adelante donde estaba Cha-

pin, haciendo como que abria el sepulcro, lo que era bien fácil de ejecutar, porque habia ya al lado mucha tierra de la que habia sacado Chapin del mismo foso; y hecho esto llamó á nuestro amante, á fin de que, como purificado por los ayunos y oraciones, fuese á coger del cadáver lo que le faltaba para ejecutar su encantamiento. El infeliz Lirinio no pudo ya entonces disimular tanto para que sus compañeros no conociesen mui bien el miedo que le poseia; pero Ubaldo le dijo: ánimo, compañero; ahora es cuando se necesita ese valor que nos habeis demostrado, para no sucumbir pueril y vergonzosamente cuando vais á lograr el triunfo que deseais con tanto anhelo: en-

trad con espíritu; pues que estais tan armado contra todo esfuerzo, y que no hai diablo en el infierno que os pueda ofender: marchad solo á hacer vuestro deber; pero contad conmigo de todos modos; pues no me alejaré mucho de vuestro lado; y para que los espíritus no nos sean contrarios, es necesario que antes de arrancar ni diente ni uña, abraceis el difunto, pidiéndole perdon de lo que obligado por vuestra estremada pasion vais á ejecutar, interrumpiendo su reposo en semejantes horas, y ofendiéndole sin causa; y estad seguro de que no resultará otro espanto que una señal de contento, que me persuado os mostrará para satisfacer vuestras vehementes pa-

siones. Confortado y fortificado de esta manera el miserable enamorado, se fue á lanzar al foso oscuro de la muerte; porque luego que descendió, pensando abrazar el cuerpo que creia estar muerto, fue abrazado por Chapin mui estrechamente, echando fuego por la boca, el cual tenia oculto, no se sabe cómo, en la cáscara de una nuez. Lirinio, que habia entrado en el foso medio muerto de pavor, al encontrarse con un abrazo que no esperaba, creyó fuese algun diablo, ó el espíritu del hombre que le habian dicho estaba allí enterrado, lo cual fue causa de sorprenderse tanto, que perdiendo todas sus fuerzas y el aliento, recibió su corazon tal impresion, que

se accidentó, y á pocos minutos murió repentinamente abrazado por el bárbaro de Chapin. Este, al ver que Lirinio pesaba mas que al principio y que no hablaba, ni se movia, ni respiraba, creyó que se habia acongojado, y levantándose al momento despavorido, dejó caer en tierra al desgraciado amante sin el menor sentido. Si Chapin se asustaria, lo dejaremos al juicio de nuestro lector: al momento hizo señal para que se acercasen sus amos; y viendo este espectáculo, se figuraron que solo sería un accidente, del que con algunos auxilios volveria en sí, y empezaron á pellizcarle y moverle, hasta que temiendo ya llegase alguno, le condujeron á su casa,

donde por último conocieron que sus burlas habian ocasionado esta desgracia. Viendo que efectivamente estaba muerto, y que ya no habia otro remedio que guardar secreta esta muerte tan infausta, despues de muchas y repetidas lágrimas, un poco antes que amaneciese llevaron el cuerpo á la puerta de una iglesia, y se retiraron llenos de pena y dolor.

Este fue el fin que tuvo la burla de estos locos, pretendidos encantadores, que por divertirse causaron la muerte de su infeliz amigo Lirinio; pues no contentos con haberse burlado de él con tantos embustes y supersticiones, le hicieron caer en los peligros que acabamos de referir. Castigo visi-

ble de la justicia divina, tanto sobre aquel que por ver cumplidos sus impuros deseos creia que los diablos podrian servirle, disponiendo de la libertad de otro, cuanto sobre sus imprudentes y temerarios amigos, que á mas del remordimiento de conciencia que les martirizó por toda su vida, se vieron forzados á abandonar la ciudad de Bolonia por el justo temor de ser presos y sufrir la penitencia de una locura mal comenzada y emprendida, y mucho mas malamente efectuada por haber sido la pura causa de la ruina de un hombre, y poner su alma en peligro de ir á visitar á los diablos á su propia casa; y últimamente, ejemplo digno de ser

publicado para hacer ver que de cualquiera manera que el hombre intente usar de encantos, sea entendiendo este arte detestable, sea por juego, es hacer una ofensà á Dios; pues claro es que no puede serle grata la profanacion de su santa Escritura y la divinidad de su nombre inefable, y que por lo mismo tarde ó temprano castiga al que mira con tan poca reverencia las cosas santas.

A la mañana siguiente fue hallado muerto el infeliz Lirinio en el sitio donde sus compañeros le habian puesto: le recogió la justicia, y viéndole sin herida alguna ni señal de haber sido ahorcado ni ahogado, mandó que se presentasen los médicos y cirujanos mas

espertos; y despues de haber reconocido estos al difunto y disputado acaloradamente sobre las causas de su muerte, convinieron en que habia sido un miedo estremado, y que el espíritu, no pudiendo por su impotencia sufrir el objeto que le habia causado, habia abandonado al cuerpo, destituido ya de fuerzas y de medios para resistir á una ocurrencia que debió ser de mui estraordinaria sorpresa, alegría ó pesar: citando en confirmacion de su modo de pensar, varios casos que refiere la historia, como los del cónsul romano Marco Livencio y Hereno Siciliano, el primero por un gran transporte de alegría al oir que el Senado le habia concedido lo que pe-

dia; y el otro, que cayó muerto repentinamente en la prision, en fuerza de la sorpresa y temor que le causó su arresto por haber sido acusado de complicidad en la conspiracion de Cayo Graco: lo mismo que le sucedió á Licinio el romano, quien murió de desesperacion por no poder ser absuelto del crímen que se le imputó para arruinarle.

Tal fue el fin que tuvieron los amores de este pobre estudiante Lirinio, y tal pago por haber querido ganar la voluntad de una dama por el ministerio de los diablos. Los que apelan á estas maldades deben contemplar que Dios es la misma justicia y verdad; y que es doble pecado el de añadir

la idolatría y la impiedad á nuestras locas y desenfrenadas concupiscencias. Por lo demas, dejando aparte los encantamientos, seguiremos el curso de nuestras historias, procurando siempre la variedad en lo trágico para amenizar la lectura y proporcionar á nuestros lectores un entretenimiento útil á corregir la vida de la juventud demasiado ligera y voluble, que tiene necesidad de un freno para retirarla del camino de la locura y de la relajacion.



GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO X.

GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS,

Espectros y Sombras ensangrentadas.

SU AUTOR

D. Agustin Perez Zaragoza Godinez

dedicala

Á LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

Reina de las Españas,

bajo la Real proteccion del REY N. S. (Q. D. G.)

TOMO X.

MADRID: Octubre, 1831.
Imprenta de D. J. Palacios, *calle del Factor.*



Los ejemplares que no lleven las marcas que aqui aparecen, serán recogidos, y conducido ante la ley su espendedor como usurpador del derecho de propiedad.

HISTORIA TRAGICA 21.ª

EL JUDIO BIENHECHOR,

ó

ELISA Y TEODORO.

Tomo I.



Barbaro, temerario!!! son inutiles tus esfuerzos: me quitarás la vida; mas no el honor.

CAPITULO I.

Era de noche; la lluvia caia por torrentes en las calles de Lóndres, y el viento la arrojaba con violencia sobre los edificios; reinaba una oscuridad profunda, tal como la que suele haber en las noches mas sombrías del invierno; las calles estaban desiertas, y no se oia por intervalos sino la voz de las guardias y patrullas que gritaban á lo lejos: es pasada media noche.

Un hombre pequeñito, agobiado por la edad, y de una figura decrépita, se hallaba entonces en

Whitechapel (1) marchando con bastante trabajo, apoyándose sobre un baston. Ve un portal abierto, y se dirige á él casi arrastrando para ponerse al abrigo de la lluvia. Un momento despues llegan tres hombres, que creyéndose sin testigos (siendo el viejecito imperceptible por la oscuridad), empiezan á lamentarse del mal suceso que han tenido aquella noche en sus incursiones.

Y bien, dice uno jurando en lor términos que acostumbran los ladrones, como él lo era, ¿nos iremos á acostar como unos tontos con las manos vacías?

---

(1) Cuartel de Lóndres.

—Amigo, acabamos de errar el golpe, dice otro: es preciso manejarnos de otra manera: volvamos á esta tienda, y dejadme obrar á mí; y si no la limpio en un abrir y cerrar de ojos, desde luego consiento en que me pongais en una parrilla como á san Lorenzo.

—Cállate, esclamó el tercero que habia sorprendido al viejecito, y asegurádole al momento por el cuello: vamos, amiguito, no hai que moverse, y venga el dinero.

—Señores, soi un pobre miserable; no tengo dinero alguno; por Dios os suplico no hagais mal á un viejo desventurado.

—Ola, pícaro viejo, ¿crees que no te conocemos? Diek, aqui tienes aquel judío viejo, el famoso

Shechem, que roba á todo el mundo: vamos, vamos, hijo de Abraham, desocupemos los bolsillos.

Shechem, atemorizado con esta política invitacion, y llevado del primer impulso de la sorpresa, se pone á gritar descompasadamente llamando á su socorro; pero las guardias, que sin duda no querian mojarse, no parecian, y el pobre israelita se veia ya precisado á soltar su bolsa, cuando un jóven que estaba cerca y oyó las voces, acudió á su socorro. Trastorna de un palo á uno de los ladrones que se adelantaba ya jurando, con la intencion de echarse sobre él: guiado por los gritos del viejo, se halla al momento á su lado: «Huid, cobardes, les dice: ¿cómo teneis

corazon para atacar á un hombre débil y sin defensa?

—Es un pícaro judío, dice uno de los ladrones: todo cuanto se quita á esta maldita raza, es de buena presa.

—¿Pues qué, un judío no es un hombre? ¡Infames! retiraos, marchad, y llevaos inmediatamente á vuestro compañero; pues de lo contrario os trataré como mereceis.»

Sea que este tono de autoridad impusiese á los rateros, sea que haya en el valor de un hombre de bien alguna cosa que intimide al culpable, sea que, en fin, temiesen la destreza del jóven ó la proximidad de las guardias, ó mas bien por todas estas consideracio-

nes reunidas, se retiraron vomitando mil imprecaciones contra el viejo Shechem, y prometiéndose una cruel venganza si volvia á caer en sus manos.

«Caballero, le dice el jóven, ¿no estais herido? ¿puedo serviros aun de algo?

El judío no se daba mucha prisa á responder, porque no era del carácter de aquellos buenos y honrados cristianos, á quienes cuesta tan poco prodigar gracias y protestar de su eterno reconocimiento. Sin embargo, despues de un momento de silencio puso la mano sobre el brazo del jóven incógnito, y con una voz trémula le dice:

«Ignoro, caballero, á quien

soi deudor de un socorro tan generoso: perdonad á un pobre viejo la imposibilidad en que se encuentra de espresaros su gratitud: acaso será despreciado este sentimiento en un judío; pero si tuvieseis necesidad de un amigo, no olvideis que Shechem-Bensadi vive en las Minorías (1).»

La lluvia se habia disminuido, y el viejo israelita quiso volverse á poner en camino; pero se habia herido un poco, y no pudiendo ya sostenerle su baston, aceptó el brazo del jóven. Los serenos acababan de gritar la una de la mañana cuando entraron en las Mi-

(1) Cuartel de Lóndres.

norías. «Es bien tarde, dice Shechem: tu ausencia á estas horas debe inquietar á tu familia.

— No, respondió el incógnito; (y estas palabras fueron pronunciadas con una inflexion de voz estraordinaria).

— Sois mui dueño de disponer de vuestro tiempo como os acomode; pero yo presumo que no estais en la costumbre de correr calles á la hora en que todas las personas de conducta se entregan al descanso.

— En efecto, soi dueño de mi libertad; y sin embargo no me hallaria en este momento por las calles si hubiese sobre la tierra un parage solo donde pudiera descansar.

— ¿Cuál es vuestra familia? ¿no teneis amigos? ¿los habreis ofendido con alguna locura de la juventud? Hablad con toda confianza, y permitidme interceder en vuestro favor.»

El jóven suspiró sin responder una palabra, y no parecia dispuesto á confiarle sus desgracias, porque probablemente suponia que el corazon de un judío era inaccesible á la conmiseracion. Habian llegado por fin á una casa espaciosa: era la de Shechem-Ben-sadi, que tenia su nombre inscrito en gruesos caracteres sobre la puerta. «Tú me has dado á entender, repuso el viejo israelita, que no tenias amigos entre los cristianos. Este suplirá.»

Era un bolsillo bien lleno de dinero que le puso en la mano al jóven. Este guardó un momento de silencio, y tomándole á peso, decia á media voz: « ¡Una accion semejante en un judío!!!» Despues, como si de repente le ocurriese otra reflexion, la trasladó al viejo, diciéndole: que él no habia hecho mas que obedecer al impulso de su corazon, y que no podia aceptar otra recompensa que su gratitud.

« ¡Un cristiano obrar así!!! dice el judío entre sí: sin duda ninguna, prosigue acercándose al jóven, tú eres de la raza de Israel.— Tal es mi situacion desgraciada que no puedo decir por mí otro tanto sin esponerme: me lisongeo de

que por este motivo disimularéis mi reserva.»

Shechem se calló: semejante misterio fortificaba naturalmente las sospechas; pero el que acababa de resistirse á tomar un bolsillo bien ganado, ¿podia ser un ladron buscado por la justicia? ¿Seria un mancebo que hubiese robado á su amo? Mas en este caso ¿solicitaria ser empleado? ¿Tendria otro partido que tomar que el de huir ó el de ocultarse? ¿No podia ser inocente, y tener fuertes razones para desear el permanecer desconocido? Lo que acababa de hacer, su fisonomía, el sonido de su voz, ¿todo no alegaba en su favor?

Shechem hacia estas reflexiones y otras casi semejantes, mi-

rando de cuando en cuando á Teodoro con disimulo. El regreso de Rebecca le hizo volver á tomar la conversacion.

«¿Tú aceptarias una colocacion? le dice, ofreciéndole la mitad de un bollo. Busca fiadores, y me encargo de recomendarte.

— Es cierto, señor, que me consideraria feliz de hallar una ocupacion útil; pero la fatalidad de mi estrella me obliga á ocultarme de todo el mundo; y no hai un solo hombre con cuya amistad pueda contar.»

Pero ¡qué crímen...! iba á esclamar Shechem, y se contuvo diciendo solo: «Segun lo que yo he visto esta noche, no puedo resolverme á pensar que tú seas la causa de tus

desgracias; pero es mui estraño que un jóven bien nacido, tal como tú pareces serlo, no tenga un solo amigo: no debes estrañar que tu silencio sobre todo justifique la desconfianza, y te cierre el acceso á toda colocacion. ¿Qué pretendes hacer para subsistir?

—¡Ah! yo tengo ya demasiadas pruebas por esperiencia, dice Teodoro suspirando, de que los hombres, á fuerza de discurrir los medios de librarse de los artificios de la impostura, han perdido por su desconfianza el tacto de la verdad. He esperimentado que en este pais no hai hombre justo para con los desgraciados sin asilo; y así mi resolucion está ya tomada en huir de esta tierra para ir á buscar un

refugio en los desiertos de la A-
rabia.»

La sorpresa de Shechem estaba en su colmo, y poco le faltó para no considerar á Teodoro por un loco escapado de Bedlam (1); pues estando en su juicio ningun hombre trata de ir á asociarse con los ladrones del desierto. Sin embargo, el discernimiento y el acuerdo que observaba en las espresiones del incógnito, confundian su penetracion, y no podia fijar su concepto: á todo evento, suponiendo que hubiese perdido la cabeza, siendo el mejor medio de

(1) Hospital de Lóndres donde encierran los locos.

curar á un loco el de prestarse á sus ideas, preguntó el viejo israelita á Teodoro, de qué manera pensaba proveer á los gastos de su viage.

«Ya os he dicho, señor, repuso este, que mi posicion no me permite marchar en el dia: he llegado esta noche á Lóndres con la intencion de tomar un asiento en el primer buque que se haga á la vela para Holanda ó para Francia: tengo aun algun dinero para ir hasta Alejandría: entiendo la lengua árabe, y mi intencion es la de asociarme á hombres que no necesiten del freno de las leyes para practicar la justicia.

— Amigo, dice Shechem sonriéndose, tu proyecto es propio solo de

un cerebro que no está bueno. Esa justicia que tú buscas, ¿cuentas hallarla entre los árabes? Creeme, la influencia de las riquezas y la del poder son en todas partes las mismas: por todo el mundo el interes es por lo comun el primer móvil de las acciones humanas.

—Esa observacion es mui justa; lo que mas me admira es que la hagais vos: las personas de vuestra nacion, en general, no tienen la reputacion de estender sus ideas mas allá del valor del oro y de los medios propios para multiplicarle.

—Convengo en ello: estamos convencidos de que el oro es el atractivo mas seguro del poder humano: con el oro disponemos á nuestro placer de las produccio-

nes naturales é industriales de los pueblos: objeto de repugnancia y de desprecio para todas las naciones, no por eso dejamos de dirigir frecuentemente la conducta de los reyes: en todas partes donde son conocidos los principios del comercio, se halla asegurada nuestra existencia. Somos ricos bajo los estímulos mismos de la miseria, y el desprecio con que se nos mira nos sustrae á la envidia.... Pero dime, jóven desgraciado: ¿tendrias repugnancia en aceptar un empleo que no te obligase á salir? No es comun hallar jóvenes que entiendan la lengua árabe.

— Todo me es indiferente; yo pasaré el resto de mi vida en una choza con tan buena voluntad co-

mo en un palacio. La libertad no tiene ya encantos para mí; miro con horror á toda la especie humana.

— ¡Estraña opinion!.... ¡hijo de Adan!.... esclamó Shechem presentando la mano á Teodoro: yo quisiera tenerte á mi lado. ¿Dónde has nacido? ¿Qué es lo que has sufrido para vivir tan disgustado de la vida en tan corta edad?»

Una lágrima corrió de los ojos de Teodoro: hizo un esfuerzo sobre sí mismo; y sin responder á la cuestion de Shechem, le preguntó de qué manera podria serle útil.

«Mi correspondencia es mui estensa; me veo agobiado de negocios, y hace algun tiempo que busco un jóven de quien pueda fiar-

me, encargándose aquí de las principales operaciones de mi comercio: no he hallado aun lo que me convenga: la mayor parte de los jóvenes son de una vanidad ridícula: para ellos el placer es el todo, el provecho nada: tú deseas permanecer oculto, y aquí lo estarás; sino es esta pieza donde recibo á los que vienen con los negocios, mi casa está cerrada á todo el mundo: Rebecca es mi único criado, y la sola persona doméstica que tengo: yo proporcionaré tu salario á tus talentos, y espero hallar en ti un amigo.

— No pongo en la aceptacion de vuestros ofrecimientos mas que una sola condicion, dice Teodoro: á pesar de ser tan pobre, me in-

quieta poco el saber el salario que me señalareis; pero tengo motivos poderosos para ocultar mi nombre y el de mi familia; y si me estrechais á revelaros este secreto, os dejo inmediatamente.»

La firmeza con que exigió esta condicion, unida á la espresion de su fisonomía, inspiró cierta especie de respeto al viejo Shechem. Su imaginacion no se fijaba en nada; y aunque este fue el único momento que le quedó para solicitar una esplicacion, no se atrevió á pedirla, temeroso de que este jóven no ejecutase su amenaza.

Shechem suscribió, pues, á una condicion tan estraordinaria: asi fue como un judío á las tres de la mañana recibió en su casa, y

tomó á su servicio un hombre que jamas habia visto, y del que no tenia sino motivos propios á escitar desconfianza, únicamente porque tenia la apariencia de la sinceridad. ¿Qué otro hombre tendria igual imprudencia?

CAPITULO II.

Rebecca, en virtud de las órdenes de su amo, condujo á Teodoro por una escalera, situada sobre la espalda de la casa, á una pieza en el segundo piso, que era el que le estaba destinado: al dejarle esta fiel criada, le dice que no debe jamas ir al otro lado de la casa, porque Bensadí, que guardaba allí su tesoro, prohibia el acceso á todo el mundo.

Teodoro la dió gracias por este aviso: antes de acostarse reco-

noció su cuarto: la cama que le esperaba era elegante; la cubierta se parecia á las mantas que se usan para los caballos; las cortinas, de una sarga gruesa de un verde oscuro, eran admirables por su antigüedad; en un rincon del cuarto se veia una caja esculpida bajo el reinado de Elisabeth, cuya cubierta estaba retenida por dos cordones de cuero, haciendo las veces de unas asas. El adorno del cielo consistia en nubes rojas y negras, formadas por el humo: la tapicería se habia conservado en su estado natural, sin haber sido jamas pintada: debajo de la chimenea dos diseños hechos á la pluma, y pegados á la pared con oblea, los que representaban, el uno, un hombre detras

de las rejas de una prision; y el otro, un mágico en medio de un círculo, al rededor del cual danzaban tres figuras llevando talegos de dinero, y agitando en sus manos pedazos de papel, sobre los que se leian estas palabras: *Post obit.*

«A propósito, dice Teodoro interiormente, mi predecesor no amaba el retiro; mas á la verdad, este cuarto no difiere mucho de una prision.»

En cuanto á él, no habia estancia por triste que fuese que le intimidase, en vista de que allí permanecia oculto: las ventanas de su cuarto estaban enrejadas; sin duda era una precaucion de la avaricia inquieta y vigilante de aquel

viejo. Teodoro se sentó sobre la cama, y sacó de su seno un retrato que estaba suspendido de su cuello por una cinta de seda negra; le apretó contra sus labios, vertieron lágrimas sus ojos, y con una voz trémula articulaba el nombre de Elisa.

Si me es permitido creer que el lector toma ya algun interes por un jóven, cuyo nombre aun ignora, no será inútil darle á conocer un poco mas. Es un jóven de una estatura regular, vestido con mas gusto y finura que comunmente visten en las provincias; pero sin el brillo de nuestros elegantes á la moda: sus ojos (porque las damas se interesan sobre todo en el color de ellos) no son azules ni ne-

gros, sino compuestos de las dos clases: aunque de un carácter franco y espresivo, circunstancias desgraciadas le han hecho contraer un aire de frialdad y de reserva: su mirar, sin estar dotado de aquella penetracion que desconcierta, comprende con una admirable prontitud todo lo que se encuentra á su alcance: su fisonomía no es, como se dice comunmente, el emblema de su alma: el comercio de los hombres le ha habituado á componer su semblante, segun las circunstancias: ha llegado á sujetar sus pasiones hasta el punto de no producir ninguna alteracion en su alma que pueda perjudicarle, aunque se vea agitada por mil emociones diversas. Hé aqui

lo que él es cuando se le mira; pero en la soledad y entregado á sí mismo, la cosa mas leve le hace llorar: su alma entonces se abre á todas las impresiones de la sensibilidad: determinándose el carácter por las acciones, no diremos mas sobre su persona; él mismo se hará conocer.

Teodoro, habiéndose levantado temprano, queria salir de su cuarto, cuando vió que la puerta estaba cerrada por fuera: tuvo sospechas que no hicieron mas que aumentarse, viendo que su ventana daba sobre un patio de atrás, sin otra perspectiva que la de la torre de Lóndres, los mástiles de los navíos amarrados en el Támesis y las colinas que coronaban el

horizonte. Ya pensaba en los medios de escapar, cuando Rebecca llamó á su puerta, invitándole á bajar para el desayuno.

La siguió á una cocina, que podia hacer pareja con su cuarto. Bensadí le acogió con una sonrisa, y le ofreció un poco de pan seco, diciéndole, que un estómago sano exigia mui poco alimento; y que el lujo de la mesa no debia su orígen sino á la depravacion de los gustos.

Teodoro suscribió á la observacion, aunque persuadido por otra parte de que el acumular riquezas era hacer un uso ridículo, y que tanto valia no tener, si se limitaban sus comodidades y placeres á los que se puede procurar

el mas pobre de los humanos. Pero esta no era sino una de las mil y una pruebas de la inconsecuencia de los hombres, de que mas de una vez habia estado dispuesto á convencerse.

Despues del desayuno, Shechem le condujo á su escritorio. Era una pieza de seis pies y medio de ancha, junto á la que tenia para recibir á las personas que tenian que tratar con él algun negocio: cerca de la pared opuesta habia una mesa con un sillon á cada lado: allí habia bastante lugar para el que debia sentarse; y los estantes cargados de papeles que se hallaban sobre su cabeza, le obligaban á tener una posicion inclinada; una plancha de plomo con

un agujero y un hierro mohoso servia de tintero, y un pedazo de papel de una pulgada de ancho era lo que servia de regla.

«Tú ves, dice Shechem, que me veo obligado á tener economía; es preciso no desperdiciar nada: el empleado que he tenido antes que tú, era un pródigo; necesitaba tres plumas cada dia, que hacian nuevecientas treinta y nueve por año, y por consecuencia un gasto anual de diez chelines solo para este objeto.

— ¿Su trabajo no compensaba esa pérdida? dice Teodoro. ¿Cuánto tiempo ha estado con vos?

— Nueve meses: me llevó un billete de banco de doscientas libras, y fue cogido....; pero trate-

mos de nuestros asuntos. Pues que tú entiendes el árabe, aquí tienes cartas para Smirna, y otras para Moka, concernientes á un cargamento de café: copia estas cartas en el registro, teniendo cuidado sobre todo de escribir en mui pequeños caracteres y no dejar blanco.

Teodoro se puso á llenar su encargo, sin hacer preguntas sobre el empleado fugitivo, congeturando, segun la emocion visible de Shechem, que el ladron habia sido castigado. A medio dia estaba ya concluida su ocupacion; y habiendo salido Shechem, partió con Rebecca una comida, compuesta de huevos y patatas: como la vió dispuesta á hablar, hizo rodar la conversacion sobre las pinturas que

habia visto en su cuarto, observando que aparentemente el autor habia querido diseñar el desprecio que hacia de las riquezas.

«Por lo mismo, respondió Rebecca, si el jóven que los ha hecho, hubiese despreciado el dinero, no hubiera mostrado tanta ingratitud con nuestro Amo, que le habia sacado de la miseria.

— Yo condeno la ingratitud, repuso Teodoro: el reconocimiento es una especie de moneda que el pobre tiene siempre á su disposicion para pagar al rico que le ha obligado: si falta á este deber es mas culpable que el hombre que no paga lo que debe, porque no siempre se halla en disposicion de poderlo hacer.

— Eso es justamente lo que dice nuestro Amo: si se hubiese parecido á los otros judíos, Jos hubiera sido colgado.

— ¿Por qué razon?

— No quisiera que nuestro Amo supiese que os lo he dicho; pues se incomodaria, porque no puede sufrir que se hable del bien que ha hecho.

— Estraño por cierto, dice Teodoro entre sí, un proceder tan noble en un judío.» Rebecca continuó:

«Vamos, como yo creo que no direis nada, no os haré un misterio de lo que voi á referiros. Este Jos se marchó con un billete de banco de nuestro Amo; le prendieron; nuestro Amo fue llamado para reconocer su billete, y obli-

gado á perseguir á el ladron en justicia : yo creo que este es el término usado en semejantes casos, lo que significa, si no me engaño, que cuando se ha sufrido una picardía, es preciso pagar á la justicia para castigar á el ladron.»

Teodoro alzó sus hombros y no dijo nada. Segun se aproximaba el dia de la sentencia, nuestro Amo se mostraba mas triste y pensativo : nunca podia estarse quieto en un sitio : yo le veia pasar de un cuarto á otro contínuamente, sin sosiego y sin hablar con persona alguna : se sentaba frecuentemente en esta cocina, murmuraba y suspiraba por lo bajo.

Señor, le dije un dia, ¿qué teneis? — Sí, merece que le ahor-

quen, me respondió: ese desgraciado Jos será colgado por haberme robado doscientos francos. Rebecca, tú sabes que yo no quiero mal á nadie; mas sin embargo, lo que ha hecho debe ser castigado; pero no hai proporcion entre el castigo y la falta: ¿qué vale todo el oro que me ha quitado, en comparacion de la vida de un hombre? No son tantos los crímenes, que puedan autorizar la muerte de uno de nuestros semejantes.

Pero, Señor, le dije, esos doscientos francos eran vuestros, y sois mui dueño de perseguir al ladron ó dejarle tranquilo. Si no quereis que sea castigado, claro es que vuestro dinero queda perdido; pero como vos decís, ¿qué vale el

oro comparado con la vida del hombre?

— De cualquiera manera, mis doscientos francos son perdidos, replicó él: si desisto de perseguirle, me costará cuarenta libras esterlinas mas, porque es preciso que las propiedades particulares hagan los gastos de la justicia pública; pero esto poco me importa: lo que me inquieta es la suerte futura de ese desgraciado: ha perdido ya su reputacion, y ni aun puede volver á ser hombre honrado aunque quiera, porque no debe esperar volver ya á merecer la confianza: limitarse á salvarle la vida, ¿no es volverle á poner en el camino de cometer nuevos crímenes? No hai mas que un medio de

sacarle del precipicio, y es el de proporcionarle un empleo fuera de Inglaterra.

Y bien, añadió Rebecca, á pesar de todo esto, sabed que el Amo renunció á perseguir á Jos, y que le envió á uno de sus corresponsales en Lisboa; allí se halla aun, y se conduce de una manera que le hace digno de que se olvide su falta.

— ¡Divina indulgencia! ¡hija del cielo! esclamó Teodoro con un trasporte que no le fue posible reprimir: hé aquí la verdadera caridad, dijo despues con un tono mas tranquilo: no basta sacar á un ciego del atolladero, es preciso cuidar de que no vuelva á caer. Pero que el hombre que se

priva á sí mismo casi de lo necesario, que lleva la avaricia hasta el ahorro mezquino de una pluma ó de un pliego de papel, sea capaz de un acto de beneficencia tan grande, tan sublime; esto es apenas creible....!!! y este hombre es un judío!!!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en voz baja: las reflexiones de Teodoro le condujeron á una multitud de otras, todas concernientes al carácter de Shechem: le comparaba con estos hombres que van publicando por todas partes el bien que han hecho; pero estas comparaciones, estando al alcance de todo el mundo, no hai necesidad sino de indicarlas.

En vista de esta anécdota, Teo-

doro no se sorprendió de haber sido encerrado en un cuarto: vale mas prevenir el mal que tener que repararle. Shechem no fue á su casa en todo el dia; y Rebecca, habiendo tomado este tiempo para limpiar la cocina, Teodoro no tuvo otra ocupacion que la de pasear sus sueños desde aquella pieza al escritorio; pues todo el resto de la casa estaba cerrado para él.

Acordándose de que Rebecca le habia encargado sobre todo no entrar en la pieza donde su Amo tenia tu tesoro, no pudo menos de sonreirse á la estraña inconsecuencia de este viejo, que dejaba su tesoro bajo la salvaguardia de una muger, en un momento en que a-

cababa de dar asilo á un hombre, cuyos principios le eran aun desconocidos.

Fueron interrumpidas estas reflexiones por los golpes redoblados que se oian á la puerta; y no atreviéndose á ir á abrir por miedo de ser visto, bajó á la cocina, y suplicó á Rebecca lo hiciese.

«¿Y por qué, le dice ella, no abris vos mismo la puerta á vuestro Amo?»

A esta pregunta inesperada Teodoro no pudo responder otra cosa, sino que estaba convenido no abrir jamas la puerta.

Esta respuesta picó á la buena Rebecca, cuyo carácter no era de los mas dulces. «Mui bueno, dice ella con un tono irritante é ira-

cundo: bien dicen, que cuanto mas indecentes, mas orgullo.»

Esta espresion fue una puñalada para Teodoro: puso la mano sobre su corazon, suspiró y se calló. Un momento despues Shechem le llamó.

«Rebecca te ha tratado con un poco de dureza, le dice: es culpa mia; pero ya he puesto yo órden en esto para lo sucesivo....

Voi á consultarte sobre un asunto que me ocupa en este momento.

Un comerciante, amigo mio, se halla en el mayor compromiso, gracias á las estravagancias de su esposa: sus acreedores le amenazan con el rigor de la ejecucion; sus amigos le niegan su auxilio

mientras viva con su muger. Tú, que eres jóven, la hallarás bonita: su marido está enamorado y lo sacrificaria todo por ella. Tienen dos hijos mui preciosos, que sufrirán malos tratamientos de su padre. Yo no disculparé jamas su debilidad de no haber sabido resistir á los caprichos dispendiosos de su muger; pero no quisiera que estos pobres niños fuesen arrastrados á su ruina. ¿Qué te parece del pensamiento de ayudarle á salir de este quebranto? ¿Será dinero mal empleado? Shechem se calló un momento, esperando una respuesta de Teodoro, cuya sorpresa era mui grande para poder responderle al momento. Tenia los ojos fijos sobre Bensadí, atrevién-

apenas á creer que hubiese un hombre susceptible de tanta generosidad.

Shechem, que no adivinaba los motivos de este silencio, continuó: «No conociendo esta familia, ¡dudas tú acaso que el arrepentimiento de esta muger sea sincero, y que trate seriamente de cambiar de conducta! ¡Tú no la has oido abjurar esas ideas estravagantes que la habian hecho mirar el lujo como una necesidad!

— No, no, esclamó Teodoro; otra es la idea que me ocupa. Es imposible que esa muger, sea la que fuere, no vea las consecuencias ruinosas de su vanidad. Es madre, y el perjuicio que ha causado á sus hijos debe despedazar-

la el corazón. ¡Oh! sí, seguramente, su enmienda no es dudosa. Una economía severa reparará el estrago que ha hecho en la fortuna de su marido, y consolidando el tiempo esas disposiciones virtuosas, este último hallará en el amor de su muger mas felicidad que la que ha tenido hasta el presente. ¡Estos esposos, sus hijos os bendecirán hasta el último suspiro!!!..... ¿Qué mas quereis que os diga?»

Shechem pasó la mano sobre sus ojos, que se habian enternecido. «Tú me has persuadido, dijo á Teodoro. No, sin duda, hacer bien á estos niños nunca será una imprudencia. En este supuesto te encargo entregar esto á su padre.»

Teodoro se estremeció. «Lo que exigís es imposible : yo no puedo dejar vuestra casa : me veo precisado á renunciar el placer de llevar esos socorros al infortunio.»

Shechem hizo tambien un movimiento de sorpresa : habia puesto sobre la mesa un billete de banco de quinientas libras esterlinas, que confiaba á Teodoro sin condicion alguna. Si su designio de permanecer oculto hubiese sido el de librarse del castigo de un delito contra el honor, ¿se hubiera resistido á la ocasion que se le presentaba de apropiarse esta suma? Otra causa era la que producia esta conducta tan misteriosa, y era preciso fuese bien poderosa para impedir á un hombre que acababa

de abogar con tanto calor en favor de los desgraciados, encargarse de una mision que debia colmarlos de alegría; pero no estaba en manos de Shechem el aclarar este misterio, y sus conjeturas no le podian afirmar en nada.

Mientras hacia estas reflexiones, y que por su parte Teodoro habia caido en una profunda meditacion, teniendo uno y otro fijos los ojos sobre el billete de banco que habia quedado sobre la mesa, párase á la puerta un brillante coche, y con golpes redoblados fue anunciado un hombre de distincion. Teodoro tomaba con precipitacion el camino de la cocina, cuando Shechem le indicó con un gesto el escritorio, al mismo tiem-

po que metia el billete de banco en su cartera.

En este momento entró un jóven, y era el lord Pindarn, que sin detencion se recostó en un sofá. «Y bien, viejo pecador, dice, estirándose su corbatin, apostaré á que adivinais el objeto de mi visita: hombre, en verdad que deberiais quitar de este cuarto todos esos antiguos pergaminos, esos mapas, esos contratos, y todos esos trapos tan tristes como los estractos mortuorios.... ¿Para qué sirven los fondos?

—El dinero es mas raro que nunca, responde Shechem: no se encuentra un schelin: el papel á plazos eternos cuanto se quiera; pero por las guineas, ya

no sé de qué color son.

— Bien esperaba yo esa respuesta.... Por lo demas no me importan las guineas si quereis; pues con algunos buenos billetes de banco me daré por contento. ¿No admirais, Shechem, la invencion de esta banca? Gracias á ella, la circulacion de los fondos es de una maravillosa facilidad. Mil libras esterlinas se llevan con la mayor comodidad en una cartera, mientras que cien guineas que me dieseis en metálico embarazarian mucho mis bolsillos.

— ¿Yo daros cien guineas? ¿dónde las habia de hallar? No penseis en eso, Milord: me seria imposible reunir cincuenta.

Vamos, hijo de Jacob.... ¿no

os he dicho que el oro me incomodaba? Tengo una confianza que haceros, mi querido amigo. Una señorita que yo protejo, y que honro infinitamente, está en este momento en la ciudad: le han presentado unos soberbios braceletes de diamantes, y se la han antojado: yo en conciencia no puedo negárselos. Quisiera la vieseis, buen Shechem; pues á pesar de lo duro que es vuestro corazon, se ablandaria: estoi seguro; pues entre nosotros la belleza tiene el don de los milagros. Es una escapada de mis estados, donde, si he de decir verdad, no hai mas que hermosuras y perdices.... Yo decia, pues, que queria regalarla este adorno de braceletes: para esto no necesito mas

que mil libras esterlinas: dádmelas, y quedo corriente solo con esto.

— Seguramente, Milord, os estais chanceando: ¡mil libras esterlinas!!!.... ¿dónde quereis que un miserable como yo pueda hallar una cantidad semejante?

—Vamos, despachémonos, pues necesito esa cantidad, cueste lo que cueste. ¿Quereis dármela? sí ó no. No tengo tiempo para esperar: el viejo Zinacril me la ofrece á sesenta por ciento.

— ¿Sesenta por ciento decis? merece la pena; pero eso no es propio de un hombre honrado.... Vamos, hacedme vuestro billete por quinientas libras esterlinas; yo buscaré prestadas trescientas

para entregaroslas : el dinero es tan raro, que no se encuentra sino á un premio exorbitante.

— ¡Escelente, escelente! ¡honrado y desinteresado israelita! ¿Qué pensais del otro mundo, viejo pecador? ¿Creeis que el amigo Lucifer os olvidará?

¡Ah! Milord, vos y vuestros semejantes le dais tanto que hacer, que no tiene apenas tiempo para pensar en mí.

— ¡Bravo, bravo!!! cuando yo me halle en el consejo secreto de Satanás, no me olvidaré de mi viejo amigo de las Minorías.... Son las cinco, nosotros comemos á las siete, tengo que marcharme. Vamos, una pluma y tinta: me dareis nuevecientas libras esterlinas.

— Eso no puede ser, Milord.... un préstamo tan fuerte me arruinaria, y yo no.... Pero vamos, no hai cosa que yo no haga por vos.... Suscribid á un premio de doscientas libras, y mañana tendreis el dinero.

— Yo no puedo esperar tanto, pues lo necesito en una hora.... tengo que entregar esta noche los braceletes.

— Esperad: me habia olvidado que tengo justamente la cantidad que necesitais, pues la he recibido esta mañana. ¡Qué memoria tan mala la mia!.... Ya no me acordaba.... Voi á buscarlo: haced vuestro billete.»

Un momento despues Shechem sacó al Lord ochocientas libras

esterlinas, y recibió en garantía un billete de mil. Hecha esta operacion, el lord Pindarn subió á su coche, y desapareció.

La admiracion de Teodoro es mas fácil de inferirse que de esplicarse. ¡El bienhechor israelita venia á ser uno de los mas codiciosos usureros! ¡El hombre que un momento antes ofrecia á un negociante desgraciado una suma de quinientas libras esterlinas sin interes, y casi sin ninguna garantía! ¡este mismo hombre exigir un billete de mil por un préstamo de ochocientas!!! ¿Cómo conciliar los principios contradictorios de semejante conducta? Teodoro confundido no sabia qué idea formar, y no habia salido aun de su sor-

presa, cuando le llamó Shechem.

El billete del Lord estaba sobre la mesa: Teodoro le miraba sin decir nada: Shechem fue el primero que tomó la palabra. «Milord apenas advertia que hubiese allí un segundo testigo de sus estravagancias. ¿Qué piensas tú sobre este asunto?

—Yo pienso.... respondió Teodoro;» y se detuvo por no saber si debia decir ó callar su opinion.... yo pienso.... yo no sé qué pensar de un hombre que presta á un interes tan enorme, y que al mismo tiempo prodiga en favor de un desgraciado el doble y mucho mas del provecho que acaba de sacar.

— Esa es mi costumbre: les saco lo supérfluo á los ricos para

distribuirlo entre los necesitados: todo lo que yo recojo de la fortuna del hombre pródigo, es otro tanto de menos en la masa de las sumas empleadas en la ruina de la inocencia, en la opresion de los desgraciados, ó para satisfacer los gustos desarreglados del libertino y la codicia del bribon; en fin, yo hago una especie de justicia distributiva....»

Trataba de continuar, cuando el movimiento que hizo Teodoro llamó su atencion: al decir Shechem las últimas palabras, se habia levantado bruscamente, frotándose las manos una contra otra; la desesperacion estaba pintada en sus ojos; el hombre mas insensible no hubiera podido menos de

enternecerse al ver su agitacion: dió dos vueltas por el cuarto y volvió despues á ocupar su lugar con una tranquilidad aparente, como si no hubiese sucedido nada.

Perdonad, dice á Shechem, este acceso de locura de que no he sido dueño: yo me reprimiré para lo sucesivo.»

Shechem tuvo el aire de creerle, aunque este movimiento le pareció proceder de otra causa que de un acceso de locura. Sin descubrir nada de sus sospechas, se contentó con decir: lo mejor que podemos hacer es volver á nuestros asuntos.

Teodoro pasó el resto del dia en el escritorio, para poner en órden una gran cantidad de letras de

cambio, de contratos y otros papeles importantes: lo que mas le llamó la atencion en las operaciones de que tomó conocimiento, fue la de cierta casa de banco del norte de Inglaterra: las letras de cambio, negociadas por esta casa, estaban descontadas por Shechem, que giraba despues sobre ella por su importe, añadiendo el interes y el tanto de comision. Este papel circulaba así, yendo y viniendo del uno al otro, de manera, que el crédito de esta casa descansaba principalmente sobre los capitales de Shechem.

El trabajo entretenia las penas secretas de Teodoro: cerca de un mes se pasó, durante el que no se distrajo de las operaciones usua-

les del comercio , sino en algunos actos de beneficencia de que Shechem algunas veces era testigo : este por su parte no habia tenido aun ninguna ocasion de penetrar el misterio que le ocultaba la situacion anterior de un hombre , sobre el que no dejaba de formar en algunos momentos estrañas sospechas.

CAPITULO III.

Teodoro acababa de arreglar una cuenta relativa á una venta de pólvora y balas, hecha secretamente en el Canadá á muchos gefes de las colonias indias: se condolia de los horrores de la guerra, de las calamidades que ocasiona, de los errores y de las ilusiones que la provocan: ilusiones desgraciadamente inseparables de la degradada naturaleza del hombre, y que no cesarán sino con él. Entregado enteramente á estas reflexiones melancólicas, se retiró mui temprano á su cuarto.

Aquel retrato adorado habia sido estrechado contra su corazon: habia pronunciado el nombre de *Elisa*, y tristes recuerdos hacian correr sus lágrimas, cuando de repente oyó á lo lejos una música armoniosa y dulce que le sacó de su sueño: hai momentos en que la mas ligera circunstancia hace impresiones profundas: tal era la situacion de Teodoro: la persona que oia cantar, no podia estar sino dentro de casa: era una voz de muger, y le parecia imposible que fuese Rebecca: cediendo á la curiosidad, abrió suavemente su puerta y se avanzó á pasos lentos por un corredor oscuro.

Ya habia pasado los límites que le estaba prohibido penetrar, cuan-

do se detuvo: la música continuaba; pero no distinguia nada: se adelantó algunos pasos mas, hasta que llegó frente por frente de la pieza de donde salia la voz: la puerta habia quedado un poco entreabierta: despues de un momento de silencio, cantó una muger, con una voz dulce y melancólica, acompañándose con el harpa, unos versos, cuyo sentido era con corta diferencia el siguiente:

¡Oh, raza de Israel! tiempo há desprecio del mundo, llegó el término de tu destierro: el universo fue testigo de tu profundo dolor, y lo será de tu felicidad!!! ¡Tierra de nuestros abuelos! tierra donde el incienso y la mirra embalsaman el ai-

re de los perfumes mas dulces y delicados : todos aspiramos á volverte á ver cuanto mas antes : Dios de Jacob, desarma tu brazo y regocíjanos.

«¡Oh, hija mia! dice Shechem (Teodoro reconoció su voz), ¡no veremos nunca la patria de nuestros antiguos!!! Nuestra dispersion en el universo es una prueba permanente del gran poder del Altísimo : imperceptibles en algun modo en el seno de las naciones, constantemente despreciados por ellas, no por eso dejamos de formar un pueblo distinto ; mientras que los babilonios que hicieron esclavos á nuestros padres; los romanos que destruyeron hasta sus fundamentos y el templo de la Ciudad san-

ta, han desaparecido: no existen mas que en la historia.

«¡Ah! yo me acuerdo de que tu madre gustaba mucho de esa cancion que acabas de cantar: la repetia frecuentemente delante de mí estando en Alejandría: la violencia la arrancó de mis brazos, y mi felicidad no ha tenido mas que la existencia pasagera de una flor, que apenas se abre es marchitada por el soplo del contagio.»

Un profundo gemido que se le escapó á Teodoro, hizo salir de repente á Shechem fuera de su cuarto, y se adelantó furioso con un puñal en la mano. «¿Quién es el atrevido, esclamó, que tiene la osadía de quebrantar mis órdenes? muera al momento.»

Teodoro habia dado algunos pasos atras; pero al ver á Shechem se detuvo, y no hizo ningun movimiento para sustraerse á su venganza; estaba apoyado sobre la pared, y tenia el rostro cubierto con las dos manos.

Tan estraña actitud desarmó la cólera de Shechem; este se apresuró á ocultar su puñal, y con una voz mas dulce dice á Teodoro: «¿Por qué tratas de abusar de mis bondades? ¿pretendes sorprender mis secretos cuando tienes sobre los tuyos un velo impenetrable? ¿es la curiosidad, ó es la casualidad la que te trae aquí?»

Teodoro habia tenido el tiempo de mitigar su violenta emocion, y respondió á Shechem, que los en-

cantos de la música que habia oido desde su cuarto, y la singularidad de la aventura le habian llevado involuntariamente al parage donde le habia encontrado.

«Retírate, le dice Shechem, y no volvamos á hablar jamas de lo que acaba de pasar.»

Teodoro obedeció sin replicar una sola palabra.

«Este jóven, dice Shechem, volviendo á entrar en el cuarto de su hija, ha esperimentado seguramente desgracias que han causado el desórden en su espíritu: yo intentaré inútilmente adivinar por qué lo que he dicho ha podido afectarle tanto; pero yo he hecho mui mal en hacerte cantar, pues era imposible que él no te oyese.

—¿Es grande? pregunta Eva: ¿tiene el aire mui triste? tengo curiosidad en saber por qué quiere permanecer oculto; y últimamente, pues que está en la casa, forzoso será que yo le vea un dia ú otro. ¿Qué aire tiene?

— Tiene el aire de un hombre como cualquiera otro, repuso Shechem: yo le creo enamorado; porque si no me equivoco, le hablaba de tu madre, á quien la violencia, le dije, habia arrancado de mis brazos, y noté en él cierta emocion.... vamos, es preciso que haya esperimentado alguna desgracia poco menos semejante: yo he tenido ocasion de hacer algunas observaciones que me confirman en esta idea.

—Si eso fuese, ¿por qué se habia de ocultar? Este jóven, decís, está aquí hace un mes. ¿No ha salido nunca de aquí? ¿no ha recibido ninguna carta? ¿por qué no le habeis preguntado vos cuáles son los motivos de una conducta tan misteriosa?

—Yo no me atrevo á preguntarle. Pero no te haga la curiosidad emprender nada para descubrir sus secretos; porque me ha declarado solemnemente, que el dia en que yo manifestase el deseo de conocerle, me dejaria para siempre.

—Pero yo, que nada he prometido, ¿no podré hacer que se esplique? Me parece que no se ha de negar á satisfacer mi curiosidad.

—Ya te guardarás, hija mia: á

pesar de la firmeza de tu carácter, tienes un corazon sensible. Acaso no veas á este jóven sin peligro de tu libertad: mis temores sobre este punto justifican el retiro en que yo queria tenerte: tú sabes que nuestra religion proscribe toda alianza con los demas pueblos.

—Ya lo sé, respondió Eva, y se le escapó un suspiro de su seno. Pero este jóven.... no le amaré, no, estoi segura.

—¿Cómo puedes estar segura, á menos que tu corazon no se halle ya comprometido? ¿Conocerias tú á un hombre á quien quisieses confiar el cuidado de tu felicidad?

—Yo eso no lo entiendo, dijo Eva sonrojándose: mi intencion es la de no casarme jamas.»

Shechem se sonrió, y despues de haber recomendado de nuevo á su hija que procurase vivir prevenida contra las impresiones que pudiesen turbar su reposo, se retiró á su cuarto, sorprendido mas que nunca de la conducta de Teodoro, sin saber á qué motivos atribuir su singularidad.

Teodoro por su parte se habia vuelto tristemente á su cuarto, lleno de vergüenza de una debilidad que le habia espuesto á sufrir reconvenciones que serian sensibles para él. Sin embargo, Bensadi con mas prudencia hubiera evitado aquello de que tenia que quejarse. El descubrimiento de sus infortunios que la casualidad habia confiado á Teodoro, interesó á es-

te, y picó su curiosidad. Ignoraba por qué accidente Shechem habia perdido su muger: habia hablado de violencia, de una catástrofe funesta: esta pérdida no era el efecto de un acontecimiento natural. El sueño le sorprendió en medio de estas reflexiones sobre las desgracias de su amo y sobre las suyas.

A la mañana siguiente se levantó mui temprano: despues de la aventura del dia anterior tenia alguna repugnancia en volverse á presentar delante de Shechem; pero mientras se esforzaba por vencerla, entró el mismo Shechem en su cuarto.

«Vengo á hablar contigo, le dice: me inspiras nada menos que el afecto de un padre; debes á es-

te sentimiento una cuenta de tus acciones: cesa de tomar por guia una falsa delicadeza: debes tener un poco menos de desconfianza, y estaremos siempre en paz: yo me proponia no dejar se presentase nunca mi hija á tu vista; pero tu indiscrecion y nuestra imprudencia han roto mis medidas en el momento que eran mas necesarias; porque no hace aun veinte y cuatro horas que Eva está en la casa: viene de pasar algunos meses en provincia en casa de uno de nuestros hermanos. Yo confio bastante en tu probidad para creer que tú no formarás á sangre fria el proyecto de seducir á mi hija; pero conozco la debilidad de tu edad: yo sé que dos corazones dispuestos por

inclinacion al amor desean verse, y por esta razon vengo á suplicarte mires lo que haces. Si eres el amigo de Bensadí, no tratarás de agradar á su hija: es jóven, su corazon es sensible; pero nuestra religion impide que jamas pueda ser tuya.»

Teodoro, mientras duraba este discurso, habia tenido los ojos bajos; y luego que Shechem acabó de hablar, alzó la vista, y hé aquí la respuesta que dió con el aire de sinceridad que arrastra la conviccion.

«Despues de haber sido despreciado por aquellos que me debian su afecto y su proteccion, me considero feliz de haber hallado al fin un ser que merece el nombre

de hombre, y de haberle visto sobre todo en un pueblo que se desprecia por los demas.

Sentimientos tan justos y tan nobles como los vuestros, Señor, penetran mi alma inspirándola la mas profunda veneracion!!! Pocos hombres se hubiesen atrevido á sospechar que una Señorita, en posesion de una fortuna inmensa, como lo es la vuestra, podia jamas fijar sus miradas sobre un desgraciado como yo; pero vos habeis conocido que la diferencia de las situaciones es un obstáculo mui débil contra las impresiones del vicio. Vos no temeis abrirme vuestro corazon; me habeis unido á vuestros intereses por los lazos del honor y de la estimacion; yo no

me creo indigno de esta generosa confianza; aseguraros que yo soi dueño de mis pasiones, que mi razon amortigua el fuego de mis deseos, seria engañaros; pero si me aconteciese jamas el hablar á vuestra hija una sola palabra que tenga el aire de anunciarla un proyecto de seduccion, entregadme á la infamia; no sea ya entonces á vuestros ojos sino un vil impostor, y tratadme como á tal. Todos mis esfuerzos serán empleados en conservar las bondades que me dispensais; y en fin, yo haré de suerte, si lo deseais, que jamas me presentaré á miss Eva.

— No, no, esclamó Shechem lleno de admiracion, eso no será: mi hija conoce sus deberes: te ama-

rá como un amigo: desde este momento mira mi casa como la tuya; tú serás para mí lo que fue José para Putifar: sin embargo, añadió riéndose, si yo tuviese una muger, temeria que corriese algun peligro junto á ti.»

Teodoro no pudo menos de reirse, y fue á desayunarse á la cocina, habiéndose resistido á ir con Shechem y con su hija.

«En verdad, le dice Rebecca, que vos sois un jóven bien feliz: ignoro sobre qué estrella habeis nacido: lo que yo sé mui bien es, que otro hubiera tenido que arrepentirse de su desobediencia á las órdenes de nuestro Amo.

— Yo no pensaba desobedecerle; os lo aseguro. Si no quereis

afligirme, no me volvaís á hablar de eso.

— No creais que yo gusto de incomodar á nadie; pero, lo repito, otro hubiese acaso pagado su curiosidad con la vida.

— ¿Cómo es eso?.... En verdad, yo le he visto un puñal en la mano; sin duda no querria mas que meterme miedo.

— Yo no sé con certeza nada; pero ved aqui lo que sucedió al mancebo que teniamos àntes que á vos. Era un jóven de diez y ocho años: se le habia prohibido entrar en el corredor que sabeis: sin hacer caso de esta prohibicion abrió un dia la puerta de la biblioteca: nuestro amo, que estaba dentro ocupado en leer, no le hubo

apenas visto, cuando levantándose furioso, corrió á él con un puñal, que siempre lleva consigo, y le hirió en un brazo. Su cólera se calmó al momento, y se arrepintió de lo que acababa de hacer; pero despues de emplear su mayor cuidado hasta ver curado á este jóven, le proporcionó otra colocacion, y desde entonces no ha habido otro criado en casa más que yo. Como nuestra cocina no me ocupa mucho tiempo, pues que miss Eva compone por sí misma lo que quiere comer, soi yo suficiente para todo, si no es para abrir la puerta: este era el oficio de Jos.»

Teodoro, que comprendió lo que esto significaba, se sonrió:

Rebecca tenia mui frecuentemente esta especie de insinuaciones; pero él no respondia nunca.

Miss Eva, bajando para desayunarse, se admiró un poco de no ver mas que á su padre, porque sus reflexiones sobre la conducta misteriosa de Teodoro habian despertado su curiosidad.

«Yo creia, decia ella, que este jóven debia desayunarse con nosotros. ¿Habeis olvidado acaso el decírselo?

— No, hija mia; pero se ha negado á mi invitacion: la soledad le parece preferible á todo, y será difícil desimpresionarle de esa idea. Por lo demas, yo creo que hace bien en evitar tu presencia; pues un jóven pudiera cor-

rer riesgos inminentes contigo.

—Pero si está ya enamorado, repuso miss Eva sonriéndose, es una buena salvaguardia: lo que pica mas mi curiosidad es su ostinacion en huir de mí: vos deberiais estrecharle á comer con nosotros.

—Convídale tú misma; pero si no me engaño, me parece que vas á encontrarte con un desaire.

—No seré yo de esa opinion, dijo la jóven Miss interiormente.» Perdonémosle ese movimiento de vanidad. Miss Eva tiene dos hermosos ojos negros, llenos de la mas seductora espresion; una fisonomía que respira el candor y la sensibilidad; un talle elegante, menos remarcable por la mages-

tad que por las gracias; toda la frescura de una jóven de diez y ocho años : ved aquí lo bastante con que justificar su confianza en el suceso de la invitacion que ella queria hacer á Teodoro : unid á estas ventajas un carácter de dulzura, fruto del retiro en que ella siempre ha vivido; una propension á la melancolía, movida y alimentada por unos recuerdos dolorosos; porque sin haber aun esperimentado desgracias, tiene frecuentemente ocasion de gemir por las calamidades humanas, de las que su padre se complace frecuentemente en trazarla el cuadro doloroso: le quedan ciertas impresiones que ella recibe, y un aire de reflexion y de amenidad inte-

resante que templa la viveza y la ligereza de su edad. ¿Era imposible que una muger, tal como la pintamos, turbase el reposo de un jóven, menos seguro de sí mismo acaso que lo que él imaginaba? Pero Teodoro en nada se parecia al resto de los hombres.

CAPITULO IV.

Despues del desayuno, Teodoro se retiró al despacho, donde resolvió confinarse cuanto pudiese, no porque creyese tener que temer por su reposo estando cerca de la hija de su bienhechor; pero hubiera tenido un gran pesar en causar la mas ligera inquietud á su buen padre. Sin embargo, conoció que no siempre podria evitarlo.

Miss Eva por su parte no tenia para verle sino el simple deseo de la curiosidad: era natural que quisiese conocer un persona-

ge tan singular, y al mismo tiempo tan interesante; porque su padre nada la habia ocultado, ni el servicio que le habia hecho, ni la nobleza de los sentimientos que él habia manifestado despues. El tenia, sin duda, en el fondo de su corazon alguna cosa que daba un grado mas á su curiosidad; pero este es un secreto solo para ella, y esperaremos á que por sí misma le descubra.

Apenas Eva se desayunó, halló un pretesto de bajar á la cocina. Teodoro no estaba ya: preguntó con un tono de indiferencia á Rebecca, si este jóven parecia de un buen natural en vista de tenerle por insociable.

«Tiene el aire bastante bueno,

Miss, respondió Rebecca; pero no habla apenas: yo imagino que hablaria mas si yo fuese mas jóven.»

Miss Eva se sonrió, y continuó sus preguntas. ¿Es grande?

— No, Miss; no tiene lo que se llama grande estatura; pero es regular, y tal como es.... Por lo demas es un jóven de carácter y valor sin afectacion.

— ¿Pues cómo lo sabeis?

— Yo os diré, Miss, porque suele algunas veces que estoi de prisa limpiar algun cuchillo; pero nunca puedo lograr que vaya á abrir la puerta.

— ¡Limpiar los cuchillos y abrir la puerta! dice miss Eva incomodada. En verdad, Rebecca,

que esa es obligacion vuestra y no suya de ninguna manera. Estoi segura de que papá se incomodaria si llegase á entenderlo.... Pero ¿de qué color son sus cabellos?»

Rebecca, que esperaba aprobase miss Eva sus quejas, no quedó mui satisfecha de esta respuesta, y la contestó con bastante aspereza, que ella tenia otras cosas mas significantes que hacer que divertirse en examinar los cabellos de un jóven.

Miss Eva no hizo mas preguntas; y oyendo á su padre abajo, fue en su busca con la esperanza de hallar allí á Teodoro; pero estaba en el escritorio ocupado en los negocios; de manera que se volvió á su cuarto sin haberle vis-

to, mas esperando satisfacer su curiosidad á la hora de comer. ¡Qué estraño instinto el que conduce á descubrir todo lo que se nos oculta, y á hacer todo lo que se nos prohibe! Mas de una vez el misterio á que se recurre para prevenir un mal, no ha servido sino para provocarle y aumentarle. Seguramente era mui sencillo que un jóven fuese el empleado del padre de miss Eva; pues entonces ¿de dónde procedia el ardiente deseo de verle? Unicamente porque habia sido introducido en la casa con una apariencia de misterio.

Shechem no volvió á comer: miss Eva no podia invitar á Teodoro con decencia, como se lo habia propuesto; y este retardo hizo

mas viva su impaciencia: despues de comer se ocuparon de la música, esperando que acaso cederia una segunda vez al deseo de oirle desde mas cerca.

Eran las seis de la tarde cuando Shechem volvió: Teodoro estaba aun en el escritorio. «He estado á ver á M. Z.... le dice cerrando unos papeles: tú sabrás con placer que es mas feliz que nunca: su muger, tan aturdida, tan loca, tan ligera, ha reñido para siempre con este mundo imprudente y vano, que prostituye su admiracion á la prodigalidad, al mismo tiempo que ridiculiza la economía: sabe que una madre tiene obligaciones que cumplir; y como está unida á sus hijos tanto

como á su marido, ha dejado á este el cuidado de arreglar sus gastos, para no volver á estar espuesta á los antojos ruinosos que tan amargamente se arrepiente haber seguido. El marido por su parte tiene con ella las mas tiernas consideraciones. Su comercio promete volver á estar floreciente, y se entrega á él con mucho mas celo por la dulce satisfaccion de trabajar por la felicidad de su muger y de sus hijos; y lo que no me agrada menos es, que bien pronto se verá en estado de reintegrarme mis empréstitos.

— Segun eso, dice Teodoro con viveza, ¿aun se hace bien sobre la tierra? ¿la beneficencia individual suple á la justicia pública, y sirve

de contrapeso á la masa de las calamidades públicas? Señor, continuó él volviendo al asunto que le ocupaba en este momento, ¿cuántos fardos de algodon sacais del almacen de Goomand y compañía? ¿Bastará esa cantidad?

—Déjate.... veamos.... sí.... basta.... Pero escucha, Teodoro: estoi tan contento del dia de suerte que he tenido, que quiero dejar dormir todos los asuntos hasta mañana. Dejémoslo todo á un lado, y tú no me vengas con tu falsa cortedad; pues vas á tomar el the con mi hija. Yo por mí me pasaria sin esas cosas, que miro como supérfluas; pero no hai como tener hijas para hacer gastos inútiles.»

Teodoro se sonrió, y alegrándose interiormente con lo que acababa de oir, aceptó la invitacion.

«Vamos, voi á precederte, dijo Shechem saliendo del escritorio; y Teodoro le siguió.

«Te traigo una visita, dijo á miss Eva entrando en su cuarto: recibe á este jóven como un amigo de tu padre.»

Miss Eva, al ver á Teodoro, se puso pálida y sonrosada casi á un mismo tiempo: todos sus esfuerzos para disimular su agitacion, no sirvieron sino para hacerla traicion, y se vió obligada á sentarse.

Su emocion no podia ocultarse á las miradas inquietas de Ben-

sadí: echó sobre Teodoro una mirada sombría que espresaba una sospecha; pero viendo que este conservaba un aire sereno, y que no habia la mas ligera alteracion en su semblante, imaginó que la turbacion de su hija era solo un efecto natural en ella á la vista de un hombre que se ofrecia á sus ojos por la primera vez. En esta ocasion fue inducido á error por la presencia de espíritu de Teodoro, que no se habia sorprendido menos que miss Eva, pero que habia sabido reprimirse mas. Sin embargo, no era tan dueño de sí mismo, que no tuviese en su voz y en sus maneras cierto embarazo que el de miss Eva contribuia á aumentar. Shechem discurria en va-

no el medio de adivinar la causa: todo lo que veia mas claro es que estaba bien lejos del placer que se habia prometido tener en esta reunion: miraba alternativamente al jóven y á su hija; y cuanto mas los consideraba, mas creia conocer las simpatías y los síntomas de una secreta inteligencia entre ellos, sin poder sin embargo imaginar de qué manera se habia formado. Poco faltó para mirar á Teodoro como á un pícaro, y arrepentirse de haberle amparado en su casa.

Miss Eva, que se habia esforzado para volver á tomar un poco de valor, procuraba hacer que Teodoro la mirase; mas este, al contrario, hacia por evitarlo, abs-

teniéndose hasta de aquellas miradas y atenciones que el uso mismo autoriza, para no inquietar á Shechem. Luego que tomó el the, hizo presente su sentimiento de no poder estar mas tiempo, por tener que despachar algunas letras importantes, y se marchó.

«Eva, la dijo luego que se quedaron solos: ¡hija mia! ¿en qué consiste que la vista de Teodoro te ha causado tanta turbacion? Confíame los secretos de tu corazon. ¿Podré yo creer que tu firmeza se desvanezca al primer encuentro? ¿Has visto á este jóven antes de ahora?»

El tono de sensibilidad y de ternura que acompañaba á estas preguntas, hizo prorumpir á miss

Eva en lágrimas, y su respuesta se redujo á echarse en los brazos de su padre: este conocia que la costaba mucho trabajo el esplicarse. «¡Cómo! la dice: ¿no puedo yo merecer tu confianza? Ese secreto que guardas, ¿dónde puedes depositarlo con mas seguridad que en el seno de un padre que siempre ha sido y será tu mejor amigo?»

No le fue posible á miss Eva resistirse á tan tiernas instancias; enjugó sus lágrimas, y el deseo de responder á los deseos de tan buen padre, triunfó de su timidez, y renunciando á una reserva de que tenia derecho de ofenderse, le habló en estos términos:

«He hecho mal, padre mio, lo

confieso, en haberos hecho misterio hasta hoi de un acontecimiento que me ha proporcionado conocer á Teodoro. La singularidad de su conducta es una de las causas que me han obligado á callar; pero yo no he podido recibirle tan cerca de mí en el momento en que menos lo esperaba, sin verme vivamente enmudecida; y cuando sepais lo mucho que le debo, espero me juzgareis digna de disimulo: os confesaré tambien, que despues de lo que os he oido decir sobre las cualidades de Teodoro, me ha venido á la idea rápidamente el concepto de que acaso seria aquel que ha merecido con tan justo título mi amistad y estimacion.»

Miss Eva se detuvo: Shechem,

mas y mas sorprendido, la dió un beso en la frente y la estrechó á que continuase.

«Mientras que yo me hallaba en casa de Zandivers, un hombre rico se enamoró ó fingió enamorarse de mí: yo creo que si me hubiese amado de veras, no se habria ostinado en perseguirme, segun el modo con que acogí sus pretensiones, pues le dije que no me era indiferente; pero no me detuve en declararle, que no obstante su mérito, la religion ponia un ostáculo insuperable á nuestra union, y que él debia limitar sus sentimientos con respecto á mí á la estimacion nada mas, si deseaba complacerme.

«Me pareció que desistia de su

empeño, y desde este momento sus visitas fueron menos frecuentes: ya no se le vió mas en casa del caballero Zandivers, y corrió la voz de que habia dejado el pais, cuya noticia acabó de tranquilizarme; y libre ya de este recelo, me paseaba frecuentemente sin pensar en hallarle. Un dia, cierta jóven, á quien yo conocia ligeramente, me obligó á dar algunas vueltas en un pequeño monte, situado cerca de la ciudad: era casi de noche y aun nos hallábamos en el mismo lugar: yo me encontré sin advertirlo en la parte mas lejana del monte: mi compañera se detuvo un poco de repente, bajándose para coger flores, y se puso á murmullar una cancion de mo-

da : reflexionando despues, me convencí de que esto era una señal convenida con el odioso Romer (este es el nombre del que aspiraba á mi mano): en efecto, se presentó de repente; dí un grito penetrante pidiendo socorro, y me puse á correr con todas mis fuerzas; pero habiéndose agarrado mi vestido de los zarzales, me faltó el equilibrio y me recibió en sus brazos.

«No me acuerdo ya de lo que entonces me dijo: la jóven se habia escapado, y no me quedaba ya mas que mi espíritu para resistir á la violencia: pensé de repente que si podia evitar el caer, escaparia del mas horroroso de los atentados: me lancé hácia un arbo-

lillo, abrazándole con tanta fuerza, que Romer no pudo lograr le soltase: súplicas, amenazas, insultos, todos cuantos medios empleó fueron inútiles: yo le dije que era dueño de mi vida; pero que me defenderia hasta la muerte contra sus violencias. Furioso de mi resistencia, llamó á sus criados, jurando que iba á mandar arrancasen el árbol, y que yo seria conducida á un parage donde todos mis esfuerzos serian inútiles.

«En el mismo instante, antes de llegar los criados, se presentó un jóven: era Teodoro, que apresurándose á correr por entre la maleza del bosque, se habia arañado las manos, el rostro y rasgádose los vestidos: sus miradas lanzaban

el fuego de la indignacion: su fisonomía tenia una espresion mas que humana: era la virtuosa cólera del hombre de bien, que se abrasa por vengar el honor ultrajado: no habló, pero solo de un golpe tendió á Romer á sus pies.

«Señora, me dice, este mónstruo ha perdido el poder de haceros daño: calmad vuestros temores, yo no os dejaré interin no esteis en seguridad.

«La fuerza que me habia sostenido hasta entonces, me abandonó; lejos de hallarme en estado de demostrarle mi reconocimiento, me era imposible dar un paso, y me costaba trabajo impedir el no caer.

«Siento, me dijo, veros enmu-

decida: vuestra palidez és estrema: ¿deseais que yo os ayude á marchar? Es esencial que salgamos de aquí antes que lleguen los criados.

«Me tomó en sus brazos, continuó miss Eva poniéndose encendida, y bajando los ojos: yo no podia andar; el temor de que los criados no llegasen, el de que Romer no fuese muerto, y que mi generoso libertador no viese su seguridad comprometida por haberme socorrido, todo esto me hizo perder las pocas fuerzas que me quedaban; me desvanecí en sus brazos.»

Miss Eva se detuvo un momento: lágrimas se veian derramar al sensible Shechem, que se sintió

demasiado afectado para poder interrumpir á su hija.

«Cuando yo recobré mis sentidos, brillaba la luna al través de los árboles; se respiraba un aire fresco que acabó de calmar la turbacion de mis sentidos: siempre en los brazos de mi libertador, sentí caer sus lágrimas sobre mi rostro: de cuando en cuando le oia decir á media voz: ¿oh, Elisa, dónde estás? ¡qué colmo de infortunios!

— ¡Ah, hija mia! esclamó Shechem casi fuera de sí, ¡por qué no estaba yo allí para salvarte!!! ¡Oh, jóven amable, jóven virtuoso!.... Prosigue, prosigue te suplico.

— Yo me esforcé á darle gracias lo mejor que pude por el servicio

que me habia hecho; pero ¿qué reconocimiento habia de demostrar á un hombre que tiene el aire de huir de ellas? En vano yo le supliqué que entrase en casa de Mr. Zandivers para recibir las gracias de mis amigos. — Estoi ampliamente recompensado, me dijo: he arrancado al ultrage la inocencia y la virtud : puede ser que yo haya conservado á alguno toda la felicidad que el hombre puede gustar sobre la tierra: en este momento estoi en peligro de ser descubierto; seria un imprudente si permaneciese mas tiempo en este sitio : á Dios, Señora, plegue á Dios que en lo sucesivo no tengais mas necesidad de semejantes socorros.»

«Todas mis instancias para detenerle fueron inútiles; y se marchó, dejándome una impresion que no se borrará jamas: sus temores sobre el peligro que corria, los atribuia yo á la idea de la muerte de Romer; pero el golpe que este hombre infame habia recibido, no habia hecho sino aturdirle; y desde la mañana siguiente volvió á presentarse al público, ofreciendo una recompensa al que prendiese al pícaro, que segun decia, habia tratado de robarle el dia anterior.

— Pero ¿y Teodoro? esclamó Shechem: háblame de Teodoro.

— ¡Ah! repuso miss Eva, por mi parte poco me resta que decir; pero todo esto es aun en fa-

vor suyo: mis amigos fueron de opinion de no hablar de la violencia que habia intentado Romer, á menos que la seguridad del incógnito, que me habia socorrido, no nos obligase á tomar públicamente su defensa. Confieso que yo formé secretamente deseos de que le prendiesen, para poderle hacer la justicia que merecia, y cubrir al mismo tiempo de vergüenza á su infame enemigo. A mas de esto, era una ocasion de probarle mi reconocimiento y recomendarle á vuestra estimacion. Mis deseos, y los ofrecimientos de Romer quedaron igualmente sin suceso; no se le descubrió: no hubo mas que un paisano que declaró haberle visto andar y ocultarse mas de una vez

en la espesura del bosque; añadiendo, que durante dos noches seguidas le habia visto sentado á la orilla de un arroyuelo, comiendo pan duro y algunas frutas: esta relacion me hacia acordar de lo que él me habia dicho sobre el peligro á que estaba espuesto: yo concluí diciendo que habia tenido motivos de estar oculto antes del dia en que me habia socorrido; pero no pude jamas resolverme á sospechar que fuese culpable de ningun crímen. Muchas semanas se pasaron, y yo habia perdido la esperanza de volverle á ver, cuando un dia el caballero Zandivers y sus hijas me llevaron á casa de un tal Landorn, juez de paz del canton, que vivia á unas veinte

millas de distancia, y debiamos pasar tres ó cuatro dias en su casa.

«A la mañana siguiente de nuestra llegada supimos que se acababa de prender en el camino un jóven, acusado de haber dado en pago un billete de banca evidentemente falso; pues el fondista que le habia recibido, tenia uno de igual cantidad con el mismo número.

«Este era un asunto interesante y mui á propósito para picar la curiosidad: seguimos al caballero Landorn á la sala de audiencia, donde estaba ya el jóven en medio de un cierto número de personas, negociantes y otros, que le creian culpable, y le juzgaban entre todos: figuraos cuál seria mi

emocion y mi sorpresa, cuando reconocí en el acusado á mi libertador.

«Me costó mucho trabajo el conservar espíritu para permanecer en la sala, aunque su inocencia no parecia dudosa; yo temblaba que le juzgasen culpable: en cuanto á él, tenia el aire tranquilo y resignado: se observaba en su continencia una dignidad natural que parecia indicar la injusticia de la imputacion que se le habia hecho; pero sin aquella arrogante desvergüenza del culpable avezado al crímen.

«El fondista y su criado eran los principales acusadores: el uno dijo que tenia un billete de banca enteramente semejante al que ha-

bia sido presentado por el jóven: el otro que habia recibido el billete falso de manos de este último, que se habia ostinado en indicar su nombre, el lugar de su residencia ó lo que hacia; y que á mas de esto habia intentado marcharse: otros testigos confirmaron esta última declaracion que pareció de las mas convincentes, y de la que yo misma hice el mismo juicio en daño del incógnito. El señor Landorn, despues de haber oido á todos los testigos, se levantó, y dirigiéndose al preso,

«Pues, señor, le dijo, ya veis que se os imputa un crímen que nuestras leyes consideran con razon como uno de los mas graves, pues que se dirige á la ruina del

comercio, en el que se funda la prosperidad de nuestra isla : se os acusa de una resistencia que nunca es permitida contra la lei: vuestro silencio no depone menos contra vuestra inocencia : los deberes de mi destino me obligan á mandaros conducir á una prision hasta que vuestro proceso se haya instruido, y que la imparcialidad del tribunal haya pronunciado sobre vuestra suerte : si teneis alguna cosa que decir que pueda destruir las deposiciones que resultan contra vos, hablad sin temor : mi deber es igualmente el de oiros.»

«El señor Landorn se sentó despues de este discurso : todos se fijaron al instante en Teodoro, que empezó á saludar al Juez, y des-

pues á la asamblea. Habiendo esperado que reinase el mayor silencio en la sala, pronunció el discurso siguiente, al que presté mis oidos con un interes que le ha grabado en mi memoria.

«La invitacion que me haceis para que hable en mi defensa, la considero, señor, como uno de los mas bellos derechos de los ingleses, y yo procuraré no abusar de ella. Veo que mi intencion de permanecer oculto, os ha inspirado una prevencion que me es poco favorable: convengo en que esta prevencion es natural; ¿pero no es igualmente natural que un hombre procure sustraerse de una situacion, en la que conoce no puede evidenciarse su inocencia, cuan-

do no sea mas que por esponerle públicamente á vergonzosas sospechas? Aunque esta consideracion pudiese ser suficiente á justificar mi proyecto de fuga, confesaré, que circunstancias desgraciadas que han afligido demasiado á mi familia y destruido mi fortuna, me han hecho desear, con preferencia á todo lo demas, el permanecer incógnito. Seguramente, señor, un hombre, sin dejar de ser inocente, puede hallarse en una posicion tan delicada, que seria una barbaridad exigirle la revelacion de su secreto; tal es la mia, y me atrevo á esperar que no se me negará la indulgencia que reclamo sobre este punto, aunque no sea rigorosamente legal.

«Estoi convencido, señor, tanto como vos podeis estarlo, de que el crímen de falsificacion es un crímen de los mas graves, y que no es sino mui justa y necesaria la lei que impone á este delito la pena de muerte. Pero el papel nacional, siendo tan esencial á la prosperidad de nuestro comercio, ¿no se deberia procurar hacer de manera que fuese imposible su falsificacion, para alejar del miserable una tentacion tan peligrosa? A lo menos, ¿por qué su autenticidad no tiene señales sensibles para el menos astuto de los hombres? ¿Cómo se reconocerá un billete de banca diestramente imitado? ¿De qué manera el hombre leal se librará del fraude? ¿Cuál será la de-

fensa de un acusado (tal como yo), que sin pensarlo llegue á ser poseedor de un billete que se pretende ser falso, y que la circulacion ha hecho entrar en su cartera? ¿Se tratará de monedero falso á un individuo á quien se le halle una moneda que lo es, por no poder decir quién se lo ha dado? No, sin duda, se me responderá. ¿Por qué, pues, no se hace lo mismo con el que tiene un billete de banca contrahecho? El caso es absolutamente semejante; y todo lo que se puede decir es, que la pérdida que hai que esperimentar en tal caso, recae sobre el poseedor de la moneda ó del billete falso desde el momento que se conoce. No se me puede por este concepto

reconvenir de haber determinado la fuga abandonando el billete que consentia ya en perder. Sí; yo lo declaro en la conviccion de mi alma: la condena de un hombre en la situacion en que yo me hallo, se dirige mas á desacreditar los billetes de banca; y esto no lo haria el que pusiese en circulacion medio millon de falsos. Suponiendo que se me juzgue culpable: ¿cuál será el individuo que no se niegue en adelante á recibirlos, no siendo de aquellas personas á quienes pueda volverlos en caso de resultar defectuosos? ¿Quién se atreverá á guardarlos, teniendo á la vista el riesgo de pasar por falsario, y de cargarse, sin saberlo, del objeto que debe servir para su perdi-

cion? Los billetes de banca no serán, pues, sino una especie de billetes de confianza, únicamente en circulacion entre los hombres que se conozcan bien, para responder los unos á los otros.

«Llegamos ahora precisamente al punto de la cuestion: aunque esté probado que mi acusador tiene dos billetes semejantes, falta saber cuál de estos dos es el falso. Pido, pues, que se exhiban y reconozcan el uno y el otro antes de toda discusion ulterior.»

«No habia persona entre todas las que estaban presentes, que despues de oir este discurso, no creyese á Teodoro inocente: todos hablaban altamente en su favor, y querian ver de cerca al que acaba-

ba de proferir tantas verdades evidentes. Llevaron los dos billetes, y al primer golpe de vista parecian exactamente semejantes; pero despues de un minucioso exámen, el que pertenecia al fondista, fue hallado defectuoso. Teodoro levantó la mano para volver á tomar la palabra, y despues se quedó en el mas profundo silencio.

«¿Cómo proceder al presente? decia. Este fondista ha recibido sin duda este billete en pago: á la verdad, no habiéndolo ofrecido á nadie, no puede ser perseguido. Pero aunque sea conocido de todos, ¿no está tambien espuesto á las sospechas que me han hecho comparecer á mí ante los tribuna-

les; pues que no puede decir de dónde le viene este billete? No me resta sino llorar los defectos de la lei, que arrastrándome á una situacion tan desagradable como peligrosa, me ha espuesto á la infamia y á la muerte como un enemigo de mi patria. Mi billete puede ser falso, como tambien el del fondista; pero la casualidad sola es la que á mí me ha salvado. Así pues, señor, continuó dirigiéndose al Juez de paz, yo os doi las debidas gracias por el interes que habeis tenido la bondad de tomar, mostrándoos digno de las augustas funciones de vuestro ministerio. Hai por desgracia muchos, que por ignorancia ó por malicia tienen á menos, se desdeñan de res-

petar la desgracia, y abusan bien cruelmente del depósito sagrado que la lei les confia.»

«Todo el concurso aplaudió con palmadas cuanto habia dicho, cuando cesó de hablar: el fondista se acercó á él para pedirle perdon, declarando que le miraba como al mas honrado de los hombres, y diciéndole que seria recibido en su casa como un amigo siempre que quisiese ir á ella. En fin, todo el mundo estaba encantado, y tenia un placer en felicitarle.

«Su triunfo era otro triunfo para mí, y lo creereis fácilmente. Yo estaba segura de su inocencia, me decia interiormente: un hombre como él no podia ser un malvado. Dije al caballero Zandivers,

que era mi libertador, y le supliqué le hiciese quedar con nosotros algunos dias; pero ni él ni el señor Landorn, que unió sus instancias á las suyas, pudieron hacerle detener ni aun á comer: puso por pretesto algunos negocios urgentes que no permitian la menor dilacion, y se marchó.

«Pero, señor, le dice el caballero Zandivers, yo quisiera al menos demostraros hasta qué punto nos habeis obligado, librando de un gran peligro á una persona de nuestra familia. En su nombre, así como en el mio, os suplico nos acompañeis esta noche.»

«Teodoro, que me vió entonces, me saludó, y volviéndose despues al caballero Zandivers.—

Cesad, señor, os suplico, de estrecharme mas; ya estoi bien penetrado de vuestra generosidad y buena acogida; pero os pido la grácia, y será el mayor servicio que podeis hacerme, si hemos de volver á encontrarnos, de que olvideis haberme visto jamas, y que no volvais á hacer memoria de mí. — Se retiró sin esperar respuesta, y no he vuelto á verle hasta hoi.

— Hija mią, dice entonces Shechem, tú me has revelado una accion que le ensalza en mi estimacion sobre todos los demas hombres. ¡Qué lástima que no sea de nuestra religion! pero podemos hacer un amigo: yo quiero que tú le estimes como un hermano.»

Miss Eva no pudo reprimir un

suspiro que se le escapó oyendo hablar así á su padre; pero no tenia valor ni voluntad acaso para confiarle todo lo que pasaba dentro de su corazon.

«Es preciso que yo vaya á buscar á tu generoso libertador, continuó Shechem, y darle gracias al menos de un servicio que no está en mi mano recompensar.»

No hallando á Teodoro en el escritorio, se fue á su cuarto, y entró sin llamar.

Teodoro estaba apoyado de codos sobre la ventana, teniendo delante el retrato adorado, sobre el que estaban fijos sus ojos arrasados de lágrimas. Al ruido que hizo Shechem al entrar, ocultó apresuradamente el retrato en su

seno, y la costumbre que tenia de disimular los afectos de su alma, le hizo tomar una continencia tranquila.

«Yo no dudo, señor, dice á Bensadí, que vuestra hija no os haya hablado del pequeño servicio que he tenido la dicha de hacerla, y que, segun temo, ha preparado á su corazon para impresiones mas vivas que las del simple reconocimiento. Yo he tenido demasiadas ocasiones de seguir los movimientos de las pasiones humanas, para no reconocerlas en los síntomas que podrán escaparse solo á una vista menos esperimentada. Yo espero, señor, que no imputareis mis sospechas á una vanidad ridícula; pero aun cuando

la diferencia de religion no pusiese entre nosotros una barrera insuperable, hai otro ostáculo que me impide pensar el poder unir jamas mi suerte á la suya. La religion y la fatalidad no permiten seamos el uno para el otro; y yo pienso que debo huir, tanto por mi tranquilidad como por la de miss Eva.

— No, no, hijo mio, dice Shechem; nosotros estaremos unidos por los lazos de una santa amistad. No abandones un padre que tiene necesidad de ti para consuelo de su senectud, y que no teme confiarte lo mas precioso de sus tesoros, la proteccion de su propia hija. Yo he sufrido mucho, hijo mio, y por lo tanto sé respetar

la desgracia: la tuya será sagrada para mí. ¿Serás tú bastante infortunado para ser insensible á los encantos de una amistad dulce y pura? Desde este momento eres independiente y dueño de tus acciones: todo lo que yo te pido es que no nos dejes.»

Teodoro no sabia qué responder á los testimonios de un afecto tan fielmente espresados. Sus miradas fueron los únicos intérpretes de su reconocimiento y deferencia á los deseos de Shechem. Este le dejó para ir al cuarto de su hija, á la que se guardó mui bien de comunicar las sospechas de Teodoro, deseando al contrario desviarla de todo lo que pudiera ocasionar esplicaciones que él temia.

CAPITULO V.

Miss Eva habia conocido la necesidad de resignarse, y sus reflexiones, sostenidas por el orgullo de su sexo, la habian determinado á guardar el silencio sobre los sentimientos que la inspiraba Teodoro. Contenta de tenerle á su lado, se esforzaba á no verle sino como un hermano; pero tenia por este hermano todas las atenciones mas delicadas de una muger sensible por un amante adorado: los versos que él habia oido, se complacia Eva en cantarlos des-

de la mañana á la noche. En mil pequeños favores que podia hacerle sin inconvenientes, empleaba tal presteza, tal interes, que indicaba lo bastante, á pesar que el principio no era sino mui aparente. Pero aunque estuviesen frecuentemente juntos, aunque tuviesen mui á menudo sus conversaciones particulares, nunca se le escapaba á Teodoro una palabra que pudiese indicar un sentimiento mas vivo que el de la amistad. Evitaba en fin las ocasiones en que podia estar solo con ella, aunque su compañía le fuese tan agradable, no pudiendo ser indiferente á los encantos irresistibles de la sociedad de una muger amable.

«Es preciso, le dice una noche

Shechem, que yo te imponga en el secreto de ciertas operaciones que me producen grandes beneficios, y que al mismo tiempo sirven á la subsistencia de un buen número de familias pobres, que sin esto perecieran de miseria. Yo sé que tú no gustas de salir; pero á favor de la noche nada tienes que temer.»

Despues de haber vacilado un poco, Teodoro aceptó la invitacion, y siguió á su amigo en una calle estrecha que salia á Rosemary-Lane (1). Entraron en un patio donde habia una casa espacio-

---

(1) Cuartel de Lóndres habitado por los mas pobres de los judíos.

sa, pero cuyo aspecto anunciaba la indigencia de los que la habitaban. Era la mansion de unos miserables judíos hacinados y revueltos en unas cuevas tristes y oscuras, propias solo á servir de retiro á los mas viles animales, mas bien que de habitacion de hombres. Esta multitud cubierta de andrajos, el olor infectado que exhalaba este asilo de la mas horrorosa miseria, la diversidad de lenguas y gerigonzas que á la vez se escuchaban, produjeron tal impresion en Teodoro, que su primer movimiento fue retroceder de sorpresa y con cierta especie de espanto. Shechem entró en un cuarto grande, oscurecido por el humo de muchas lámparas de cobre, y fue á

colocarse en un gran sillon á uno de los estremos delante de una mesa de pino, á cuyo lado se sentó Teodoro: un momento despues un centenar de hombres y mugeres vinieron á sentarse en unos bancos que habia al rededor de la sala. Teodoro al verlos creyó que era una banda de ladrones, reunidos para concertar sus empresas contra las propiedades, ó conspiradores nocturnos que van á meditar proscripciones y jurar el trastorno del Estado. Sus caras bronceadas y descarnadas, su fisonomía sospechosa, sus vestidos destrozados y sucios, el aspecto lúgubre del sitio, todo parecia anunciar una asociacion de pícaros; pero estas reflexiones de Teodoro

dieron bien pronto lugar á sentimientos de otra especie.

Dos ancianos se paseaban de un estremo al otro de la sala, encargados de mantener el órden y el silencio: adelantóse otro y puso una bolsa sobre la mesa, lo que por el momento hizo congeturar á Teodoro que sus sospechas podian ser fundadas.

«Yo te he prestado, dijo el judío á Shechem, una suma de dinero que el comercio me permite darte con interes. ¡Puedan todos los hijos de Jacob prosperar como yo!»

Shechem tomó la bolsa sonriéndose, la desocupó, y contó la suma, mientras que una especie de empleado tomaba nota en un gran registro.

Presentóse otro judío que pidió el empréstito de una suma, indicando el uso que se proponia hacer de ella, y le fue contada inmediatamente: otros muchos hicieron reintegros ó pedidos.

Despues vino uno á quien se confiaba cierta cantidad por mes, para hacer el comercio y sostener su familia, bajo la condicion de entregar á Shechem una porcion de sus beneficios hasta hallarse en estado de reintegrar el préstamo que le habia hecho. De este número son todos los judíos que vemos conduciendo géneros por las calles.

En fin, llegó el turno á la clase mas pobre, así como á un gran número de jóvenes de ambos se-

xos, á quienes no se confiaba dinero, pero que recibian diariamente una cierta cantidad de géneros, de los que daban cuenta todas las noches, haciendo igualmente la entrega de una parte de sus ganancias. De aquí es de donde Teodoro infirió que habia un almacen en la casa, y que Shechem habia formado una institucion preciosa, digna de ser imitada.

Es bien estraño, decia él entre sí, que unas acciones tan nobles no sean conocidas, cuando las fastuosas é insignificantes limosnas por suscricion son elogiadas y exageradas hasta en las cocinas de las tabernas. Estos son actos de caridad útiles, reproducidos sin cesar por un fondo ina-

gotable. ¿No valdria mas adoptar el principio de este establecimiento, y suministrar medios de fomentar y alentar la industria, que suscribir para sostener la ociosidad? En un tiempo de escasez, el medio de atraer la abundancia no está en prodigar en pura pérdida los capitales de que se puede disponer. Si las suscriciones tan en uso en Inglaterra tuviesen un objeto útil, ó por ejemplo, se empleasen en premios para retener en lo interior, donde se necesita, las mercancías que se envian fuera, sobre todo cuando el precio de la venta es tan ventajoso en el reino como en el estrangero, no hai ciertamente un hombre de talento que quisiera correr los ries-

gos de la esportacion. Aunque la venta se hiciese á un precio inferior, la ventaja no seria por eso menos igual, pues que no habria fletes que pagar; entonces no se esperimentaria la escasez. La multiplicacion de brazos ociosos agota la fuente de las producciones de todas clases. Que el anciano, el hombre enfermo ó débil sea socorrido y dispensado del trabajo, es mui justo; pero si se forzase á él al vagamundo ó al ocioso, la sociedad hallaria en esto mas ventajas que las que tiene en hacerlos ahorcar, deportar, ó en favorecer sus vicios con perniciosas suscriciones.»

Convengamos en que estas reflexiones de Teodoro, tan justas

como son, tienen un poco de entusiasmo. ¿Quién es aquel que sacrificará una guinea sin producirle provecho ni placer? ¿Y qué placer resulta de aliviar secretamente la indigencia industriosa y honrada? Una limosna por suscricion tiene sin duda otro aliciente para el amor propio: se disfruta la satisfaccion de ver su nombre consignado en los papeles públicos á el lado de las personas de título y de las mugeres á la moda. ¿Hai un medio mas poderoso para despertar la generosidad?

En menos de dos horas Shechem concluyó sus negocios con sus compatriotas, y volvió á su casa acompañado de Teodoro. Miss

Eva los recibió con una sonrisa, y los invitó á una parca comida dispuesta y sazonada por ella. Despues cantó un romance de los mas tiernos, con una espresion que no podia escapársele al jóven Teodoro, quien se retiró á su cuarto lo mas pronto que le fue posible: la ocupacion es el paliativo mas eficaz para las aflicciones del alma: las penas de que secretamente estaba devorado, parecia se amortiguaban por el trabajo; y á mas de esto, hallaba en ello un pretesto para evitar el ver á la hermosa hija de Shechem cuando este último estaba ausente. Una entrevista con ella á solas no podia menos de ser embarazosa para él.

«Huye de mí, decia frecuente-

mente miss Eva : no me ama : ¡ah, puede que suspire por otra, por Elisa! ¿Pero quién es esta Elisa? Mas cuando él me quisiese, ¿la religion no nos separa para siempre? Si yo estuviese cierta de que no me mira con indiferencia, me parece que fuera feliz: no es posible que una muger sea insensible al cariño de un hombre como él, porque de otra manera, creeria que Teodoro ha sido desgraciado en amor. ¡Ah, hombre misterioso! ¿cuál es, pues, ese secreto que tú niegas á la amistad? ¿Por qué tu vida estará en peligro?»

Así es como esta jóven interesante se entregaba á las inquietudes de un sentimiento que hubiera debido esforzarse á vencer, y

que ocupaba mas y mas las facultades de su alma, aunque sus ojos solos fuesen los intérpretes. Cerca de tres meses se pasaron sin que ningun accidente turbase la tranquilidad de esta familia, y que nada debilitase la impresion de que se hallaba poseido el corazon de miss Eva, que frecuentemente creia no demostrar sino una buena amistad á Teodoro, cuando sus miradas, sus cuidados; cuando todo en ella anunciaba el amor mas vivo: su padre lo observaba, y su alma estaba traspasada de dolor.

Una mañana que Shechem habia salido, y que Rebecca estaba ocupada con su hija, un ligero golpe de martillo á la puerta llamó la atencion de Teodoro que se

aventuró á ir á abrir: un jóven decentemente vestido de negro se presenta: la tristeza y la confusion estaban pintadas en su fisonomía: la acogida que vió en Teodoro le serenó un poco, y le dijo:

«Os confesaré, señor, que es contra mi voluntad el recurrir á unos medios estremos para salir del embarazo en que me hallo; pero personas que se llaman cristianas se han negado á favorecerme, y no me restan ya otros recursos que los que no debiera esperar obtener donde los busco: cuando yo reflexiono, sobre todo, en las únicas condiciones que puedo ofrecer, no puedo esperar sino una negativa.

— Veo, señor, que me creeis

ligado en negocios con el caballero Bensadí: en esto estais equivocado; sin embargo, yo puedo comunicarle cuanto juzgueis conveniente confiarme.

— Basta: vos sois poco mas ó menos de mi edad, señor; espero que recibireis con indulgencia esplicaciones que pudieran parecer inútiles ó insignificantes á un viejo. Mi padre acaba de morir: tenia un comercio que yo creia floreciente á vista de los gastos que hacia: asociado con él, pero no teniendo ninguna razon para sospechar de su prudencia, nunca traté de escudriñar su conducta, ni de exigir mi porcion de los capitales que yo creia empleados útilmente: su muerte ha destruido

mi ilusion, y me ha sido forzoso sacrificar hasta mi última guinea para pagar sus deudas. Cuando yo me creia rico, me casé con una señorita jóven, criada en la opulencia y poco hecha para conocer el infortunio. Lejos de acusarme de haberla asociado á mis reveses, nada omite por consolarme: sus cualidades generosas é interesantes que debieran hacer mi felicidad, son precisamente las que hacen hoi mi situacion mas horrorosa: despues de mil diligencias, he llegado á procurarme un puesto lucrativo en la India; pero no puedo asegurarle si antes no entrego una suma que no tengo; y para cuyo empréstito no tengo otra garantía que ofrecer que mi recibo.

— ¿Qué será de vuestra muger? preguntó Teodoro. ¿Su intencion es la de seguiros?

— Ese es precisamente, señor, el objeto de mis penas: me costaria el llevarla cien libras esterlinas, y cien libras esterlinas son una fortuna para mí en la posicion en que me encuentro: mi corazon se hace pedazos cuando pienso en la necesidad de dejarla: ella quiere absolutamente partir mi suerte, y mi negativa la espone á morir de dolor. Estas crueles reflexiones me quitan, lo confieso, la firmeza de que tendré necesidad: yo creo poder tener el espíritu y firmeza necesarios para soportar el infortunio; pero ¡mi muger!!!.... ¡mi muger, á quien amo mas que á mi

vida!!! ¡Ah! ¡me estremezco con sola la idea de las desgracias á que mi suerte conduce á esta infeliz!

— Cesad, señor, cesad, os lo suplico, de hablarme asi de vuestra muger (esclamó Teodoro levantándose y volviendo la cara). No sabeis hasta qué punto compadezco vuestras penas: esperad que yo haya hablado á la hija del señor Bensadí; puede que la decida á llenar vuestros deseos: sin embargo, bien conocereis que no es comun prestar sin garantía, aunque el prestamista sea un cristiano.

— Yo vengo, dice Teodoro entrando en el cuarto donde estaba miss Eva, á pedir una gracia á mi hermana.

— ¿Podrá mi hermano, respon-

dió ella sonrosándose, esperimentar de mí un desaire, pendiendo de mi mano lo que él desea?

— Tengo que suplicaros en favor de dos esposos desgraciados, que sufren aun mas porque se aman, y que las penas del uno son para el otro mas insoportables que las suyas. Se trata de un jóven que se ve en vísperas de dejar á una muger que adora, y sin la que la existencia no tiene precio alguno á sus ojos: tiene que abandonarla para ir á buscar su subsistencia en la India: es forzoso que renuncie á una felicidad verdadera que el hombre puede gozar sobre la tierra, á menos que vos no podais hacerle alguna anticipacion bajo la simple garantía de su firma.

La emocion de miss Eva habia cubierto sus mejillas del color hermoso del carmin. Sus ojos, fijos sobre Teodoro, espresaban las tiernas agitaciones de su alma. «¡Es posible! le dice ella con el acento de la sensibilidad, ¡que vos sepais pintar tan bien el amor sin haberle sentido!!! ¡Ah, sin duda vos habeis amado!.... Y bien, continuó, voi á deshacerme de mi relox y de mis brillantes, para sacar de sus trabajos á ese jóven, cuyas lástimas sabeis pintar con tanta espresion.»

Teodoro no sabia qué replicar á unas espresiones tan afectuosas y tan claras. La desgraciada situacion del jóven le habia interesado: los sentimientos que le manifesta-

ba una jóven hermosa, aumentaban su turbacion: Teodoro suspiró: no podia espresar lo que pasaba en su corazon: en fin, dió gracias á miss Eva de sus bondades, y la suplicó hablase de este asunto á su padre durante la comida, para que aquel infeliz, á quien iba á decir volviese por la noche, pudiese saber el resultado de su pretension.

«¿Por qué esperar que venga mi padre? replicó ella. Podeis disponer de una suma diez veces mayor que la que necesita vuestro recomendado: yo seré vuestra fiadora si es necesario.

— Yo os doi mil gracias por la buena opinion que me dispensais; pero, jóven hermosa, mirad no

os induzca en error el reconocimiento que creeis deberme. Yo soi un desgraciado que vuestro padre ha recogido : estaba proscrito por los hombres cuando me ha concedido un asilo. ¡Ah! si vos me conocieseis, mi presencia os haria acaso huirme de horror como á un apestado.»

Despues de semejante confesion, producida por las circunstancias, Teodoro se apresuró á retirarse, dejando á miss Eva en un estado de perplejidad y de turbacion, desconocida hasta entonces. ¿Por qué era un objeto de proscricion en la sociedad? ¡Habia, pues, cometido un crímen! ¡y este crímen debia ser bien horroroso para suponer que los amigos

que tanto le aman, huirian de él y le mirarian con horror si les hiciese tal confianza!!! En vano se detenia la inocente Eva en hacer mil congeturas para formar una idea de la impresion que Teodoro temia escitar. Ella no hallaba cosa que pudiese hacerle odioso, sin duda porque la imágen del crímen y la de Teodoro no podian presentarse juntas en su imaginacion. ¡Qué no hubiera ella dado por penetrar el misterio que la causaba tantas inquietudes! Sentia ya no haber aprovechado la ocasion que él mismo la acababa de ofrecer por la primera vez, y se decidió á no dejar escapar otra que se la presentase.

Estas reflexiones la ocupaban

aun cuando volvió Shechem. Yo no sé cómo sucede, que los niños, que no tienen ningun secreto para su padre, evitan siempre confiarle lo que concierne á los negocios de su corazon. Así miss Eva, haciendo misterio al suyo de las penosas agitaciones que la atormentaban, se limitó á darle cuenta de la visita del jóven que se habia dirigido á Teodoro, y del objeto de su solicitud. Cuando este último se presentó á comer, Shechem le suplicó, sonriéndose, le dijese el nombre de aquel, por quien habia abogado con tanto interes. «Se nombra Collier, respondió Teodoro.

— ¡Collier! repitió Shechem: le conozco, es un tratante en vino.

Tiene razon en amar á su muger: la nombran como el modelo de su sexo: me alegro que se dirija á mí. Hai en el mundo tantos impostores que tratan de sorprender á las criaturas, refiriendo desgracias imaginarias ó merecidas, que es bueno vivir con cautela; pero este es un escelente jóven. Cuando se casó, decian que hubiera podido hallar mejor partido, porque su muger no tenia bienes, habiéndose saltado su padre la tapa de los sesos en un acceso de desesperacion.»

Teodoro se inmutó al oir estas últimas palabras: el cuchillo que tenia, cayó sobre la mesa: cogió con mano trémula un vaso lleno de agua, y se le bebió de un gol-

pe.... ¿Os hallais malo? le preguntó miss Eva con un aire turbado, mientras que Shechem, recostado sobre su sillon, le examinaba silenciosamente.

— Yo no tengo novedad al presente, respondió Teodoro: esto no ha sido mas que un ligero amago de mi antigua enfermedad.

— Me alegro, dijo Shechem. Veamos lo que podemos hacer por Collier: yo tengo en uno de mis almacenes una fuerte cantidad de géneros de Portugal; como él entiende en estos artículos, mi designio es el de hacer el fondo de un establecimiento que pondremos bajo su direccion; y para que no se le mire como un mancebo mio, y que continue gozando de

una consideracion útil, le propondré tomarme por asociado en este comercio: su industria y su vigilancia serán su capital, y partiremos el beneficio en comun.

— ¡Admirable pensamiento! esclamó Teodoro: por este medio no será forzado á dejar lo que tiene mas caro en este mundo. ¡Qué felicidad para él la de permanecer á el lado de una muger que adora, y de tener sin inquietud el indecible placer de ser amado!

— Tú te esplicas (dice Shechem, cuyos ojos se veian humedecidos de lágrimas) como un hombre que ha gustado esta felicidad, y que la ha perdido. ¡Ah! yo mismo, amigo mio, la he conocido! sí, yo disfruté de esa felicidad, y la he

perdido! ¡Ah, esa hija que tú ves, es el retrato de mi adorada esposa!

— Debeis haber sido feliz: nunca me he atrevido á preguntaros cómo os ha sido robada: es una crueldad el recordar semejantes ideas.»

Al cumplimiento que habia hecho Teodoro á miss Eva, esta habia fijado sobre él sus brillantes ojos con placer y alegría; pero su espíritu taciturno y abatido la sumergieron al momento en las inquietudes que afligian de contínuo á su triste corazon.

Shechem le dijo que su muger habia sido asesinada por un ladron y arrebatada de sus brazos para siempre.

No tuvo tiempo para decir mas:

Teodoro, herido como por un rayo, habia cerrado sus ojos: todo su cuerpo esperimentaba fuertes movimientos convulsivos: levantóse repentinamente sin hablar, y echó á andar hácia la puerta con intencion de salir.

«¡O mi querido Teodoro! esclamó Shechem, deteniéndole por el brazo, ¡no dirás nunca....!»

No se atrevió á concluir, acordándose de lo que este desgraciado jóven habia exigido. Su misteriosa reserva le inquietaba cruelmente; pero no tenia valor para esponerse á ver huir de su casa al hombre mas á propósito para ser el amigo de su vejez. Teodoro insistió en salir de una manera que no se le pudiese negar, y se retiró,

dejando á miss Eva y á su padre entregados á las mas penosas conjeturas.

He observado, dice Shechem á su hija despues de un momento de silencio, que hai ciertas cosas que le afectan particularmente, y que produciendo en él una impresion tan rápida como el fuego del rayo, le ponen en un estado convulsivo; lo que se debe atribuir ó á grandes infortunios, ó á algun crímen secreto. He observado sobre todo que la idea de la violencia le hace estremecer de horror. Tú has visto en este momento cómo ha enmudecido cuando yo hice mencion del suicidio; pero mas aun cuando he hablado de asesinato.

—¡Cielos! esclamó miss Eva

fuera de sí, os atreveis á sospechar.... ¡Dios mio! ¡qué idea tan horrorosa! ¡Será posible qué Teodoro haya empapado en sangre sus manos, cuando cada palabra, cada mirada, cada accion, anuncian en él la dulzura, la generosidad y la amabilidad!.... Sin embargo, él mismo me ha dicho esta mañana, que si le conociese le huiria como á un apestado. ¡Oh reflexion cruel!

—Sin embargo, estoi bien lejos de creerle culpable, repuso Shechem; pero la singularidad de su conducta induce naturalmente á la sospecha: yo no encuentro mas que un medio de conciliarla con su inocencia, y es que una grande pesadumbre ha trastornado su ra-

zon, y que entonces la idea de algun crímen horrible ha hecho tan fuerte impresion en sus sentidos, que á la menor circunstancia que provoca su memoria, se estremece, como si realmente fuese culpable.

—Habeis aliviado á mi corazon, padre mio, dice Eva con un profundo suspiro; pues le tenia oprimido por un peso que le martirizaba. ¡Ah! yo no puedo creerlo: el alma de Teodoro es inaccesible al crímen. Pero pongamos cuidado en no decir nada en adelante que pueda despertar en él tristes recuerdos, ni causarle emociones dolorosas de las que no puede aun librarse.»

Shechem no pudo menos de

sonreirse, al ver la ansiedad con que su hija buscaba motivos especiosos para tranquilizarse. El por su parte no dudaba ya de una manera ó de otra, que Teodoro dejase de estar complicado en un asesinato; todo lo que sabia de su conducta era en apoyo de esta sospecha: su retiro en una selva cuando habia salvado á su hija; la resistencia en nombrarse con riesgo de ser preso, cuando le habian arrestado como portador de un billete de banca tenido por falso; el encuentro que habia tenido en las calles de Lóndres á media noche, y en fin su ostinacion en permanecer oculto, y sus emociones involuntarias cuando la conversacion le conducia á la idea de violencia

ó de muerte. Sin embargo, los principios de justicia de que estaba penetrado, las inclinaciones virtuosas que parecian todas naturales en este jóven, no permitian á Shechem pensar que se hubiese hecho voluntariamente culpable: le suponia moralmente inocente; y así, gracias á este sofisma, carecia de toda inquietud, y se disculpaba á sí mismo de tener en su casa á un hombre que segun todas las apariencias parecia ser un asesino.

Lo que mas le inquietaba sobre todo era la inclinacion de su hija por el incógnito; veia claramente que á pesar de la diferencia de religion, á pesar de la pasion que el jóven Teodoro parecia tener

por otra muger, miss Eva cedia á las ilusiones de un sentimiento que no podia hacer sino su desgracia: no se presentaba en su imaginacion sino la alternativa de alejar á Teodoro de su casa, ó darle á su hija á pesar de la lei de Moisés, si su predileccion por otro objeto y las consecuencias de su conducta anterior no pusiesen en ello ostáculo.

Aunque del culto judáico, Shechem no era mui escrupuloso: interpretaba que el Profeta, prohibiendo los enlaces entre los gentiles y los israelitas, no habia tenido otro objeto que el de preservar á estos últimos de la idolatría; y que este peligro no existia ya entre los judios y cristianos, ado-

rando estos al mismo Dios de Israel.

Bensadí se abstenia de comunicar estas reflexiones á su hija, temeroso de que no concibiese la esperanza de ser un dia muger de Teodoro; porque aun cuando hubiera deseado tener un yerno que se le pareciese, las circunstancias singulares que notaba en este jóven, no le permitian pensar en este enlace, aun cuando su hija hubiese sido el principal objeto de su cariño; lo que estaba bien lejos de creer, segun lo que habia visto, cuando habia entrado en su cuarto, y pronunciado el nombre de Elisa, como su hija lo habia oido.

CAPITULO VI.

Teodoro estaba en su cuarto entregado á todas las angustias de su corazon: las pasiones violentas ceden alguna vez al imperio de la razon; pero si algun accidente las quita este freno, ellas entonces brillan, trastornan el alma y la hacen juguete de sus fogosas agitaciones.

Luego que logró recobrar un poco de calma, se detuvo á la resolucion de dejar una familia que le queria, pero en el seno de la que introducia la inquietud á su pesar. Sin embargo, dejarla sin dar una

esplicacion de su conducta, ¿no era responder á las bondades de que le habian colmado, por una odiosa ingratitud? Por otra parte, ¿podia él revelar el secreto tan peligroso, tan sensible, cuya idea sola le estremecia á cada instante del dia y de la noche? Examinando así su posicion bajo diferentes puntos de vista, el deseo de marcharse se debilitaba poco á poco, y el peligro de andar errante, como lo habia hecho sin encontrar otro Bensadí, le determinó á quedarse. Ninguna consideracion le hubiera contenido si hubiera podido adivinar las sospechas que habia ya inspirado á su bienhechor.

La hora en que el señor Collier debia volver, se aproximaba: Teo-

doro se esforzó en recobrar su serenidad, y bajó al escritorio: un momento despues llegó el señor Collier.

«Apenas me atrevo, dice, á preguntar cuál es el resultado de mi pretension, convencido de que es mui singular para ser favorablemente acogida.»

Teodoro le esplicó las intenciones de Shechem, añadiendo, por no herir la delicadeza del jóven, que el señor Bensadí se habia alegrado de hallar esta ocasion de asociarse en un ramo de comercio tan lucrativo.

«Estoi confundido, esclamó el señor Collier: ¿cómo podré nunca demostraros mi reconocimiento? Gracias á vos, gracias al señor

Bensadí, ya no me separaré de mi muger: gracias á Dios que me vuelve á proporcionar los medios de sostenerla, y de mantener los hijos que me pueda dar. ¡Ah, señor! reflexionad cuánto he debido sufrir por la idea de ver nacer unas criaturas desgraciadas, condenadas desde su infancia á todos los horrores de la miseria. Perdonad mi admiracion y la turbacion en que me hallo: no vuelvo de mi admiracion cuando pienso que un judío se muestra conmigo tan noblemente generoso!»

Shechem entró un momento despues, y se puso en seguida á formar los artículos de su asociacion con Collier, pareciendo menos ocupado del servicio que le

hacia, que de los beneficios que contaba tener en la negociacion. Este noble modo de obrar llenaba de satisfaccion al jóven Collier, que sentia aumentarse su reconocimiento al ver el interes con que lo hacia Bensadí, y el cuidado con que procuraba hacer desaparecer su generosa accion, bajo la apariencia de una ventaja recíproca.

Teodoro habia tomado la costumbre de acompañar á Shechem en Rosemary-Lane. Mas resuelto que antes, salia frecuentemente por la noche á llevar la correspondencia al correo: volvia un jueves por la noche cerca de las doce, cuando oyó gritar *Al asesino* en el estremo de una calle estrecha; corrió al punto de donde salian las

voces, y vió un hombre furioso, contra quien luchaba una muger dando grandes gritos.

«Retiraos, gritó el hombre al ver á Teodoro: es mi muger, á quien he hallado esta noche en una taberna con su amante, y quiero vengarme.

— Escuchad un momento, dijo Teodoro á este esposo (á quien el furor no permitia prestar atencion á nada): si vuestra muger es infiel, abandonadla, pero no la maltrateis tan cruelmente; pues no teneis derecho sobre su vida.

— Que perezca, esclamó el marido: ella me ha arruinado por enriquecer á su amante; ha deshonrado mi lecho; todo está perdido para mí; es preciso matarla.»



Apartaos... temed.... Ha deshonrado mi lecho, y quiero lavar mi afrenta con su sangre.

Teodoro se esforzaba en contener su brazo ya levantado para herir á su muger con un cuchillo de que estaba armado, y al mismo tiempo pidió socorro; pero el marido ultrajado, recibiendo mayores fuerzas por la rabia que le animaba, logró desprenderse de Teodoro y sumergir el cuchillo en el seno de su muger: pónese delante de ella Teodoro, y recibe un golpe en la cabeza.

Llega tropa por diferentes puntos y prenden al asesino: la muger herida fue conducida á un hospital, y Teodoro, á quien el dolor de su herida habia casi hecho perder el conocimiento, fue conducido á la casa de Bensadí. Este último, al ver tanta gente á su

puerta á media noche, no supo al principio qué pensar, y bajó él mismo como espantado, para ver lo que era: enterado al momento del accidente ocurrido á su amigo, se afligió en estremo, y ayudó á los que le habian conducido, para llevarle á su cuarto.

Despues que Teodoro fue colocado en la cama, un cirujano de la vecindad fue llamado al momento para curarle la herida: antes que llegase, cayó el enfermo en delirio, sea por efecto de los vehementes dolores que sufria, sea por la turbacion que le habia causado el espectáculo de una muerte, ó ya fuese el resultado de ambas causas reunidas.

Habiendo examinado la herida

el cirujano, declaró que no habia peligro. Como era un hombre lleno de humanidad, y que el aspecto del cuarto del enfermo no anunciaba sino abundancia, preguntó si este jóven tenia amigos que respondiesen de los gastos de la curacion; añadiendo, que si no los tenia, se encargaria de curarle *gratis*: estas últimas palabras hicieron brillar un rayo de alegría en el semblante de Shechem; pero no respondió nada, absorviendo todas sus ideas la situacion de Teodoro. El cirujano, que le conocia por la buena reputacion de que gozaba, no se sorprendió del movimiento de satisfaccion que se le habia escapado.

Desnudando al herido, se ha-

bia hallado el retrato de que hemos hecho mencion muchas veces. Shechem le cogió y le encerró en su cartera para reconocerle en otra ocasion; porque en este momento no podia ocuparse sino de su jóven amigo.

Rebecca quedó encargada de cuidar al enfermo, mientras Shechem, despues de haber despedido á todo el mundo, se dispuso á ir en busca de su hija para preparaıla por grados á recibir una noticia que debia afligirla; pero la alarma habia ganado ya el corazon de miss Eva: el ruido ocasionado por los sugetos que habian llevado á Teodoro, la habian despertado, y habia llamado á Rebecca que estaba demasiado distante pa-

ra oirla. Aunque hubiese cesado un poco el ruido, distinguia de cuando en cuando la voz de muchas personas, y la parecia que se quejaban: era preciso atravesar muchas piezas por medio de la oscuridad para llegar al parage de donde parecia salir el ruido; y la sorpresa que le habia ocasionado, le quitaba la fuerza de que hubiera tenido necesidad para satisfacer su inquietud. A cada minuto esperaba que su padre ó Rebecca entrasen en su cuarto: ella habia tentado el vestirse; pero la oscuridad y su emocion se lo habian impedido: adelantóse medio desnuda hasta la puerta para escuchar algunas palabras, y no tardó en oir que decian: «La herida no es tan peli-

grosa como podia serlo.» La respuesta de su padre la fue bastante para conocer quien estaba herido, y volvió á echarse sobre su cama, gritando con una voz moribunda: «¡ha sido muerto.... ha sido muerto!»

En este estado halló Bensadí á su hija: fue á socorrerla inmediatamente, y viéndola sin conocimiento, su primera idea fue la de que estaba muerta: la cogió en sus brazos y humedeció con sus lágrimas su pálido rostro, sacándola de este estado de insensibilidad sus lamentos, pasado un largo rato: abriéronse sus ojos un momento, y los fijó sobre su padre, saliendo de su boca estas palabras medio articuladas: «¡Oh, padre mio, Teodoro!»

— ¡Cielos, yo os doi gracias! esclamó Shechem: mi hija respira. ¡Eva, mi querida Eva! calma tu espíritu.

— ¡No es muerto! repuso ella á media voz: no me engañeis, ¿vive aun para mí?

— ¿Qué es lo que preguntas, hija mia? dice Shechem, que no sabia si atribuir estas preguntas á un acceso de delirio ó á un verdadero sentimiento meditado. «¿Teodoro es pues tan necesario á tu felicidad.....?»

— ¡Ah, padre mio! contesta cubriendo su rostro con ambas manos: ¿quereis que os confiese mi debilidad? ¿No conoceis en mi semblante lo que sufre mi corazon....? Decidme, ¿qué le ha sucedido?

—Teodoro, respondió Shechem apretando la mano de su hija con las suyas, ha sido ligeramente herido por un hombre á quien quiso impedir usase de violencia con su muger; pero su curacion será pronta: si no fuese ya tarde, llamaria tu atencion sobre un objeto de mayor importancia que este acontecimiento. Yo temo mucho, querida hija, que la herida hecha en tu corazon no sea mucho mas difícil de curar que la de Teodoro.»

Miss Eva bajó los ojos, acaso vergonzosa de haberse esplicado tanto; y Shechem, encantado de verla ya enteramente tranquila, la dió las buenas noches, y la dejó para volverse con Teodoro: el delirio se habia calmado; pero le

quedaba una calentura abrasadora, y le devoraba una sed ardiente: Rebecca estaba junto á su cama con el cuidado de atender á todas sus necesidades: no fue sino con pena como Sheckem la redujo á acostarse, siendo su intencion la de pasar el resto de la noche en el cuarto del enfermo: el buen israelita permaneció á el lado de la cama entregado á tristes reflexiones. Lo que sufria Teodoro, lo que él mismo habia sufrido, lo que tenia que temer por la tranquilidad y felicidad de su hija, todo esto pesaba dolorosamente sobre su corazon, y le hacia tristemente suspirar.

Teodoro durmió durante algunas horas, y en este intervalo She-

chem, acordándose de que poseia el retrato que su jóven amigo guardaba con tanto cuidado, quiso examinarle, con la vaga esperanza de que este exámen le proporcionaria algun descubrimiento importante. Este retrato estaba en un medallon de oro de los mas elegantes; pero lo que mas llamó su atencion, fue el rostro de la muger que representaba esta miniatura: era hermosa, sin ninguna faccion particularmente remarcable: el conjunto de su fisonomía tenia una espresion de dulzura que anunciaba la calma de un alma á quien las pasiones y el infortunio no han hecho perder nada: se veia detras del retrato un nudo de cabellos de dos colores, y el nombre de Elisa

en letras de oro: Shechem no púdo sacar otra aclaracion, sino que el valor de la alhaja indicaba que el poseedor debia haber sido un hombre rico.

Era claro tambien que esta Elisa era mui amada de Teodoro, y que miss Eva queria á un hombre que no podia disponer ya de sus inclinaciones. Shechem veia que tratando de retener un amigo, se preparaba crueles penas, y que era preciso de toda necesidad resolverse á verificar una separacion que podia hacer soportable á Teodoro, poniéndole al abrigo de las necesidades, y á la que su hija se resignaria sin duda con el tiempo. Fuertemente penetrado de esta precision, resolvió no perdonar

medio alguno, y arrancar á Teodoro un secreto, que á la vez producia en su alma sentimientos de curiosidad, de sorpresa y de temor.

Ya empezaba á manifestarse la aurora cuando Shechem se acercó á la ventana, y mirando á los palos de los navíos que habia en el Támesis, y las colinas que coronaban el horizonte, admiraba el silencio profundo que reinaba aun donde dentro de pocas horas debia reunir el comercio tanta gente y ocasionar tantos movimientos, hasta que oyó andar ligeramente por el corredor, y un momento despues llamar á Rebecca con voz baja.

Abrió la puerta y vió á su hija,

la que se sorprendió al momento, notándose en ella una turbacion inesplicable. No fue sino con rubor y con mucho esfuerzo el preguntarle si Teodoro estaba mejor, añadiendo que creia estaria Rebecca con el enfermo ; y despues suplicó á su padre se fuese á descansar para no esponer su salud.

«¡Ah, hija mia! dijo Shechem con un aire triste, veo con dolor que el sueño ha abandonado tus ojos : el sentimiento que te ocupa sin cesar te ha conducido hasta aquí : esta debilidad tiene muchos peligros, hija mia; pero yo no quiero afligir tu corazon : contempla, si lo deseas, el objeto de tan tierno interes, y le verás dormido. Si hai pocos momentos para

la felicidad, no hai sino muchos para el infortunio; y quisiera, al precio de mi vida, alejar de ti el momento de la afliccion.» Dicho esto se retiró.

Miss Eva, trémula, y muy contenta de la bondad de su padre, fue á sentarse sobre un baul que habia junto á la cama. Sus ojos se fijaron sobre Teodoro, que de cuando en cuando dejaba oir algunos gemidos sin articular palabra inteligible.

La sensible Eva se anegaba en lágrimas: la turbacion que agitaba á Teodoro influia sobremanera sobre su corazon: acordándose de la tarde en que por la primera vez le habia visto, y en que habia caido acongojada en sus

brazos, «¡Ah, decia ella á media vóz, que no hubiera yo podido entonces trasladar á su corazon los sentimientos que me ha inspirado! ¡Pero Elisa, dichosa Elisa!

—¿Quién nombra á Elisa? esclamó Teodoro despertando sobresaltado.

La confusion de miss Eva fue estremada: su boca habia revelado imprudentemente los secretos de su corazon: temblando por el temor de que Teodoro hubiese acaso oido una confesion que nunca ella hubiera querido hacer, se levantó con precipitacion para acercarse á la ventana.

«Esto es que yo soñaba, repuso Teodoro. ¡Ah, miss Eva, cómo yo agradeceré tanta bondad!

Yo he nacido sin duda para llevar la turbacion por todas partes.

—Yo vengo con mucho gusto á ver al amigo de mi padre, dice ella recobrando un poco su presencia de espíritu: ha pasado una gran parte de la noche á vuestro lado: ¿os hallais mejor?

—Yo lo ignoro: tengo mucha debilidad de cabeza: sufro una sed ardiente; pero no me duele mucho la herida.

—Me parece que el descanso contribuirá mucho á vuestra curacion: procurad no hablar demasiado.»

Teodoro, que no tenia fuerzas para sostener una conversacion, estaba dispuesto á obedecer; pero poniendo la mano en su pecho, y

no hallando ya el retrato de Elisa, preguntó con un aire vivo y agitado á miss Eva, si habia caido en sus manos: su respuesta negativa pareció agitarle cruelmente.

«¡Soi perdido! esclamó. ¡La imágen de la mas escelente de las mugeres, la única prenda que me restaba de su amor, me ha sido robada! ¡Ah, preciso es morir!

— ¿Por qué morir? dice Eva como sorprendida: si habeis perdido una muger que amabais, ¿es irreparable esa desgracia? ¿Será ya vuestro corazon insensible? ¡Ah! si no podeis tener en adelante la misma ternura por otro objeto, al menos estoi segura de que Elisa no os amaba mas que....»

Aquí se detuvo, y bajó sus

ojos sonrosada y trémula.

«Amabilísima hermana, dice Teodoro: temo que mis desgracias puedan influir en vuestro ánimo y privaros del dulce reposo: creedme, mi situacion es tan horrorosa, que si os confiase mis secretos, seria hacerme á vuestros ojos un objeto de horror y de odio.

—¡Imposible, imposible! esclamó miss Eva temblando: no, jamas os creeré culpable de un crímen que pueda inspirarme tales sentimientos: estoi segura de que vuestra imaginacion exagera: vuestra salud sufre con esa ostinacion de reprimiros en hablarnos con aquella franqueza que podria daros algun alivio en vuestras penas. Va-

mos, Teodoro, tratad de vivir para nosotros.»

Calláronse el uno y el otro: Teodoro meditó profundamente sobre su posicion, y sobre lo que habia dicho miss Eva. Aunque hubiera aspirado á su mano, se oponian muchos ostáculos á su union; pero no fue por estar imbuido en los errores de nuestros abuelos contra los judíos, y que creyera que un hombre que se casase con una muger de esta nacion, merecia ser quemado vivo. Ninguna perturbacion alteraba su razon; pero abatido su espíritu por el infortunio, le parecia ser su corazon inaccesible al amor, y no podia sino gemir por la ternura é interes que le demostraba una jó-

ven hermosa, por la que esperimentaba un cariño estremado. ¿Qué habia de hacer en semejantes circunstancias? ¿Cómo dejar una familia que habia llegado á serle tan interesante; pero en cuyo seno su presencia no podia causar sino turbacion y desgracias?

Con el designio de afirmarse en esta resolucion, pensó en lo que resultaria del acontecimiento que le habia causado su herida. Si la muger moria, seria infaliblemente llamado para deponer contra el asesino; y esta idea le estremeció de horror. Consideraba á mas de esto, que el esposo habia recibido uno de aquellos ultrages que el honor no perdona

jamas; un ultrage que atiza el fuego de la venganza en el corazon de todo hombre sensible. Habia en los principios, ó mas bien en las prevenciones de Teodoro, alguna cosa que disminuia lo odioso de una accion, la que sin duda el interes comun dificilmente perdona. Sin embargo, la justicia pública castiga al esposo que se venga, pero no siempre castiga la ofensa que ha recibido: la vergüenza es para el marido injuriado, y es preciso que luche á la vez contra la desesperacion y contra el ridículo.

Asi, pues, dos motivos poderosos ponian á Teodoro en la necesidad de elegir la fuga; pero tenia un sentimiento cruel en parecer ingrato á los ojos de su bien-

hechor, y le costaba mucho trabajo no poder responder al afecto de una jóven, interesante por sus encantos y sus virtudes, que cada dia se mostraba mas tierna.

Semejantes reflexiones contribuian mucho á retardar su restablecimiento por la agitacion que le causaban. El cirujano habia llegado á cortar la calentura, á pesar de haberse anunciado con síntomas alarmantes. Miss Eva se separaba poco del cuarto del enfermo: su aspecto triste y lúgubre apenas era observado por ella: tan cierto es que junto al objeto amado ninguna cosa es para nosotros sino de un interes secundario.

La muger que Teodoro habia querido salvar, murió: él habia

sido citado como testigo principal en el proceso del marido, y para instruirle esperaban su curacion. Shechem advirtió que este asunto le causaba una grande inquietud: á su solicitud tomó informes sobre el carácter y costumbres del acusado: «Porque con respecto á mí, decia, estos informes deben determinar mi opinion, aunque puedan ser juzgados de poca importancia ante los tribunales para un acto de esta naturaleza, en vista de que parece haber sido premeditado. La lei, en caso de muerte, fija un cierto intervalo, despues del cual la razon se supone que destruye los movimientos de la indignacion; ¿pero se probará el poder de esta razon sobre una

imaginacion enagenada hasta la locura por el resentimiento de una injuria?» Resultó de las investigaciones que hizo Shechem, que el acusado era un comerciante: se habia casado con la hija de un caballero de aldea, que habia llevado por dote al matrimonio una cara bonita, mucho gusto para vestir y para los placeres, sin ninguna cualidad sólida: su carácter altanero no sufria reflexiones de nadie, y su esposo por esta razon se habia prestado mucho tiempo á satisfacer sus deseos; pero habiéndole obligado la prudencia á resistir ciertos gastos tan multiplicados como estravagantes, ella halló medios secretos de continuarlos; y mientras su marido

guardaba la tienda, la dama corria de placeres en placeres con otras de sus mismas inclinaciones, bajo los auspicios de está especie de hombres, cuyo honor está en la punta de su espada, y que creen hacer mucho por aquellas, cuya vida emponzoñan ofreciéndoles la venganza del espadachin. Nada seduce á las mugeres como el valor; y saben siempre distinguir al camorrista insolente del hombre modesto que evita las disputas, y que prefiere sufrir un disgusto á turbar el órden; pero que en un peligro real le arrostra con intrepidez, y se muestra verdaderamente valiente con peligro de sus dias.

La muger del acusado habia

hecho conocimiento de uno de esos señores, cuyos recursos se cifraban en una paga de teniente. El marido, abandonado al principio, ultrajado despues con impudencia, forzado á responder á una multitud de deudas contraidas por su culpable esposa, pasó del amor que la habia tenido, al odio mas violento. Desesperado de ver desaparecer como un sueño la felicidad que se habia prometido, no le fue posible contener su rabia, y se vengó.

«¿Puedo yo, dice Teodoro despues de haber oido estos detalles, puedo yo ser el delator de este desgraciado esposo? Yo compadezco á su muger, yo le condeno; pero jamas depondré contra

él. ¿Cuál es vuestra opinion, querido Shechem? ¿Debe un hombre soportar á sangre fria semejante ultrage? ¿Hai cosa que pueda expiarle? ¿Hai razon....? ¡Ah, mi amigo! yo no puedo esplicar la emocion de mi corazon.

—Querido Teodoro, responde Shechem, yo esperaba, para esplicarme, que hubieses tú tomado tu resolucion. Se trata de la vida de un hombre: yo no debia trastornar tu opinion; las leyes castigan á un desgraciado que me roba algunas monedas; pero el que me roba el cariño de mi muger, el que me entrega á la desesperacion y á la vergüenza, este hombre es perdonado por una multa miserable, que nada le importa si

es rico; y yo quedo sin venganza, y con mi nombre entregado al ridículo y á la infamia. En vano se invocaria á la justicia natural; no hai castigo en la sociedad sino para los delitos señalados en el código penal; tal es la imperfeccion de las leyes que cuentan por nada el reposo y la felicidad de los individuos.»

Teodoro escuchaba á Bensadí con un interes visible, y sus miradas fijas sobre él parecian decirle: «¿Por qué le he de negar yo la confianza de que se muestra tan digno?» Desde la primera vez que entró en esta casa le abonó su fisonomía, y se vió tener un aire franco de pura bondad. Shechem estaba mui encantado de verle en

este estado para hacerle entrar en tristes recuerdos por las preguntas que habia resuelto aventurar; pero las dejó para otro momento.

En la tarde del mismo dia Teodoro se halló bastante bien para ir á ver á miss Eva. Esta tocó el harpa, cantando un romance con una voz dulce y melancólica.

No referiremos mas que tres pasages, aunque habia muchos mas; pero estos hacen adivinar los otros. Una muger ocupada solo de un sentimiento, vierte aquí todas sus ideas, y no advierte apenas que aun variando sus espresiones, no dice, sin embargo, sino una misma cosa. Es preciso estar enamorados para entender bien todo esto. Decia: «desde que Lau-

ra conoció á su vencedor, el Dios de amor fijó su destino; y en adelante el ídolo de su corazon ¿podrá hacerla feliz? Estos dos puntos que la costumbre prohibe decir, los confiesa su boca, y esta enmudece. ¡Ah silencio vano! sus miradas lo han dicho todo, cuando ella cree haber sido mui discreta. ¡Qué poderoso es el encanto de un dulce lazo! ¡qué influjo tiene sobre cuanto respira! Es mui feliz el que de un amor casto siente la llama, y mas feliz el que á otro corazon le inspira.»

«Preciso es huir, dice interiormente Teodoro traspasado de dolor: seria peligroso permanecer aquí mas tiempo.» Su resolucion, á la verdad, era anticipada; pero

¿quién es aquel que despues de haberse determinado á hacer un esfuerzo de valor, no ha esperimentado el deseo de alejar el momento de la accion, hasta que una circunstancia frecuentemente insignificante le haya sacado de su letargo y le haya hecho obrar como por violencia?

En los dias siguientes Teodoro permaneció en su cuarto, ocupado en cumplir la obligacion que se habia impuesto, es decir, en poner por escrito acontecimientos que su reconocimiento no le permitia ocultar ya á Bensadí y á su hija.

Las sesiones de *Old Bailey* (1)

---

(1) Tribunal de justicia de Lóndres.

iban ya á dar principio. Los padres de la muger asesinada habian ido á suplicar á Teodoro declarase contra el asesino: era preciso se decidiese pronto á tomar un partido. Shechem fue á buscarle á su cuarto, y se sentó junto á la mesa donde Teodoro habia escrito, y sobre la que se hallaba un paquete sellado.

«Yo quisiera, le dijo con un aire serio y un poco embarazado.... quisiera evitarte la emocion que creo va á causarte lo que tengo que decirte, y esto con las protestas mas solemnes de mi amistad; pero tú me conoces: no deberás inmutarte al oirme. Voi á hablarte sin reserva.

No te se ha debido escapar la

inclinacion que te tiene mi hija: á pesar de la diferencia de religion, me encuentro mui capaz para suscribir de corazon á tu union con ella; pero el misterio de tu conducta, tu predileccion por el original de este retrato, exigen entre nosotros una esplicacion franca.

—¡Ah, cielos! esclamó Teodoro apoderándose del retrato, y estrechándole contra sus labios: ¡este es! ¡ya he recobrado la imágen de mi muger, de mi Elisa!

— ¡Tu muger! repuso Shechem lleno de admiracion. ¿Estás casado? ¿esta Elisa es tu muger? ¿por qué estais separados? ¿es muerta?

—Mi generoso amigo, no me pregunteis, os lo suplico; yo de-

bo dejaros; os quedan estos papeles; puede que os hagan maldecir mi nombre, pero desterrarán seguramente del corazon de vuestra hija el sentimiento que ella me ha inspirado. Sin embargo, vos no os pareceis á la mayor parte de los hombres: vos sabeis compadecer la desgracia y disimular los escesos provocados por horrorosos ultrages. Yo deposito en vuestro seno secretos que los mayores tormentos no me hubieran podido arrancar, y en ellos hallareis los motivos de una conducta que ha debido justamente inquietaros.

— Yo deseo saber cuanto te concierne, dice Shechem, así como prefiero ignorarlo todo, si esa confianza puede perjudicarte; pero

pues que es preciso que yo reciba esos papeles, toma esto en cambio (*era una cartera llena de billetes de banco*); y como yo sospecho que tu intencion es dejarnos.... como las cosas estan á punto de casi hacérmelo desear á mí mismo, no olvides tú jamas, en donde quiera que te halles, que tienes un amigo en Shechem Bensadí.

— Hace tiempo, replicó Teodoro recibiendo la cartera, que me estoi resistiendo á recibir vuestros beneficios, porque eran el premio de una obligacion moral; mas hoi los acepto como prenda de la amistad. Permitidme añadir algunas palabras sobre vuestra hija. Aprecio mucho su cariño: yo sacrificaria mui gustoso mi existen-

cia si fuese necesaria á su felicidad; pero la fuerza de los sentimientos y de los lazos que me unen á Elisa, no ha dejado lugar en mi alma sino para una dulce amistad. ¡Ah! ¿quién podrá negar la suya á la interesante miss Eva? Si yo no fuese un desgraciado proscrito, si otra que Elisa pudiese despertar en mi corazon los sentimientos del amor, no hubiera otra que yo prefiriese á vuestra hija en el mundo entero; y yo esperimento hoi, en despecho de mi resolucion, que separándome de vos y de ella, aumento una nueva desgracia á aquellos por quienes soi atormentado.

— Yo lloro como un niño, dice Shechem poniendo su pañuelo á

los ojos: mañana por la mañana nos volveremos á ver. A Dios.

— A Dios, repitió Teodoro apretándole la mano: plegue á Dios que un dia nos volvamos á ver con felicidad.»

Shechem le miró un momento con un aire inquieto; despues se retiró con precipitacion cerrando la puerta al salir.

Ahora, esclamó Teodoro luego que se halló solo, tengo que marcharme; es preciso que yo huya del mejor de los hombres. ¡Ah, miserable destino!

Al dia siguiente por la mañana Shechem se levantó mui temprano: acordándose de lo que Teodoro le habia dicho la víspera al separarse, sospechó que ya habria

marchado. Esta sospecha no era sino mui fundada. Teodoro habia salido de la casa sin hacer ninguna indicacion de sus proyectos; era preciso enterar á miss Eva, y esto era lo que embarazaba á Bensadi: el paquete que tenia en su poder debia en fin esplicarle lo que deseaba saber hacia ya mucho tiempo.

Mas de una vez habia sido tentado de creer á Teodoro culpable de una muerte. En vista de lo que le habia dicho la víspera de su partida y algunos dias antes, esta sospecha adquiria en su espíritu muchos grados de probabilidad. Puede que haya atentado contra la vida de su muger.... Esta idea le estremecia. Confuso y agitado por esta diversidad de conjeturas, es-

peró con una inquietud impaciente que su hija se levantase, y esta bajó mui pronto.

«Parece, hija mia, que sufres, la dice; estoi de mui mal humor de verte triste; tendrás presente que las mugeres rara vez tienen la felicidad de hallar una justa correspondencia en el objeto de sus inclinaciones. El orgullo y la razon deben despertar en ti el valor que es necesario. En este mundo, querida hija, es preciso resignarnos á sufrir: veo con dolor que esta resignacion te cuesta mucho trabajo. ¿Por qué no imitar al hombre que tú amas? ¿por qué te has de dejar vencer de la afliccion?

— Yo le imitaré, padre mio; yo le probaré que puedo sufrir en el

silencio. Por vuestro reposo trataré de tener valor.»

Shechem se detuvo un instante con los ojos fijos sobre su hija, cuya mano tenia apretada entre las suyas. «¿Podré poner á prueba ese valor que tú me prometes? ¿Estarias preparada á recibir una noticia triste?

— ¡Cómo! preguntó ella con la mas viva emocion: ¿qué teneis que decirme? ¿os ha confiado ya Teodoro su fatal secreto? ¿os ha revelado el crímen que turba su reposo? ¿habrá resuelto dejarnos?

— Sí, hija mia, y ha dejado este escrito que leeremos los dos.

— ¡Ha marchado! dice ella suspirando: bien me lo temia yo, y así no me sorprende oirlo.»

Bensadí vió derramar copiosas lágrimas á su hija, compadeció su dolor, se afligió con ella, y esperó á que se calmase un poco antes de abrir el paquete. Por último, hallándola un poco menos agitada, rompió el sello de este fatal papel, cuyo contenido ignoraban uno y otro; pero que les habia sido anunciado como debiendo inspirarles horror por el hombre que habia merecido su cariño y estimacion.

Bensadí tenia una debilidad en la vista, que le hacia penosa la lectura, y miss Eva fue la que se encargó de leer el manuscrito. Gracias á la curiosidad y al amor, tuvo espíritu para desempeñar tan doloroso encargo.

CAPITULO VII.

Confesion

de Teodoro Tiphon.

He reprimido mucho tiempo el deseo de haceros una confesion que os probará, que si hasta aquí he podido pareceros un ser razonable, no he dejado por eso de ser el esclavo y la víctima de mis pasiones. Yo no debia nunca divulgarlo, sino antes bien morir con este fatal secreto; pero la amistad, la confianza de que vos y vuestra amable hija me habeis dado tan-

tas y tan interesantes pruebas, no me permiten dejaros ignorar por mas tiempo quién es el hombre por el que tanto os habeis interesado.

Mi abuelo era un hombre rico y titulado. A su muerte sus dos hijos entraron en posesion de su herencia. El mayor llevó la propiedad que daba el nombre á la familia, y el mas jóven una hacienda que producia ochocientas libras esterlinas de renta; cantidad suficiente, decia él, para darle la idea de la opulencia, y para impedirle pretender mayor fortuna que le obligase á sacrificar su independencia, y someterse á hacer la corte á un ministro.

A este último hijo es á quien yo

debo la existencia: se casó mui jóven con una muger de doblados años que él, la cual vivia con un tio suyo anciano, y esperaba grandes bienes; pero el tio viéndose solo, se cansó pronto del celibato, imitó el ejemplo de su sobrina, y tuvo un heredero que destruyó las esperanzas de mi padre. Desde entonces tuvo este último una secreta envidia en su corazon: no veia sin enojo á su hermano mayor gozar de una inmensa fortuna y de un título para el que se creia tan á propósito como él. La diferencia que existia entre la dominacion de Mr. Ciphon y la de milord D.*** le inclinó por consecuencia á volver todas sus miras hácia mí, y asegurarme para

lo futuro lo que no podia esperar para sí mismo; y mientras me dejaban ignorar cuáles debian ser los deberes de un hijo para con su padre, me enseñaban con mucho cuidado á bajar respetuosamente la cabeza bajo el yugo de mi tio.

Este, en cuya casa pasaba la mayor parte del año, tenia en sus estados un beneficio que producia de renta trescientas libras esterlinas: se lo habia conferido á un hombre cuyo principal mérito era el de ser cazador, y de tener un soberbio órgano de voz que desplegaba, no para brillar en el púlpito, sino para agradar en la mesa de Milord, á la que era frecuentemente convidado. Cuatro ó cinco veces al año solamente se prestaba á leer

un sermon copiado de algun autor desconocido á los ignorantes aldeanos. Para el resto de sus funciones descansaba en un hombre de una salud mui delicada, que vivia en un pueblo inmediato, y que tenia mui buena opinion por su piedad ejemplar y por su pobreza.

Treinta libras esterlinas por año eran la única recompensa acordada á los trabajos de Hanson, que estaba no solo encargado de predicar, de los bautizos y de los entierros, sino que debia aun hacer la colecta de los diezmos para el patrono: este era sobre todo el cuidado que mas costaba á su corazon; pero la dulzura con que desempeñaba este penoso deber,

hacia desaparecer todo lo que tenia de odioso.

Yo habia visto mui frecuentemente á este hombre respetable; pero no habia esperimentado aun el deseo de conocerle mas particularmente. Mis primeros años se habian pasado sin hacerme sentir la necesidad de la instruccion, y estaba aun á la edad de catorce años en la mas perfecta ignorancia. La casualidad me puso un dia en las manos la historia de los Espartas: yo no pude menos de admirar el genio guerrero de este pueblo y su sobriedad estraordinaria; pero la estrema tiranía que ejercia con los Ilotas, tenia para mí alguna cosa de repugnante. La comparaba con el modo que tenia

mi padre con sus vasallos, y por la primera vez de mi vida empecé á sospechar que esta conducta estaba lejos de ser conforme con los principios que dicta la naturaleza.

En este mismo tiempo Hanson habló en uno de sus sermones del sabio Licurgo. Los sentimientos de patriotismo que ponia en la boca del legislador, produjeron el mayor entusiasmo en el fondo de mi alma, y me hicieron formar del orador la mas alta opinion. Yo no habia visto del mundo apenas sino ricos y nobles: las conversaciones en que habia tomado parte, eran sobre las cualidades de un caballo, sobre los inconvenientes del impuesto territorial, sobre las leyes relativas á los propietarios,

sobre las elecciones, sobre la importancia de los votos, sobre la caza, la pesca, etc. Nada habia oido aun que respirase el amor de la patria y de mis semejantes, como el discurso de Hanson; y concebí desde entonces el mas vivo deseo de cultivar su conocimiento y su amistad, y aprovecharme de sus instrucciones.

Me fuí á su casa al dia siguiente: su domicilio consistia en una casa humilde rodeada de algunas toesas de terreno que cultivaba para tener frutas y legumbres: sin embargo, se observaba en este asilo de la pobreza una limpieza admirable. Tres niñas, de las que una tenia con corta diferencia mi edad, ocupadas en trabajar á el

lado de su madre, fueron los primeros objetos que se presentaron á mi vista; y yo no sé por qué, me hallé tan turbado en el primer momento, que me costó mucho trabajo preguntar si Hanson estaba en casa: el tono dulce y cariñoso con que me contestó la señora Hanson, me repuso al momento; y mirando al rededor de mí, vi con admiracion la modesta color sonrosada que cubria la frente de las tres jóvenes al aspecto inesperado del heredero presuntivo de su señor. La una de ellas, sobre todo, me llamó la atencion mas que las otras; pero, como de comun acuerdo, volvimos al momento los ojos con una aparente confusion.

Elisa tenia dos años menos que

yo: no habia yo visto aun sino mugeres toscas abrasadas por el sol; y Elisa, dotada de encantos infinitos, fresca como la rosa, y con la imagen viva de la modestia, me pareció ser la obra maestra de la naturaleza.

Hanson estaba entonces con un enfermo, suministrándole socorros y consuelo; esperé su regreso sin impaciencia: tal era el placer que yo esperimentaba de verme en compañía de Elisa. Llegó al fin Hanson, hablé con él, me admiró la profundidad de sus conocimientos, y empecé á avergonzarme de ser tan ignorante, yo que hasta entonces habia estado acostumbrado á mirarme como superior á todo cuanto me rodeaba. Entonces

fue cuando yo reconocí la necesidad de la instruccion, y tomé la resolucion de aprovecharme de las luces de Hanson, si queria encargarse de mi educacion. Es mui posible que la vista de Elisa influyese mucho sobre esta determinacion, porque sentia ya la necesidad de merecer su estimacion. Por su parte Hanson, mui satisfecho de que el objeto de mi visita no se dirigiese á sus hijas, y no fuese relativo sino á mi instruccion, tuvo un placer en preguntarme, sondear mis disposiciones, y aconsejarme sobre la eleccion de mi lectura.

Mi tio nunca habia conocido la necesidad de hacerme adquirir algunos conocimientos; y mi padre,

que queria tomase yo sobre él un completo ascendiente, no habia querido violentarle en su manera de educarme. Teodorico vivia como los animales de sus bosques: sus vasallos no eran vejados; pero les exigia consideraciones sin número: era estremamente severo sobre la caza; y aunque no hubiese querido casarse, un número considerable de niños del pais hubieran podido llamarle su padre: una muger era para él lo que es una buena mesa para un gloton: como muchos ricos, no tenia otra lei que su voluntad, y para satisfacerla no habia perfidias de que no se hubiese hecho secretamente culpable. No tendremos sino muchas ocasiones para probarlo en

el discurso de la historia.

Hanson me habia inspirado el mas vivo interes: yo iba á ver á mi padre algunos dias despues de la primera visita que habia hecho á este digno eclesiástico, y le suplicaba se interesase con mi tio para que le diese el empleo del señor Dromond que tomaba las rentas de su beneficio sin cumplir las cargas.

Este hombre, me respondió mi padre, canta con mucha perfeccion, agrada á tu tio, y en cuanto á Hanson, conviene que sea lo mismo que es: si todos los eclesiásticos fuesen instruidos y comunicasen sus luces al populacho, ¿qué serian muchos hombres? ¿Pero de dónde viene, pues, este in-

teres tan estremado que tomais por Hanson?

Yo respondí, que mi mayor deseo estaba en instruirme; y que no pudiendo sacar provecho de la educacion que se adquiere en los colegios, Hanson estaba en estado de suplirlo, proporcionándome los conocimientos apetecibles en el estado para que yo era destinado.

Mi padre pareció sorprendido, y me preguntó á qué estado me creia yo destinado.

«Si es al de señor de grandes fincas, no tienes necesidad ni aun de saber firmar tu nombre: vive independiente, como yo lo hago, y no olvides jamas esta bella máxima de Séneca: vale mas ser el

primero en una aldea, que el segundo en el estado.

— Si he sido destinado, respondí yo, á ser señor de tierras, tendré procesos que sentenciar; ¿y cómo podré yo lisonjearme de sujetarme estrechamente á las reglas de justicia, si no soi mas que un ignorante?

— ¡Mal pretesto! repuso mi padre: ¿no tendreis vuestro bailío?» Yo insistia. «No me opongo á ello absolutamente, dice en fin mi padre, y se podria aumentar alguna cosa á la renta de Hanson por las molestias que tú le darás; pero sobre todo, no contraries en nada á tu tio. A propósito, dime: ¿cómo está de su asma? El doctor Flint me ha dicho el otro dia que el po-

bre hombre se acababa mas y mas de dia en dia.»

Mi padre habló en efecto algunos dias despues á mi tio: las cosas se compusieron, y Hanson fue encargado de mi instruccion. Entonces fue cuando se dilataron mis ideas, y cuando empecé á considerar las cosas bajo su verdadero punto de vista. El primer uso que hice de mi razon, fue fijar una mirada con atencion sobre la conducta de mis padres, y de indignarme, considerando el estado de miseria en que los labradores vivian en los estados de mi padre, y el de esclavitud á que se hallaban reducidos los vasallos de mi tio.

La situacion en que yo me hallaba, la ciega sumision á que yo

estaba condenado, eran para mí un peso casi insoportable; pero como mi tio me dejaba bastante libertad, mi padre exigia imperiosamente de mi parte una obediencia absoluta; y mas que todo esto, como Hanson me invitaba á ello, continué viviendo como lo habia hecho hasta entonces.

Yo no tenia cosa alguna esencial de que reconvenir á mi tio, y le miraba como un ser bastante humano; pero yo debia abrir bien pronto los ojos y ser testigo de un acto atroz de tiranía, suficiente para deshonrar á un Calígula ó un Neron.

Me hallaba un dia en un gabinete vecino del cuarto de Teodorico, cuando este y su mayordo-

mo, habiéndose entregado á una conversacion séria, llamaron mi curiosidad estas palabras de mi tio: «¡Cómo! ¿este vil insecto, este miserable Simpson se niega, decidme, á darme su hija? ¿No soi yo quien le ha sacado de una casa de caridad? ¿No le he arrancado de la esclavitud? ¿No le he establecido en una hacienda que hace hoi su fortuna? ¿Y me niega una bagatela, una hija, que sin mí estaria como él reducida á mendigar la caridad de puerta en puerta? ¿Y qué disculpa puede dar?

— El dice, responde el mayordomo, que es padre de su hija, y que tiene el derecho incontestable de disponer de ella á su placer.

— Ha mentido, esclamó Teodo-

rico; aunque fuese Par del reino, no podrá disponer de ella hasta que tenga veinte y un años.

—Eso es lo que yo le he dicho, Milord: le he dicho mas aun; que vos le exonerariais de todo arriendo, y que cuando estuvieseis fastidiado de su hija, la enviariais á Lóndres, donde la casariais, con doscientas libras esterlinas de dote, con algun artesano honrado, como lo hicisteis con Patty Dickens y Susana Mabson, que hoi se hallan bien equipadas. Y bien, ¿creereis, Milord, que esto no le ha hecho sensacion? Me ha respondido que él era un honrado breton, y que no consentiria en la deshonra de su hija por el valor de tres reinos.

—Basta, dijo airado Teodorico: yo sabré probarle con quien trata: yo haré que caigan todos los males sobre su cabeza; y nada podrá librarle de una ruina total. ¿Cuánto debe de sus arriendos?

— Tiene un buen arriendo, Milord; y como es un cultivador mui económico y mui industrioso, paga regularmente todo lo que debe; pero V. S. sabe lo que hemos hecho de Martin, que al presente es soldado en la India. ¿Quién nos impide poner un mosquetero á las espaldas de Simpson?

—No: se sustraeria á mi poder: yo le convertiré en polvo: quiero.... No tardaré en poner en ejecucion un plan....»

Me estremeció el oir estos ana-

temas, y mas aun considerando que no estaba en mi mano disipar el huracan que amenazaba á una familia respetable; el único medio que yo imaginaba fue el de ir á informar de todo á mi padre, confiado en que cifraria su gloria en protegerla.

«¿Qué es lo que dices? me respondió gravemente mi padre. Eso es lo que se ve algunas veces en el mundo. Hai hombre rico que se considera con derecho de hacer todo lo que quiera: no adquiriendo en su imaginacion mayor fuerza este derecho sobre aquellos á quienes permite vivir en sus estados y de sus salarios.»

Yo tenia entonces diez y seis años; pero esta moral no era de

mi gusto. «Es cierto, esclamé yo con indignacion, que algunos hombres no se creen libres sino cuando tienen el poder de esclavizar á sus semejantes, y que todas sus acciones se dirigen á esto.»

En la tarde del dia en que yo habia oido la conversacion de mi tio y de su mayordomo, y en la que le tomé un secreto horror, pasé cerca de la posesion de Simpson: yo le ví ocupado en su vergel: su muger y su hija hilaban á la puerta. Esta última era hermosa, modesta, y me representó en todo la imágen de Elisa. «Alli está, me dije yo mismo, la flor encantadora que desea el infame raptor, y que la mano de la violen-

cia se dispone á arrancar de su rama : al precio de su deshonra es como un mónstruo quiere dar la paz á este asilo. ¡Pero la paz! ¡Oh! no, no existirá ella mucho tiempo en estos lugares.»

Este aspecto escitó en mí un sentimiento doloroso; mis ojos se llenaron de lágrimas, y no pude mirar mas á estas desgraciadas víctimas. Yo las comparé á Elisa, á su padre, y esta sola idea me destrozaba el corazon; pero me regocijaba contemplando que el señor Hanson era un hombre prudente, que sabia que la pobreza es un débil apoyo contra la violencia, y que se conducia segun este principio. Vigilaba sobre sus hijas con el mayor cuidado; ape-

nas las dejaba pasar del umbral de su puerta, y ponia toda su atencion en darlas la mejor educacion posible.

Desde el dia siguiente supe que la casa de Simpson habia sido descubierta por órden de mi tio, bajo el pretesto de hacer en ella algunos reparos: se habian quitado las ventanas, las puertas habian sido levantadas de sus gonces, y las principales paredes derribadas: los ganados, libres desde este momento, y espantados de intento, se habian esparcido por los campos de mi tio, que no se descuidó en mandarle recoger, y formar causa á Simpson. Seguro de su justicia trató este de defenderse; pero el abogado á quien confió su

defensa, siendo uno de los mas serviles cortesanos de Milord, hizo tan mala defensa, que perdió la causa: al mismo tiempo todos los señores vecinos fueron invitados á asistir á un gran cacerío: hicieron pasar muchas veces el ciervo por los campos ó tierras de Simpson, que fueron por este medio completamente destruidas; y en fin, para llevar al colmo tantos delitos, el abogado de Simpson reclamó una cantidad exhorbitante por sus honorarios y sus pretendidos desembolsos en el proceso inícuo de que acabamos de hablar; y por no poder este desgraciado satisfacerla, le hizo prender y sumergir en una cárcel.

Mi corazon sufria al horroroso

espectáculo de tan injustas vejaciones: yo enviaba á la familia de Simpson lo poco que podia economizar, y logré pasar al padre un billete, en el que yo habia disfrazado mi letra, y en la que le aconsejé ceder aparentemente á la voluntad de mi tio, para obtener su libertad, y aprovechar la ocasion de huir á otro pais lejano. Sea que desconfiase de un billete anónimo, ó que tuviese toda su confianza en la justicia, no siguió mi consejo.

Mi tio no habia abandonado sus proyectos: mandó se presentase la hija de Simpson, á la que acompañó su madre. Se esforzó en hacerla conocer la ventaja de sus proposiciones; y viendo que nada

adelantaba con ellas, prorumpió en injurias y amenazas, asegurándolas que si no condescendian á su voluntad, haria colgar á Simpson.

La pobre hija, acobardada y determinada á sacrificarse por salvar á su padre, sin decir una palabra á su madre volvió en la oscuridad de la noche á presentarse al tirano, y....

¡Esta idea despedaza mi corazon! El mónstruo era mi tio, y me avergüenzo aun al considerar que una misma sangre circulaba en nuestras venas.

Al dia siguiente, Milord, exacto en su palabra, envió á su confidente á la cárcel para sacar á Simpson. «¿Qué ser tan generoso,

esclamó este infeliz, ha pagado una deuda injusta para rescatar mi libertad?

— Milord, nuestro buen señor, os perdona.

— ¡Milord....!!! ¿y bajo de qué condiciones ha hecho....? ¿Mi hija acaso habrá....? ¡Oh! no: nunca se envilecerá hasta ese estremo; otro era dueño de su fe.

— A vos es á quien toca aclarar eso: yo he desempeñado mi comision; y si quereis permanecer aun en la cárcel, sois mui dueño.»

Simpson estuvo un momento vacilante. Sin embargo, esperando que mi tio habria podido arrepentirse de su mal proceder, y adoptado los sentimientos puros de

justicia, salió de la cárcel y se fue á su casa, y despues al palacio á reclamar su hija: le fue negada la entrada, y se metió en una taberna, donde refirió su desgracia á todos los que quisieron oirle, jurando vengarse, y estuvo hasta la noche en este acceso de furor: el fondista, que dependia enteramente de las bondades de mi tio, no quiso concederle hospedage por aquella noche, y el desgraciado Simpson, atontecido por la pena, y por el licor que de intento habia bebido para embriagarse algo, salió de la taberna ya cerrada la noche. Despues no se volvió á oir hablar nunca del asunto.

La noticia de su desaparicion

fue propagada bien pronto, y llegó á oidos de su desgraciada hija. Enagenada, llena de horror, y creyendo verle contínuamente en su presencia, y echarla en cara su debilidad, no vió ya en su tirano sino el asesino de su padre, y en sí misma su culpable cómplice. Las rosas de sus mejillas se marchitaron, una calentura violenta se apoderó de ella, y en menos de una semana fue sumergida en el sepulcro esta desgraciada víctima.

Mi tio, que temia escitar contra sí los clamores del público, hizo muchos beneficios á todos los aldeanos, lisonjeó á los unos, amenazó á los otros, aseguró una ligera pension á la madre; y bien

pronto esta accion, hecha para provocar la venganza divina y humana, fue sepultada en el olvido.

Desde este momento aborrecí yo á mi tio, y el respeto que habia tenido por mi padre se debilitó considerablemente. Condenaba la pusilanimidad de este último, y no concebia cómo habia podido permanecer espectador indiferente de un crímen tan abominable.

Yo me entregué mas que nunca al estudio, y al mismo tiempo tomaba nuevas fuerzas el amor que sentia por Elisa. Ella habia llegado á ser el objeto único de todas mis atenciones. El placer brillaba en los ojos de las intere-

santes hijas del caballero Hanson cuando me hallaba entre ellas; pero me pareció que la emocion de Elisa era mas viva. Me parecia ser amado, y no me atrevia á entregarme enteramente á esta idea. Yo no tenia ningun designio positivo; mis deseos se limitaban á la felicidad que disfrutaba estando junto á ella, y á las inocentes caricias que nos prodigabamos á cada momento.

Este estado de cosas no podia durar mucho tiempo; y un dia que me paseaba solo en un hermoso prado, descendí mas que nunca hasta el fondo de mi corazon. Ella me ama, me decia yo mismo: la hermosa Elisa ha fijado en mí toda su inclinacion. Sí, hemos

sido formados los dos el uno para el otro, y verla pasar á los brazos de otro hombre seria el decreto de mi muerte. Soi rico, y me casaré con Elisa. Su hermosura, sus virtudes son capaces de asegurar la felicidad del que ella honre con su eleccion.

Yo sospechaba bien que semejante union no entraria de ninguna manera en las miras de mi familia, y menos que yo sacrificase la herencia considerable de mi tio y de mi padre; pero me quedaba una pension de doscientas libras esterlinas, y una pequeña posesion de cuarenta mil, que no me podian quitar cuando tuviese la edad de diez y nueve años.

Como el brillo de las grande-

zas no tenia ningun atractivo para mí, y yo hallaba en esta renta lo suficiente á subvenir á mis necesidades, no tuve para dar pábulo á mis cavilaciones, y me determiné á esperar con paciencia estos diez y nueve años, época en que yo pediria el consentimiento de mi padre, y en que me casaria sin él si no le podia obtener. Yo no creí deber confiar mi secreto al caballero Hanson: conocia sus principios, veia que examinaba atentamente mi conducta con respecto á sus hijas, y ayudaba indirectamente las miras de mi padre, hablando frecuentemente sobre la necesidad de consultar las ventajas que hai en los enlaces.

El caballero Hanson tenia entonces un hijo ausente de casa, á quien mi tio habia puesto en la escuela de *Westminster*, donde hacia rápidos progresos: no dejaba de alegrarme de tener ese vigilante menos; mas despues que yo habia leido en mi interior, me incomodaba la presencia del padre; me parecia que me adivinaba: no volví á entrar mas en su casa con tanta libertad; media mis palabras, y todo anunciaba en mi casa la violencia.

Elisa se impuso, y sospechó la causa de mi turbacion. Yo no podia ya acercarme á ella sin que inmediatamente se encendiese su frente, y su turbacion la daba una nueva gracia á mis ojos. Desde en-

tonces me decidí yo á hacerla la confesion de los tiernos sentimientos que me habia inspirado, y la casualidad me proporcionó la ocasion.

Una tarde la encontré en un senderito estrecho que seguia las sinuosidades del rio. En este momento casi hubiera yo querido no hallarla: los dos nos pusimos mui colorados; yo tenia mil cosas que decir, y no decia nada: nos paseamos un largo trecho sin atreverse ninguno de los dos á entablar conversacion. «¡Bella tarde! dije yo al fin: ¿cómo es que habeis salido sin vuestras hermanas, Elisa?

— Estan ocupadas; pero vos, caballero, ¿por qué no vais á ver-

nos con la frecuencia que antes? ¿teneis algun motivo para no apreciarnos?

— ¡Para no apreciaros, Elisa! ¡oh! no; pero esas visitas son mui peligrosas: ¿quién puede ver jóvenes tan bellas sin verse obligados á amarlas?

— Pues qué, ¿hai peligro en amar?» Ella me miró, se sonrió, y se puso colorada á un mismo tiempo. «Pero vos, Teodoro, vos no podeis correr ese peligro, pues pondreis vuestras miras en una persona que tenga alta cuna y riqueza.

— No, esclamé yo, jóven interesante: no, yo no daré jamas mi mano sino á la que posee mi corazon: vos sois la que este corazon

ha escogido, y de vos sola espero yo mi felicidad.»

Elisa suspiró, y no me hizo desear mucho tiempo la confesion que yo ansiaba obtener. No ignorabamos que el instante de nuestra felicidad estaba aun mui distante; que yo esperimentaria muchos ostáculos por parte de mi familia; pero nos resignamos con paciencia, nos juramos una constancia eterna, y nos prometimos hacer mas llevadero el fastidio de la espera, aprovechando todos los instantes que pudiesemos consagrarnos sin cometer imprudencias.

El ojo de un padre siempre es penetrante: el caballero Hanson habia leido nuestros corazones, se habia propuesto muchas veces ar-

rancarme una confesion; pero siempre que habia intentado arrancármela, habia espirado la palabra en sus labios: llegué al fin á la edad de la independencia, y entonces dispuse una mañana ir con el caballero Hanson á ver mi pequeña herencia: yo estaba mui orgulloso recorriéndola y diciendo: *Esto es mio; aquí puedo mandar como amo.* El conserge nos recibió bien: nos enseñó uno tras otro todos los cuartos; y haciéndonos pasar á uno mas bello que los otros, nos dice: «Ved aquí el cuarto que mi Señora acostumbraba á ocupar, y que le llamaba su departamento, como el mas agradable y mas solitario de toda la casa.

— Ese será tambien el de mi

muger, dije yo sin reflexion; porque quiero que tenga la mejor que hai aqui.

— No penseis en eso, me dijo el conserge; no debeis abandonar el título de Señoría de vuestro tio, y el magnífico palacio de vuestro padre por venir á habitar una choza como esta, y vivir entre pobres paisanos.»

Yo no repliqué: el caballero Hanson cayó en un sueño profundo, y nosotros fuimos á ponernos á la mesa; y despues de una comida bastante alegre, volvimos á tomar el camino para ir á casa.

Las pocas palabras que yo habia pronunciado, habian confirmado todas las sospechas del caballero Hanson: este quiso asegu-

rarse mas positivamente aun de lo que debia pensar. «Me ha sorprendido, me dijo, el veros hablar y disponer de esta casa para vuestra esposa. ¿Creeis que una muger del rango y de la fortuna de la que debeis pretender, se contentase con un asilo tan humilde? Porque seguramente vos no habreis sido tan imprudente para hacer una eleccion indigna de vos, y disponeros á despreciar la mano que un padre os presentará sin duda bien pronto.

— Amigo mio, respondí yo, alcanzo me parece lo que podeis sospechar, y pues que ahora soi dueño ya de mi persona, seria indigno de mí el ocultaros por mas tiempo mis verdaderos sentimien-

tos : yo amo á vuestra hija Elisa con toda mi alma. Sí, no os sorprendais....

—No, replicó esforzándose en ocultar su emocion, no, no me sorprendo; pero esperimento una pena indecible al ver confirmadas mis sospechas: yo me haré un cargo de no haber evitado un mal que debia haber previsto, y que (lo confieso) he temido largo tiempo.

—¿Y por qué reconveniros de eso? Yo daré á mi padre tan buenas razones, que no se atreverá á rechazarlas; y á mas de esto, ¿no soi yo independiente é inglés?

—Vos sois lo uno y lo otro, y esto no os dispensa de llenar vuestros deberes: el mio es de poner-

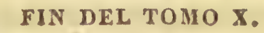
me de parte de vuestro padre: perdonadme, pues, si me veo precisado á negaros mi casa: si persistis en venir á ella, me obligareis á separarme de mi hija, á confiarla cuidados estraños, y esto seria para mí un golpe mortal.»

Yo declamé vivamente contra este decreto cruel; le pinté el esceso de mi amor; le probé la injusticia del procedimiento de un padre, que por razones de conveniencias fingidas quisiese oponerse á la felicidad de su hijo. La bondad de mi causa me hizo tan elocuente, que llegué á enternecerle, y me prometió no oponerse mas á mi gusto si durante un año entero me privaba yo de ver á Elisa. Este decreto me pareció

mas duro aun acaso que el primero. Renunciar voluntariamente á no ver mas á Elisa durante tanto tiempo, me parecia imposible; pero yo le supliqué, y no pude lograr el permiso de verla una sola vez, para decirla el último á Dios. Yo hice esta promesa, pero con una opresion de corazon que nunca habia esperimentado: hubiera sin duda desistido, me hubiera atrevido á faltar á mi palabra en unas circunstancias en que miraba el juramento que habia hecho como violento; pero el castigo, que debia ser la conseccuencia, me contuvo. Hanson me habia declarado, que si yo hacia solamente una tentativa para hablar á Elisa, él advertiria á mi padre de lo que

pasaba, y enviaria á su hija á algun punto lejano é ignorado de mí.

Disgustado de la vida, fastidiado de todo lo que no era Elisa, empecé á abandonar mis estudios y á abandonarme enteramente á esta indolencia que arrastra tras sí la costumbre de entregarse á una pasion imperiosa; en fin, yo no pensaba sino en Elisa; no veia por todas partes sino á Elisa, y toda conversacion que no la tenia por objeto, se me hacia insoportable: mi único consuelo era el de escribirla alguna vez y recibir de cuando en cuando noticias suyas.

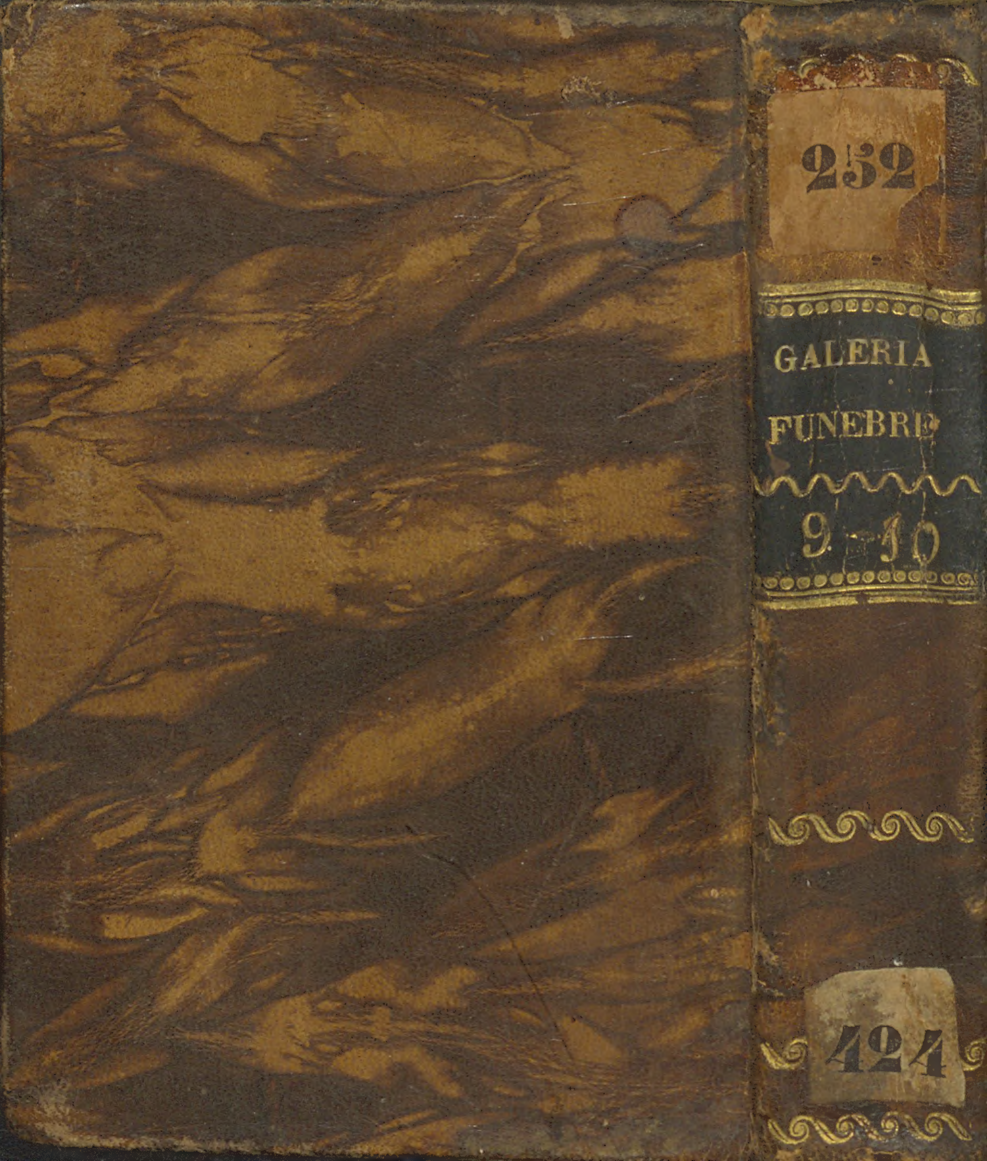


FIN DEL TOMO X.

SEVILLA






252
GALERIA
FUNEBRE
9 - 10
424


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm